

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

DOMINGO DE SANTOVAL.

SIETE SEMANAS EN BURRO.

Biblioteca de lujo.



Edicion ilustrada.

1 PESETA

Top.

75

8

564

1003630 ADMINISTRACION:
CALLE DE VILLALAR, NÚM. 6.
MADRID.

0-1
159



MADE
CALLE DE VILL
ADMINS

SIETE SEMANAS EN BURRO

B.P. de Soria



61003630

D-1 1159

Signt. "Top."

Est. 75

Tab. 8

Núm 564

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

SIETE SEMANAS EN BURRO

NOVELA FESTIVA, ORIGINAL

DE

DOMINGO DE SANTOVAL



ADMINISTRACION:
CALLE DE VILLALAR, NÚM. 6.
MADRID.

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SIETE SEMANAS EN BURRO.

I.

Robustiano.

La escena representa una de las fuentes públicas de Madrid en una mañana del mes de Marzo de 183... Entre el sinnúmero de cubas, llenas ó vacías, que rodean el pilon, discurren sus dueños, aquí conversando, allá riendo, y en esta otra parte disputando con blasfemias y maldiciones, á las que el acento gallego no quita nada de su energía. Las ropas están súcias, los zapatos cubiertos del fango que pisan, y los rostros curtidos por la intempérie. A pocos pasos de distancia, y al par del monótono ruido del agua al caer por los caños, y de las voces de unos y otros, se percibe un vago rechinar, que sale de un grupo, formado por un hombre sentado sobre un trípode, y otro que le raspa la cara con un instrumento ligeramente cortante. De continuo se ve á algunos que se ale-

jan cargados en distintas direcciones, y á otros que llegan á cargar, semejándose en su laborioso ir y venir á las hacendosas hormigas, cuando, durante el estío, acopian los víveres que los campos las brindan.

En esta honrada sociedad, y así la llamaremos porque, en general, merece que así se la llame, se encuentra uno de los héroes de nuestra historia. No le busqueis entre los que disputan, ni entre los que hablan, ni entre los que hacen viajes... vedle allí, aparte, solo, sentado en una cuba, pensativo, meditabundo, con una carta mugrienta ante la vista. La va descifrando por cuarta vez, con más cuidado que un Champollion los geroglíficos egipcios, y mientras lee, con el codo derecho apoyado en la rodilla, su mano izquierda rasca pausadamente el cabello, dando á la montera una inclinacion inverosímil.

—¡Así Dios me salve! dice á media voz, como no tengo más remedio que ir...

Al expresarse de este modo, levanta la cabeza y enseña un semblante, donde se marcan todos los rasgos característicos de las provincias del Noroeste. Pómulos salientes, nariz afilada, mirar apagado y lábios finos y pálidos: un conjunto de simplicidad completa, sirviendo de máscara á la astucia más refinada. No pasa de veinticinco años.

—¿Recibiste carta de allá, Robustiano?... le pregunta uno de sus compañeros.

—Recibíla...

—¿Y que cuentan?

—Malas noticias...

—¿Quieres callar, hombre?... ¿qué sucede?...

—Sucede, que me escribe la madre de la Restituta y me dice que su primo está emperrado en llevársela; que la rapaza no se deja llevar, pero que ellos no pueden aguardar más tiempo; que la han traído á la conformidad de esperarse sólo dos meses, y que si en ese tiempo no voy, la casan con el primo Bartolomé...

—¿Vas?...

—Mañana si pudiera...

—¿Tan pronto?...

—La carta es del día 1.º de Febrero y la recibo hoy 8 de Marzo...

—Tardó bien...

—Estuvo en lista ese tiempo, hasta que ayer la vió Toribio... considera... hace los dos meses al rematarse este en que estamos...

—¿Vendes la plaza?

—No... la dejó á Antoñin hasta que vuelva.

Se levanta de su cuba y echa á andar, doblando cuidadosamente la carta y guardándola.

—Doce y siete... diez y nueve... y uno y medio veinte y medio... y cuatro y medio veinticinco... y tres veintiocho... Juntaré los treinta rabiando, murmura mientras camina, deteniéndose maquinalmente cada vez que las fracciones dificultan la suma mental, ó alguno de los sumandos tarda en venirle á la memoria.

Rectificando la operacion, para asegurarse, y quizá con la esperanza de hallar alguna partida olvidada, llega, mascullando cifras, á la calle del Grafal, entra en una casa de exterior ruinoso, y llama al piso bajo. Suena el ventanillo de corredera-y asoma por él una cara de zorro, que lo mismo pudiera pertenecer al uno ó al otro sexo, si cuatro pelos, afeitados hace quince dias, no hiciesen imposible toda duda.

—¡Calla... es Robustiano! dice, eclipsándose y recorriendo el cerrojo... ¿Cómo V. por aquí? añade, abriendo de par en par.

—Buenos dias, Sr. Sabino, responde el aguador.

—Pase V., pase V. adelante.

Entran en una especie de comedor, á juzgar por la camilla, cubierta de un hule viejísimo, que ocupa el centro de la estancia. Una cómoda, asimismo muy vieja, sostén de varias figuras de barro, de algunas conchas y de un reló, que andaria regularmente cuando el bautizo de nuestro abuelo, cuatro sillas de Vitoria y seis cuadros con las aventuras de Matilde y Malek-Adel, en colores vivísimos, completan el mueblaje.

Robustiano toma asiento y pregunta:

—¿Dónde anda la señora Rita?

—La tenemos fuera de Madrid...

—¿Cómo es eso?

—Se fué hace tres dias... nada ménos que á Zamora... tras un tendero de comestibles... no sé si recordará V... aquel Segundo de la calle de Toledo...

—Ya... sí...

—De la noche á la mañana desaparecieron la tienda, los comestibles, la anaquelera... en fin, todo... como si se lo hubiese sorbido la tierra... y lo peor es que él y su cuñada siguieron el mismo camino... Aquello era un jubileo de acreedores y allí habia que oír lamentos... pero ya conoce usted á la Rita... Mientras los otros gritaban y pedían justicia, no sé por qué arte supo ella dónde iban, en qué iban, y cómo iban, ni más ni ménos que si los hubiese estado mirando con un catalejo.

—¿Se llevaron mucho por allá?

—Cincuenta y dos duros con los intereses... pero es lo que la Rita dice... aunque me cuesten doble las diligencias, lo principal es que vean que á mí no se me escapa ninguno, así se meta en los quintos infiernos.

—Es mujer que lo entiende... hay que confesarlo... ¿y cuándo volverá?

—Eso sí que no puedo decir... como ella se maneja á su modo y se arregla sola...

—Pues yo venia á liquidar...

—¿Le ocurre á V. algo?

—Que tengo de irme á la tierra... á la Coruña.

—¡Demonio!

—No hay más...

—¿Y cómo así?...

—Cosas de familia... Vea, Sr. Sabino, lo que alcanzo hasta hoy, porque he de cobrarlo en seguida... Quiero marchar mañana mismo...

—¡Demonio, demonio!... repite el Sr. Sabino, moviendo la cabeza con ademán de contrariedad... ¿no sabe V. lo bueno del caso?

—¿Qué?...

—Que á mí no me ha dejado la Rita ni un real... siempre con la aprension del vino.

—¡Esta es más negra!... exclama el aguador vivamente disgustado.

—¡Vaya una casualidad!...

—Vea al ménos, Sr. Sabino, mi cuenta... ¿puede hacerlo aunque no esté la señora Rita?

—Eso sí... porque tengo el libro para cobrar lo que vaya venciendo.

—¡Ah!... ¿cobra? interrumpe el aguador, asiéndose á esta palabra.

—Si viene alguno... pero bien conoce V. que nadie se da prisa...

Conforme habla así, el Sr. Sabino abre un estropeado cuaderno y le hojea, bajo la inspeccion de Robustiano, que se ha puesto de pié, colocándose á su espalda y mirando por encima del hombro.

—Robustiano... aquí está.

—No dice ahí Robustiano.

—Sí... pone Regustiano... son cosas de la Rita... como ella se lo escribe...

—Vamos á ver...

—Mire V... esta es la última liquidacion... veinticinco duros y tres reales.

—Esa es la de...

—La de Diciembre... qué estuvo V. aquí el día de año nuevo.

—Adelante.

—Se dieron diez duros al del puesto de Santa Cruz.

—Creo que son once.

—Diez.

—Bueno... pongamos diez.

—Hacen diez pesetas... dos duros.

—Dos duros... eso es...

—No pagó y se quedó con ello, tomando además treinta reales.

—De eso sí que estoy seguro.

—¿De qué?

—De que fueron cincuenta.

—Aquí dice treinta.

—Dígalo quien lo diga... La señora Rita me da razon del manejo, y me dijo que cincuenta.

—Pero hay que atenerse al libro.

—Pues yo no me atengo.

—No sea V. así, Robustiano... no se acordará usted...

—¡Oh! acuérdome bien...

La liquidacion total se haria monótona de referir. Basta que consignemos, para que conste en todo tiempo, que Robustiano resultó con derecho á veintinueve duros y tres cuartos, segun la cuenta corriente de la señora Rita la fiadora, á quien entregaba sus ahorros, para que se los colocase, con la mayor garantia posible, á razon de peseta por

duro (descontando la comision) á la semana, al mes ó al trimestre, que el mayor ó menor período estaba subordinado á la demanda de capitales en la plaza.

—Quedamos conformes, dice el Sr. Sabino, limpiándose el sudor que le habia costado convencer al gallego.

—Mire ahora, Sr. Sabino, cómo puede dár-melo...

—De ningun modo. ¿No le he dicho á V. lo que sucede?

—Pero ¿no cobra los vencimientos?

—Debia cobrar, si no fueran tan malos pagadores desde que se fué la Rita.

—¿No le ha pagado nadie?

—Espérese V., hombre, á que venga ella.

—¡Malos diablos me traguen! ¿No le he dicho que no puedo?

—¡Válgate Dios! Mire V., anoche mismo he cobrado ocho duros... aquí los tengo... si se los quiere V. llevar...

—¿Nada más que eso? ¿No vence por ahora ninguno?

—No, porque el gitano... pero ¡qué idea!... todo se puede arreglar.

—Diga, exclama el aguador sin asociarse al entusiasmo del Sr. Sabino, hasta saber de lo que se trata.

—Ayer tambien estuvo el tic Jarapones, el gitano... Le vencieron hace tres dias doce duros...

No sabe V. la que tuvimos, porque se empeñaba en pagarme dándome un borrico...

—¿Y qué?...

—¿Y qué? ¿Cómo se va V. á marchar?

—Buscando un arriero para ir en su compañía.

—Pues tómeme V. el burro al tío Jarapones, y así usted cobra y yo también.

—¡Déjeme de eso!

—¿Por qué?

—¿Qué hago yo con la caballería?

—¡Vaya una pregunta! Le sirve á V. para el viaje... con el metálico que yo le entrego tiene usted para el camino, y en llegando, vende V. el borrico, y se encuentra V. con su dinero fresco.

—¿Y si se muere el animal?

—¿Y si le roban á V. los cuartos? Poniéndonos á buscar inconvenientes, de todas maneras se encontrarán.

La montera de Robustiano vuelve á inclinarse, impulsada por sus dedos, que suben rascando la cabeza arriba, como signo de viva incertidumbre.

—No le dé V. vueltas, insiste el Sr. Sabino viéndole á medio convencer; le tiene á V. cuenta.

—En fin, si le diera barato... pero muy barato.

—Con verlo no se pierde nada.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Yo mismo iré con V.; en la posada del Dragon. Espere V. cinco minutos, cierro todo esto, y si quiere V. vamos ahora mismo.

—Iremos.

II.

La compra.

Está el tío Jarapones, que es un gitanazo de cuarenta años, más feo que una noche de truenos y más negro que una chimenea, sentado á la puerta de la posada del Dragon, dando acompasadamente con su larga y flexible vara en las piedras de la calle, entre los torbellinos de humo que despiden la media cajetilla de veneno aplicada á sus labios, envuelta en un papel.

Apenas divisa al Sr. Sabino, que llega con Robustiano, se levanta y le sale al encuentro.

—¿Cómo va, D. Sabino... y la compañía? dice quitándose el sombrero.

—Bien, ¿y V., tío Jarapones?

—Para servir á V. ¿Y la familia?

—Tan buena.

—¿Cuándo vuelve doña Rita?

—No sé por ahora.

—¡Cuántas ganas tengo de verla! A las personas que se estiman... y que doña Rita, no es porque esté V. delante, se ven pocas como ella... es una formalidad la suya y un...

—Vamos á ver, aquí le traigo á V. este amigo, por si se arreglan Vds.

—Viniendo con V., por mí todo está arreglado.

—Quiere una caballería.

Los ojos del tío Jarapones se encienden al oír esta palabra; mas, dominándose rápidamente, lanza un suspiro y exclama con tristeza:

—Me lo temía.

—¿El qué?

—Nada; que cuando uno tiene puestas las niñas de sus ojos en una cosa... ¿Le habrá V. hablado de lo que yo le ofrecí para pagarle el pico?

—Así es, y puede que le conviniese...

—Si viene V. buscando una bestia de punta, prosigue el tío Jarapones encarándose con Robustiano, no podía V. llegar más á tiempo.

—Yo no... á mí no me hace falta, el señor me ha metido en ello...

—Y se lo ha de agradecer V.; así sucede siempre: cuando ménos se piensa hacer los negocios es cuando se hacen los mejores. Vengan Vds. para dentro.

Entran en el patio de la posada, y el tío Jarapones grita:

—¡Guiñapo, Guiñapo!

Un gitanillo se presenta á las voces.

—Anda y tráete al Clavellino, le dice. Mira, sácale con cuidado, que aunque es noble, siempre la fuerza de la sangre... como lleva unos días sin hacer nada... Tampoco siento yo, continúa, no tener aquí otra cosa que ofrecer al señor; porque no saben Vds. el servicio que este animal me hace; me quedo sin el brazo derecho, como quien dice.

Antes que termine sus lamentaciones, asoma por la puerta de la cuadra el gitanillo, tirando desesperadamente de un ramal, que va saliendo á su vez poco á poco, y luego á la punta del ramal aparece un hocico, comienzo de una tristísima cabeza, á la que siguen el pescuezo, la parte delantera, el centro y la conclusion, con el rabo, de un mísero pollino flaco, peludo y endeble.

—¡Apártate, no te tire! exclama el gitano grande, dirigiéndose al chico, en tanto que el jumento, con una lánguida mirada, parece protestar contra semejantes temores.

—¿Es este? pregunta el Sr. Sabino.

—Este es. Háganse Vds. bien el cargo. Vuélvele tú... así. ¡Qué anchuras! ¡qué encuentros!

—Paréceme algo flaco, observa el aguador.

—Es que es él así .. almendrao. Le habia V. de cebar y estaria lo mismo... lo hace el hueso.

—¿Qué edad tiene?

—Ahora cerrará, en estas yerbas.

—Debió cerrar antes, dice el aguador mirándole el diente.

—Le diré á V., no se puede asegurar que hoy ni que mañana y si se adelantó el parto; pero tiene siete años. ¡Ya ve V. si lo sabré yo! Y luego, encuentra V. una cosa en este animalito... que se le mantiene con nada; le dá V. lumbre y lumbre come.

—¿Podríamos verle andar?

—Al instante. Móntale, Guiñapo, y métele un

poco de riñones para que vean estos caballeros lo que es puesto en fatiga.

Apénas comienza el burro á dar vueltas en el patio con el gitanillo encima, cuando dice Robustiano:

—Tiene un esparavan en la pata izquierda.

—¡No está mal esparavan! ¡Ojalá fuesen iguales los otros tres remos! Es la fuerza del nervio que le



hace pisar fuerte, y como el empedrado le daña, levanta mucho. En otro piso no lo vería V... Tráele, muchacho.

—¿Usted se ha enterado ya? le pregunta el señor

Sabino al aguador, mientras el chico se apea y acaricia la cabalgadura.

—Ya he visto...

—Pues á tratar...

—Bueno... ¿Cuanto vale el burro?

—No sé para qué he de decir yo nada... Viniedo V. con quien viene, si se lo quiere V. llevar de balde, de balde se lo doy...

—Pero pida...

—Vaya... pues se lo voy á regalar á V... que tengo que cumplir obligaciones, y sabe el Sr. Sabino lo que soy yo para eso... Me va V. á dar veinticinco duros...

El gallego, al oír la cifra, da, no los quinientos reales, sino media vuelta, y seguramente se saliera de la posada, si el gitano no le detuviese por el hombro diciéndole:

—Venga V. acá, hombre de Dios, que si yo tengo boca para pedir, V. la tiene para ofrecer...

—Déjeme, por mi alma, déjeme... ¿Dónde va á parar con veinticinco duros?...

—Como soy hombre de bien que los vale... pero de ahí se bajará lo que sea razon... ya que me coje V. necesitado de hacer cuartos... ¿Cuánto da usted?...

—Yo no puedo dar arriba de seis duros...

—Veo que no tiene V. gana de caballería.

—No la tengo... ya lo dije...

—Vamos... D. Sabino... hable V. por mí...

—No entiendo gran cosa...

—Si no hace falta... más que se ponga en lo justo el señor... Ya conozco que lo de los seis duros lo ha dicho por broma...

—Dígolo de véras.

—Entonces no hacemos nada... ¿Se le quiere usted llevar, y pierdo algunos ducados, en veinte duros?...

—Doy doscientos reales y de ahí no subo una peseta.

Llévate la bestia á la cuadra, Guiñapo... Una onza me estaban ofreciendo ayer, ahí está el mozo de la posada que no me dejará mentir, y no la tomé... porque vale más...

Se van alejando poco á poco hácia la puerta, mientras el asno vuelve á la cuadra, y el Sr. Sabino, que tanto puede ganar con que la venta se efectúe, puesto que cobra al uno, paga al otro, y tal vez, por esta ingeniosa combinacion, obtenga alguna frase halagüeña de su Rita, en lugar de los calificativos de tonto y borracho con que perpétuamentele zahiere, el Sr. Sabino, decimos, calcula estas ventajas y se decide á terciar, exclamando:

—Vamos, tío Jarapones... que no se diga...

—Si no puedo, D. Sabino... Hace mucho tiempo que no cae en mis manos una caballería así... créamelo V... y si no fuese por lo que V. sabe, no la echaba nadie los calzones por ménos de treinta duros... Pero se empeña V., y ya de perdió no he de pasar... Que me dé diez y ocho duros y que se quite de mi vista para que no me arrepienta...

—¿Qué dice V., Robustiano, á eso.

—Lo que dije... que no puedo...

—Suba V. algo tambien...

—Pues... ponga once duros...

—Hay que concluir... que yo tengo que hacer...

Están Vds. en siete duros de diferencia... Va V. á dar, Robustiano, catorce duros y medio y no se hable más del asunto...

—¡Don Sabino de mi alma! grita el gitano.

—No puedo, balbucea el aguador.

—¿Quieren Vds. dejarme mal?... Vamos á echarnos unas copas y está dicho...

Cuando han tomado las copas en la taberna de enfrente, vuelven á la posada, donde se suscita nueva é interminable discusion acerca de los aparejos, que Robustiano quiere incluir con el burro y el tío Jarapones le niega, sosteniéndole que la compra se entiende *en pelo*. Tiene que intervenir otra vez el Sr. Sabino, y por su mediacion, se somete Robustiano á llevarse el debatido jumento con sólo el cabezon y el ramal.

Despues que se despiden del tío Jarapones, toman por la calle adelante, conduciendo el aguador á Clavelline, que le sigue medio arrastrado, sin duda por la novedad que le causa el cambio de dueño, y en la forzada lentitud que este entorpecimiento impone á su marcha, tienen bastante espacio para convenir el arreglo definitivo de sus cuentas. Poniendo la caballería por los catorce duros y medio, más ocho que el Sr. Sabino le en-

tregará en metálico, alcanza Robustiano aún seis y medio y tres cuartos, los cuales ha de satisfacer la señora Rita á la persona que el aguador deje comisionada para recibirlos.

Acordes en ello, se despiden á la puerta del señor Sabino, que le baja los ciento sesenta reales á Robustiano, porque éste no quiere perder de vista su nueva adquisicion ni un minuto, y el gallego, despues de liarlos en un pañuelo y de sumirlos en el fondo del bolsillo, emprende otra vez la caminata, tirando del animal, hasta una posada donde



tiene el mozo conocido y paisano. Se le recomienda eficazmente, y libre ya de aquel embarazo, empieza á recapacitar, diciendo para sí:

— De las casas donde tengo asistencia sin cobrar reuniré sesenta reales; pero debo quince, contando el día, al Tuerto, y siete de la cama, que componen veintidos... Réstanme treinta y ocho, que bien se irán en aviarme de aparejos para Clavellino... ¡Mala peste de gitano... pensé que me los dejara!... Esta tarde misma veo á D. Sabas y le daré el encargo de que cobre la cuenta de la Rita, al tiempo que me despida... No sé si decírselo á él ó á Antoñin, porque el hombre está mal, y si le hace falta podia echar mano de ello... Hélo de pensar mientras cómo y hago la cobranza... ¡Válgame la Restituta y su madre, en qué aprieto me ponen!

Como ya son las doce, va primeramente al figon del Tuerto, donde come y paga quince reales, y después recorre todo Madrid, cobrando en las casas donde le deben y dejando aviso de que Antoñin las servirá en tanto que él regresa. A las cinco tiene terminados sus negocios y se dirige á casa de D. Sabas.

III.

Preparativos.

Don Sabas, paisano, antiguo profesor y aún algo primo de Robustiano, era maestro de escuela,

para cuyo cargo tenia el grave inconveniente de no poseer conocimiento alguno que comunicar á sus discípulos. Cuantos jóvenes de cinco á diez años fueron á nutrirse de pasto intelectual en aquella pelada roca, la abandonaron sin roer la más ténue yerbecilla. Exceptuaremos la historia, ciencia á la cual tenia marcada predileccion. Sin duda que solia padecer gravísimos errores, porque lo que aprendiera entró en su cabeza de tropel y sin orden, y de este modo seguia almacenado; pero como la juventud puesta á su cargo en el pueblecillo donde ejercia no se preocupaba gran cosa de las buenas y malas obras de sus antepasados, aceptaba sin repugnancia alguna las explicaciones del maestro, y con el firme propósito de dar al olvido cuanto oyera de sus lábios en el punto mismo de abandonar el local de la escuela, érale por completo indiferente que Riego hubiese descubierto las Indias y Colon se hubiese pronunciado en las Cabezas de San Juan ó viceversa.

Llegó D. Sabas, fingiendo que instruia, á cansarse de la ocupacion y á pensar en otra más lucrativa y ménos árida, porque si es penoso enseñar lo que se sabe, tocaba á lo insufrible estar seis horas diarias chupando de un vacío y abriendo espitas al tonel de su erudicion, para que no vertiese más que torrentes de turbia historia. Este cansancio, no obstante, hace honor á su paciencia, porque le cogió á los cincuenta años, cuando ya habia sepultado cinco ó seis generaciones en los abis-

mes de la ignorancia. Los prodigios de economía de la maestra y la circunstancia de ser tan estériles las entrañas de la mujer como los sesos del marido, dejando á la pareja sin herederos, le permitieron realizar algunos ahorros, con los que, despues de hecha dimision y establecida la esposa con unos parientes en la Coruña, emprendió el viaje para Madrid, aumentando el número de pretendientes de la villa con su humilde persona, cuyo físico, por ser curioso, pintaremos con alguna detencion.

Tenia, ya se ha dicho, cincuenta y cuatro años. Era moreno, con un bigote crespo y canoso, desde que perteneció á la urbana en la época del 20 al 23. Calvo, á fuerza sin duda de saber, como el filósofo, que no sabia nada, tuvo la debilidad de preocuparse por esta imperfeccion y tratar de cubrirla, dejándose crecer la parte poblada de la nuca y formando con ella oportunos rizos, que venian á enroscarse en variadas ondulaciones sobre las otras partes descubiertas. Y como de no ser calvo, es fácil caer en la tentacion de no ser tampoco canoso, ideó, ó vió, ó supo, no sabemos de qué manera, de un mejuenge, con que se teñia perfectamente todo lo que deseaba, y áun algo más, porque el sudor, mezclándose con el ingrediente, trajo más de una vez, en dias de canícula, negros chorros sobre la frente y mejillas, chorros que desesperaban á su mitad, pues la composicion, tan útil por lo visto para teñir lienzos como cabelleras, dejaba

manchas indelebles en los pañuelos con que solía limpiarse aquellas filtraciones importunas. Otro defecto más precisa añadir, porque cuando el Señor se ceba en una de sus criaturas parece insaciable, y era una cortedad de vista tan extrema, que en el aula no distinguía desde su asiento á los discípulos, y como éstos se hallaban al tanto de la miopía, sucedió en ocasiones desfilarse uno tras otro silenciosamente y oír los bancos, sin una protesta, la más acabada relacion de las victorias de Alejandro, atribuidas calumniosamente por el ciego profesor á Cornelio Nepote ó á Mecenas. Esta falta la disimulaba no usando lentes de ningun género y afirmando que contaba á cien pasos las patas de un mosquito, aunque á cincuenta no viese una catedral gótica.

Por aquellos tiempos principiaron á verse en Madrid señoras que necesitaban un caballero, ó más bien, para hablar con precision, principiaron á decirlo públicamente en los anuncios de los periódicos, pues la necesidad en sí la consideramos mucho más antigua, y D. Sabas, aunque remordiéndole la conciencia, porque se pedía una persona formal y estable y él no contaba, á su juicio, con el segundo requisito, se presentó en casa de la viuda de un intendente, donde ocupó, mediante seis reales, una alcoba, con derecho á recibir en la sala las visitas de etiqueta, siempre que no trajesen niños ni perros consigo. Sus escrúpulos por haber engañado á la patrona, calificándose de

estable, se desvanecieron cuando, al término de muchos meses, se encontró en sus pretensiones tan adelantado como el primer día y con la perspectiva de eternizarse en Madrid, buscando el codiciado empleo. El límite, límite fatal, puesto á su permanencia en la córte, era la conclusion de las economías, que ya tocaban á su fin; y al aderezarse todas las mañanas el cabello, despues de leer las cartas de su esposa, que le enviaba minuciosos balances, le salian tantas ilusiones del alma como pelos entre el peine, y se le ofrecia cada vez más inminente la conclusion de regresar al país, volver á la escuela y morir explicando historia al mobiliario.

En esta disposicion y haciéndose la *toilette* ante un espejo colocado sobre la cómoda, le encontró su ex-discípulo cuando fué á despedirse, dudando aún si encomendarle la cobranza del saldo.

—¿Cómo está, D. Sabas? le pregunta entrando en la alcoba, porque aunque no llevaba muchachos ni perros, la intendenta no le calificó digno del salon.

—¡Hola, Robustiano!... ¿eres tú?...

—Para servirle...

—Siéntate por ahí... me alegro de verte, como me alegro de ver á cualquiera de mis discípulos... ¿No te sientas, hombre?...

—Perdone, D. Sabas... no tengo en qué...

—Es verdad... siéntate en la cama... Siempre le estoy pidiendo á doña Irene otra silla y empeñada

en que con una tengo bastante... Ya ves... ahora la ocupo con esos frascos...

—¿Qué es esto, D. Sabas?...

—Una medicina para el dolor de cabeza...

—Es bien negra la condenada...

—Así debe ser... cuanto más negra tiñe, digo, alivia mejor... ¿Qué te trae por aquí?...

—Vengo á despedirme...

—¿Te vas?... ¿adónde?...

—A la tierra...

—¿Y cómo?...

Robustiano cuenta al maestro lo que le hemos oido contar á su colega, y D. Sabas se queda pensativo escuchándole.

—¿Con que quieren quitarte la Restituta?...

—Quieren, D. Sabas... pero yo estoy aquí...

—Eso es lo malo... mejor seria que estuvieses allá... haces bien en no dejártela llevar... Cuando la ví la última vez, que fui á despedirme á su casa, se habia puesto una moza garrida...

—Siempre dijo su madre que tenia muchas creces...

—¿Cuándo te vas?...

—Mañana.

—¿Con quién?...

—Con un burro que he comprado...

—¿Para el viaje?

—Para el viaje... ¡Ah, mil demonios! se interrumpe el aguador, al recibir en medio de la cara un par de tijeras, que D. Sabas, creyéndole dos

pasos á la izquierda, habia arrojado descuidadamente sobre la cama, para coger el cepillo del tinte.

—¿Qué es ello?...

—Dióme en la cara con las tijeras...

—¿Con que dices que mañana mismo?...

—Sí, señor.

Don Sabas, cada vez más pensativo, permanece inmóvil con el cepillo en una mano y un mechón de cabellos en la otra.

—No sé qué hacer, murmura.

—¿De qué?

—De que voy á tenerme que ir muy pronto tambien, y me valiera más marcharme contigo.

—¿Por qué se marcha?

—Porque... á tí te lo puedo decir... no consigo lo que vine á buscar y los cuartos se concluyen.

—¿Se concluyen? pregunta el aguador inquieto.

—Sí, hijo... van acabándose...

—Y sin cuartos... ¿cómo quiere ir?

—Tengo todavía para el viaje...

—Pues véngase entonces, D. Sabas, véngase, que juntos gastaremos ménos.

—Pero así... de pronto...

—Si tiene que hacerlo... hágalo cuanto antes.

—Tengo que irme... no hay remedio... la última carta de Basilisa... Mas tambien me han ofrecido justamente ahora...

—Ofrecer no es dar... ¿no le ofrecieron muchas veces?

—Tienes razon... ¿A qué tanta duda?... Vacilando de este modo, ni Cortés hubiera traspuesto el Rubicon, ni César prendido fuego á sus naves, ni los Argonautas dado la vuelta al mundo... Me voy contigo, Robustiano, exclama, decidiéndose.

Como si su resolucion le hubiera comunicado nueva actividad, apresura el teñido, se acomoda los rizos y empieza á vestirse.

—Me alegro, dice el aguador... dispóngalo todo que le queda poco tiempo...

—No tengo que disponer gran cosa... Pagar á doña Irene, empaquetar la ropa y despedirme de dos ó tres amigos.

—Oiga, D. Sabas... ¿llevará mucho equipaje?

—¡Cál!... un lio... Como los sastres son aquí tan caros, no me hice nada desde que llegué, y apenas si me queda algo más de lo puesto...

—Decíalo porque Clavellino no podrá llevar...

—¿Quién es Clavellino?

—El asno, señor...

—Pues descuida... Haremos, si te parece un arreglo.

—Eso, sí, señor... cuanto más amigos más claros...

—Pienso lo mismo... Montaremos en Clavellino la mitad del tiempo cada uno, y los gastos á medias...

—Eso no, señor... Piense que el burro es mio; lo que monte yo, no lo tengo que pagar, eso es claro; pero lo que monte V. sí, porque hace la cuenta

de que le alquila, y alquílemele á mí ó á otro...

—Entonces, ¿sobre la mitad de los gastos he de pagar algo más?

—Es lo puesto en razon...

—¿Y cuánto quieres?

—Daráme dos reales al dia.

—¿Cuántos dias vamos á tardar?

—Eso es sabido... Si no estoy allí el primero del mes que viene, la Restituta se la lleva Bartolo... veintidos dias lo más...

—Dos reales es mucho... Treinta por todo, si te parece...

—No quiero que mi palabra sea de rey... ponga treinta y cinco y estoy conforme...

—¿Tú cuentas veintidos dias?

—Lo más.

—¿Por dónde vamos á ir?...

—Llevando ganado propio no nos podemos entrar por atajos... Por Valladolid y Benavente, que es carretera acompañada...

—Sobre cien leguas...

—Ciento cuatro... que las anduve á pié tres veces...

—Falta arreglar otra cosa... ¿has pensado lo que tendremos que gastarnos al dia?...

—Para comer, posada y pienso á Clavellino... cinco reales cada uno...

—¿Ciento diez reales?...

—Es la cuenta... Y le dejo que corra con los gastos... Tome ahora mismo setenta y cinco rea-

les y con los treinta y cinco del alquiler del burro, que no me corren prisa y me los dará cuando lleguemos, son mis cinco duros y medio...

—Estamos corrientes...

—A las ocho espero en la Puerta de San Vicente, dice el aguador despidiéndose.

—Anda con Dios, hijo... no faltaré.

Pero habian trascurrido apenas diez segundos, cuando D. Sabas, que se ha quedado haciendo cálculos, echa á correr de pronto, tropieza con su patrona doña Irene, y la dice cogiéndola del brazo:

—Ven á mi alcoba... Si te doy treinta y cinco cuando lleguemos, me cobras dos veces por montar...

—¡Don Sabas!... ¿qué escucho?...

—¡Ah, señora!... ¿es V.?... ¿y el hombre que acaba de salir?

—Irá lo ménos por la escalera...

—Voy á llamarle, exclama precipitándose hácia la puerta y dando voces á Robustiano.

El aguador debia encontrarse léjos, porque no responde, y el maestro, con harto disgusto, vuelve murmurando:

—Mañana se lo diré... ¡Dios quiera que no tengamos cuestiones!... ¡Doña Irene!...

—Voy, contesta la patrona, que ya está en la cocina, matando una fugaz ilusion y destripan-do un conejo casero, para primer plato del dia siguiente.

IV.

Arrastrado.

Amaneció cubierto, desapacible y con un vendabal de equinoccio, procedente del Guadarrama, que cortaba como un cuchillo.

Son las ocho ménos cuarto. Los mozos con enormes talegos de ropa, y las lavanderas del Manzanares, que bajan poco á poco, cruzan por delante de Robustiano y Clavellino, plantados junto á la carretera de Castilla, en espectacion del maestro. El hombre está liado en una manta, y el animal ostenta sobre el lomo una albarda, adquirida seguramente de lance, porque, aparte de que le cubre desde el rabo hasta las orejas, no se halla en el estado más satisfactorio; encima de la albarda se ven unas alforjas, tan escasas como sobrado es el arnés.

El aguador, helado en su inmovilidad, patea de vez en cuando, para llamar calor á las extremidades, y mira constantemente hácia el paseo, con esa mirada del que espera, que querria ser imán y hacer hierro al que tiene que venir.

Dan las ocho en el reló de Palacio, y su última campanada coincide con un pataleo tan enérgico del aguador, acompañado de alguna exclamacion

non sancta, que le dicta su impaciencia, cuando, parejo con la fuente de los Vasos Nocturnos (y no podemos suavizar de otro modo el nombre que ordinariamente se le aplica), asoma el profesor, luchando por conservarse embozado en una capotilla azul, que el aire le lleva donde quiere; ora tirándose a atrás con tal ímpetu que los puños no bastan á sujetarla, ora enrollándola á su cabeza con tan caprichosos pliegues, que la paciencia se le acaba antes que pueda deshacer el complicado envoltorio. Lleva metida hasta las quijadas una gorra de paño con grande visera, y bajo el brazo un lio, que será el equipaje.

No mintió al afirmar á Robustiano que era poco, pues juzgando por el bulto, si allí van ocultas tres camisas, deben ser de la Holanda más delicada y ténue que las fábricas produzcan.

Cuando se aproxima á la puerta, el cuidado que hasta entonces dedicara exclusivamente al capotillo, se complica con el exámen de su limitado horizonte, en averiguacion del sitio donde se encuentre su compañero de viaje y el burro anexo. Guiña los ojos tanto como se lo permite el viento, y entre los torbellinos de polvo, si algun embarazo siente, es el que los franceses llaman *embarras du choix*, porque no hay árbol, bulto ni grupo, que no le parezca formado por Robustiano y Clavellino.

—¡Excelente bestia! exclama por fin, creyendo acertar, y encaminándose á un dependiente de consumos.

Tres pasos antes de llegarse á él y plantarle la mano, preparada ya para acariciar las ancas, nota el error y tuerce hácia otra parte.



—¡Don Sabas, aquí! le grita Robustiano en aquel momento, y fiando en la acústica lo que no puede esperar de la óptica, se encuentra en breve al lado del aguador.

—¡Vaya una mañana! le dice éste.

—¡Terrible!... ¿Sabes que nos equivocamos ayer en la cuenta?...

—¿Y cómo así?...

—¿Cuánto me diste?

—Mi parte.

—Pero no completa.

—De eso estoy seguro... iba completa...

—No tal... tú me diste setenta y cinco reales...

—Bueno... es lo que sacamos que era.

—Pero luego me dijiste que en llegando á la Coruña te tenia que pagar los treinta y cinco del burro.

—Es claro.

—No lo es.

—¿Por qué?

—Porque, tocándote ciento diez, si no me entregas más que setenta y cinco, ya te quedas con ello, y seria pagártelo dos veces.

—¿Pagármelo dos veces?... ¿Cuándo me pagó la otra?

—No la pagué... la dejé de cobrar, que es lo mismo.

—¿Qué me tiene que cobrar á mí, si no le debía nada?

—¡Llévete el demonio! ¿No te tocan ciento diez reales?

—Mire, D. Sabas... entiende más que yo... no me meta en cuentas que salga perdiendo... Soy un pobre...

—¡Aunque lo fueras más que Cresol!... Escucha, tenme la capota.

Sujeta la prenda por la mano del aguador, don Sabas mete la mano en el bolsillo, cuenta setenta y cinco reales, y le dice:

- Toma... ¿es esto lo que me diste?
- Sí, señor... ¿qué, ya no viene?
- ¿Estamos en paz?
- Estamos.
- Ten ahora ciento diez reales; tú pagarás por el camino.
- Si se empeña...
- Ten otros treinta y cinco por ir en el burro.
- Vengan.
- ¿Quedamos ya conformes?
- Sí... era lo mismo que yo decia...
- Como quieras, pero mejor está así... Vamos ya andando, que hace mucho frio.
- ¿No monta?
- No, me voy á helar. ¿Y tú?
- Tampoco.
- Una cosa te digo: ¿me rebajarás algo por los dias que no monte? pregunta el maestro conforme caminan.
- No piense en eso, señor.
- Pues me parece...
- ¿No conoce que si no fuera por el trato que hemos hecho, yo podria haber cargado algun género y ganarme más? Si á verse fuera... monte ó no monte, aún paga poco.
- Mira... aquella es la Casa de Campo... al otro lado del rio.
- Ya lo sé.
- Posesion real. Tiene cuatrocientas fanegas de á cuatro mil estadales, y en ella aprendió San

Isidro, labrador, su oficio, porque perteneció á su señor padre D. Ivan de Vargas, de quien la adquirió Felipe II. Tú no habrás dejado de asistir á la romería, en los años que llevas aquí.

—Estuve dos... En el primero, me robaron una peseta, y en el otro fué peor...

—¿Qué te quitaron?

—Nada... Me dieron un palo en los riñones, que me tuvo quince dias en la cama.

—¿Reñísteis?

—¡Cál!... una broma de Crispulo. ¿Se acuerda de él?

—No.

—Hombre, sí... que era tan gracioso que nos moriamos de risa con sus ocurrencias. Siempre las tiene iguales.

—Pues *á moros non se podria peor facer*, como dijo D. Pierres de Peralta, cuando le saquearon y talaron sus campos de Artajona. Voy á montar un rato, que el aire parece que se echa.

—No caiga de golpe, dice Robustiano á don Sabas, cogiéndole de un pié y ayudándole á subir.

—Este animal es más largo que el sitio de Troya, exclama el profesor, tentando la albarda por detrás y por delante, sin encontrarla término.

—Afirmese donde ha caido, que va bien. ¿Tiene buen paso?

—Es bastante suave, pero cuando alza esta pata del lado izquierdo, me da unos envites...

—Ya le decia yo al pege del gitano... Es un esparavan.

—¿Dónde piensas que nos detengamos á tomar alguna cosa?

—En la venta de Aravaca.

—¿Y á dormir?

—En las Rozas. Hoy tiene que ser la jornada pequeña, hasta que el animal y nosotros nos vayamos haciendo.

Lo que siguieron despues hablando, así como la parada en la venta y la prosecucion del viaje hasta las Rozas, nada de particular ofreció, y sólo diremos que, entre descanso, altos para subir el uno ó el otro, reconocimientos de Clavellino y composturas de sus aparejos, eran las cuatro de la tarde cuando entraban en la poblacion, dirigiéndose á la posada.

Piden un pienso para el burro y una cena para ellos, de modo que no excediese un ochavo de la cantidad presupuesta, y cuando ya las sombras del crepúsculo han cedido el campo á la profunda oscuridad de la noche, con el estómago lleno y el ánimo tranquilo, se tiende D. Sabas en el lecho, preparado sobre las losas de la cocina.

No disfrutaba tan envidiable calma Robustiano, y no porque turbase su conciencia ni la idea de una mala accion, sino porque Clavellino le inspiraba sérias inquietudes. Mejor hubiera querido tener, en lugar del mísero peculio de ambos viajeros, miles de onzas á su cuidado, que aquella bes-

tia, imposible de esconder en un cinto, ó de resguardar bajo una llave.

Concedamos, meditando sobre ello, que esta inquietud era l3gica.

La luna de miel no est1 reservada s3lo al matrimonio. Hay esa misma luna en todo deseo conseguido, en toda ventaja alcanzada; de ella disfrutamos en todo cambio favorable, y como en el matrimonio la desvanece al fin la posesion, la posesion tambien la eclipsa en las otras ocasiones.

Luna de miel son para el potentado, que acaba de encumbrarse, las primeras humildes pleitesias del que le adula 3 demanda sus favores, y despues le cansan y le irritan; luna de miel es para el pobre, que se enriquece, la contemplacion de sus tesoros, que acaban por matarle de hastio 3 de inquietud; luna de miel dan los triunfos de la inteligencia, que luego el amor propio, en su incansable crecimiento, estima merecidos, quit1ndolos su sabor; y el ni1o en sus juegos, el hombre en sus pasiones, el viejo en su ambicion, todos pasan por esas dulces lunas, cuyo 3nico mal consiste en ser tan cortas.

H3 aqu3 por qu3, cediendo al imperio de esta ley, Robustiano estaba en la luna de miel del propietario de jumentos, y no sabia d3nde colocar el suyo, libre de una coz 3 otra injuria de sus semejantes, abrigado contra la intemp3rie, y 1 salvo de cualquier intencion codiciosa, que en su mente

los riesgos posibles de Clavellino se multiplicaban aquella noche, primera que pasaban juntos, como las luces ante la vista de un borracho.

Dos cuadras tenia el meson. La una grande y bien acondicionada, ya con algunos inquilinos, y la otra pequeña, ruínosa y mal cubierta. Pensando que vale más estar solo que mal acompañado, y que, aún cuando la pequeña no ofrecia, al ménos para él, tantas comodidades, el mejor colchon es la tranquilidad, opta por la última, y en ella se mete con el burro, atrancando cuidadosamente la desvencijada puerta. Luego, aunque fuese llevar al extremo las precauciones, en vez de atar el ramal á un cuerno de los que tenia embutidos la tapia para este fin, le anuda á su pierna, al tenderse sobre el pesebre, fiado en el juicio y formalidad que Clavellino demostrara hasta entonces. Despues se duerme.

Serian las doce, cuando la puerta de la posada, bastante léjos de Robustiano para que pudiese oírlo, retumba al impulso de fuertes aldabonazos, cuyos ecos se extienden por el portalon y las habitaciones de los huéspedes, despertando á todos, y con ellos al posadero. Se levanta éste, y previas mil preguntas, dudas y maldiciones, abre, dándole tiempo apenas para hacerse á un lado, al entrar de golpe un ginete, caballero en hermoso corcel, que golpea impaciente sobre las piedras. La calidad de la cabalgadura y el traje del que

la montaba hacen que el patron llame al mozo, para que le auxilie en el servicio de persona al parecer tan principal.

—¿Hay lumbre en la cocina? preguntó echando pié á tierra.

—No quedará mucha; pero ahora traeremos unas chaparras... pase V...

—Ponedme el caballo con manta, que ahí viene en la silla, y dadle pienso corto.

—Está bien... Anda tú por leña, le dice el posadero al mozo, que yo llevaré el caballo...

—¡Ah!... se me olvidaba, añade el desconocido, volviéndose desde la entrada de la cocina; que esté solo, porque es bastante inquieto... ¿podrá ser?...

—Sí, señor... hay caballeriza...

Y con estas palabras, nuestro posadero se dirige, llevando la cabalgadura de la brida, al refugio que tan sábiamente aprovechara el agudor.

Encuentra al llegar que la puerta no cede, atrincherada interiormente; mas, sin preocuparse en manera alguna por la dificultad, tira hácia afuera, franqueándose el paso. Olvidó el propietario de Clavellino que las construcciones de los pueblos suelen, á fuerza de sencillas, volverse complicadas, y que aquella carcomida hoja era susceptible de girar, para su desdicha, en dos opuestos sentidos.

Aquí la pintura de lo que sobrevino se hace di-

fcil, porque ocurren simultáneamente varias cosas.

Entra el posadero con el caballo, éste ve á Clavellino, le dispara un par de coces, el burro huye, arrastrando á su dueño, el caballo se alborota más con los horribles gritos que arranca al gallego aquel sistema de locomocion, y el posadero, entre los dos animales que brincan y el bul- to que da voces, pierde la cabeza y grita tam- bien.

Acuden la posadera, los huéspedes, las cria- das y el mozo, con un farol, para disipar las ti- nieblas de la escena. Tampoco es de los últimos don Sabas, quien, notando cierto resplandor en el patio, supone un incendio como origen de tanto ruido, y llega con un cubo de agua; cuando aso- ma no ve otros indicios de fuego que los rayos del farol, doblemente intensos por la oscuridad en que se difunden y confusos para él por su mio- pía; sin vacilacion descarga el cubo justamente sobre la linterna y sobre el mozo que la tiene, re- cibiendo en el acto, por premio de su celo, tan bestial puñetazo, que de dos zancadas vuelve al portal con cubo y todo, atontado y sin explicarse lo que significa aquel ariete salido de entre las llamas.

Fué, entre tanto, la dicha del aguador, que Cla- vellino no tuviese grandes alientos, y que, harto muy pronto de correr, se refugiara en un rincon, resignado ya aparentemente á soportar inmóvil

cuanto pudiera ocurrir. Allí acuden todos, y por no haber más farol que el anegado por el maestro, la posadera, provista de un candil, cuya luz res-



guarda con el delantal. A sus resplandores contemplan el cuerpo del aguador, que no mueve pié ni mano: aquello es un tronco caído, un pedazo de obelisco, un costal, un cadáver, en fin. Recogen los destrozados restos, quién asiéndose á una pierna, quién á un brazo y le conducen entre las lamentaciones de la posadera, que solloza mientras alumbra el fúnebre cortejo.

—¡Virgen Santísima!... dice, ¡ya está perdida mi

casa!... ¿qué va á ser de nosotros?... ¡este hombre está muerto!...

—Muerto estoy, interrumpo con voz imperceptible Robustiano.

—¡Ay! ¡que habla!... ¡que habla!... exclaman todos.

—¿Cómo está V., buen hombre?... ¡qué tiene usted? le preguntan.

—Estoy muerto, replica con la misma languidez.

—¿Qué ha sido ello? pregunta también D. Sabas cuando llega donde está, sin osar moverse por no recibir otro golpe como el pasado.

—Que tenía atado el ramal del burro á una piedad, y ha ido arrastrándole por el patio.

—El mismo tormento que dió el rey Pepino de Francia á su nuera Brunequilla... pero aquello fué con caballos... ¿Cómo estás?... ¡ea... ánimo!...

—¡Ah, D. Sabas... yo muero!...

—No será tanto... veamos ahora... ¿sientes algún alivio?... ¿qué te duele?...

Cuando D. Sabas hace estas preguntas á Robustiano, ya le han puesto sobre un colchon, el mozo ha salido precipitadamente en busca del médico, y un carromatero en demanda del cura.

—Pero ¿qué sientes... dí?

—¡Don Sabas... yo quiero testar!...

—¡Qué aprensiones!...

—No se canse V., dice caritativamente un ar-

riero de los que rodean la cama, el hombre tiene razon... le habrá reventado...

—¡Ay... santo Dios!...

—¡Qué desgracia! añade el maestro ya medio convencido de que su compañero está hecho trizas.

—¡Aquí está el médico!...

—¡Que entre!...

—¡Que venga!...

—¡Ese es el difunto!...

—¡Todavía habla!...

El discípulo de Hipócrates, sin hacer caso de nadie, se encamina derecho al paciente, le toma el pulso, le mira, le reconoce, le palpa todos los huesos y los músculos todos, y cuando los circunstantes esperan llenos de emoción la fatal sentencia, haciendo señas al cura, que ha llegado también, para que se aproxime, el doctor, con el semblante airado, se vuelve á los dueños de la posada diciéndoles:

—¡Pudieran Vds. haber tenido más consideración y no haberme levantado á estas horas para semejante pamplina!

—¿No está de peligro? pregunta D. Sabas estupefacto.

—¡Está, continúa el médico de mal humor, para dormir hasta mañana y luego ocuparse de lo que sea su obligación!

—Vamos de viaje, ¿podrá continuar, yendo montado?

—Sí, señor, aunque sea por V. Buenas noches.

V.

El número tres.

El dictámen del facultativo, tan claramente expresado, privó al aguador de las simpatías que inspirara cuando creyeron su vida en grave compromiso. Uno tras otro van abandonando el cuarto y le dejan solo con D. Sabas.

Las reprensiones que éste le dirigió y los cargos que le hizo, por la alarma que habia producido en todos con sus exagerados lamentos, así como las afirmaciones del paciente, que insistia en que se habia sentido morir, y aún dudaba, á pesar de todo, duraron más de dos horas.

Por la mañana no quiso en manera alguna continuar el viaje; tampoco al otro dia hubo quien le moviese de la posada, y más tiempo se detuviera, si el recuerdo del plazo improrogable señalado por su futura suegra y la consideracion del gasto que se le originaba no fuesen dos poderosos agujones para ponerle en movimiento.

Salen, pues, al tercer dia, que era tan templado y sereno como frio y nebuloso en el que abandonaron á Madrid. La primera etapa la hace Robustiano caballero en el burro, y cuando ya tienen un razonable trozo de camino recorrido, don

Sabas, con arreglo al convenio estipulado, reclama su derecho de montar.

—Eso sí que es imposible por hoy, y tal vez por muchos días, dice el aguador.

—¿Pues no hemos convenido...?

—¿Y no sabe, señor, cómo tengo los huesos de mi cuerpo y que no podría andar?

—¿No podrás ir á pié un rato?

—Ni tres varas podría sin caerme... no sabe el daño que me hice.

—Pues ahora sí que pienso tener opción á que me rebajes.

—No diga tales cosas. Si yo hubiera traído los géneros...

—Estarías sin moverte de la posada, puesto que no puedes andar y Clavellino no resistiría el peso tuyo y el de los fardos.

—¿Y sabe si en las mismas Rozas yo hubiera vendido con ganancias?

—¡Pones las cosas de un modo!

—¡Póngolás como deben ser!

—¡Las pones como á tí te conviene!

El aguador replica destempladamente, D. Sabas le mira con aire provocativo, terciándose el capote azul, y no sabemos hasta dónde hubiera llegado la cuestión, si enaquel momento no los hiciera callar y reportarse la presencia de un viajero, con quien tropiezan en un recodo del camino, y á quien habian alcanzado porque iba á pié y sin apresurarse en el paso.

Era un jóven de veinte años no más, de semblante alegre, franca fisonomía y pobre atavío. Llevaba un palo al hombro y en su extremo un



pañuelo anudado por las cuatro puntas, el que probablemente contendría el equipaje, tan voluminoso, con poca diferencia, como el de don Sabas.

—Buenos días, le dicen éste y el aguador.

—Muy buenos, señores, responde el jóven.

Después de la salutación se sigue un largo silencio, durante el cual los tres, digamos cuatro para contar al tímido borrico, caminan juntos.

El desconocido es el primero que reanuda la conversacion, preguntándole á Robustiano:

—¿Lleva V. agua, buen amigo?

—Aquí traigo una botija, le responde el interrogado, sacándola de las alforjas.

—No está mala, añade el otro despues de beber.
¿Es de las Rozas?

—Sí, señor.

—¿Han salido Vds. de allí esta mañana?

—De allí venimos.

—Yo tambien; pero se conoce que he madrugado más.

—Nosotros hubiéramos salido más temprano si yo me encontrara bueno.

—¿Ha pasado V. alguna enfermedad? No se le conoce.

—Pues la pasé gorda, exclama el aguador, empezando á relatar al jóven por qué coincidencia habia sufrido una parodia de la extraccion de caballos en la plaza de toros.

Mezclándose en el cuento de Robustiano, don Sabas rectifica sus exageraciones; el desconocido por quedar bien con todos, halla medio de dar la razon á los dos, y como las palabras, segun comparacion, que no por lo vulgar deja de ser exacta, tienen semejanza grande con las cerezas, en aquello de que unas traen á otras, enlazándose entre sí, concluyen el amo de Clavellino y D. Sabas por contar al otro sus respectivas historias, explicándole menudamente las razones que los han obligado

á emprender tan larga expedición, y la necesidad que Robustiano tiene de hallarse en la Coruña para el primero de Abril.

—No sería portarme como buen compañero, exclama el jóven, si no refiriera yo ahora tambien mi vida y el por qué me encuentro con Vds. en este camino... Yo, señores, soy andaluz, de la misma Loja...

—*Flor entre espinas*, que la llamaron los romanos, interrumpe el maestro.

—No sé como la llamarían; pero á mí me llamaron, y así principio diciendo mi nombre, Manuel en la pila bautismal, y Quilez, porque Quilez era mi padre...

—¿No le tiene ya?...

—No, señor .. Quedamos en que soy andaluz y huérfano, y además estudiante de jurisprudencia. No tengo más parientes que mi madre, y si tengo alguno será rico, porque nunca ha sacado á relucir el parentesco... Entre mi madre y yo, cuando la pobre señora quedó viuda, hicimos cuentas de cómo habíamos de gastar lo poco que poseía, para que durase hasta la conclusion de mi carrera, y las hicimos tan mal que, faltándome dos años para terminarla, ya nos hemos quedado sin recursos, ó lo que es lo mismo, los dos sin comer y yo sin estudiar. Buscando de la manera que se busca, cuando los ojos están en el estómago, vino á la memoria de mi madre un antiguo amigote de su esposo, hoy en muy buena posición en la Coruña...

—¿Va V. allí? interrumpen á un tiempo los dos oyentes.

—Allí mismo voy, ó mejor dicho, vamos todos. No habia querido decirlo hasta que lo trajese el cuento. Vuelvo á él. Se escribió al amigo con tan buena suerte, que conforme habia de haber olvidado su compañero, fué para él grande satisfaccion,—así al ménos lo decia,—servir en algo al hijo del que tanto apreció. Encargaba con estas frases cariñosas que me pusiera en camino desde luego, que á su lado encontraria una honrosa manera de vivir, segun mis disposiciones, y que despues concertaríamos si, por la ocupacion que me diese, convenia que mi madre fuera igualmente á la Coruña á reunirse conmigo. Aquí tienen ustedes á lo que voy, y la manera cómo voy los probará que no deja de correr prisa el auxilio de ese señor.

Luchan, oyendo á Quilez, en el ánimo de don Sabas y del aguador, la reserva que les impone el verle en tan poco próspera fortuna y la simpatía que irresistiblemente experimentan por los francos ademanes y palabras del andaluz.

—¿Cuánto piensa tardar en el viaje? le pregunta Robustiano, para explorar de una manera indirecta el estado de su bolsa.

—A cinco leguas por dia es lo que pienso andar.

—Entonces necesita...

—No lo sé, ni quiero saberlo...

—¿No sabe cuántos días echará á la Coruña?

—No... Pregunté cuál era el camino, me metí por él y ya llegaré cuando llegue... No puedo pasarme, porque es puerto de mar...

—¿Está en su juicio?... ¿Cómo saca entonces la cuenta del dinero, para que no le falte?...

—Tampoco sé lo que traigo. Hicimos mi madre y yo un monton con la calderilla que teníamos y algunas blancas...

—¿Duros?...

—Pesetas y monedas de dos reales, de esas que sirven para destornillar. Hicimos el monton, partimos á bulto, me eché en la bolsa la mitad, y andando...

—Cuéntelo, hombre, y vea lo que ha de gastar cada dia...

—Si gasto lo que ayer, temo que no ha de durar mucho... se me fueron, sin saber cómo, treinta reales.

—¡Ave María!...

—Y luego cené...

—¡Eso no es tener juicio!... Nosotros hemos escotado á cinco reales diarios cada uno... Yo lo llevo para encargarme del gasto, y así sabemos que hemos de llegar, Dios mediante... Y si quiere, añade Robustiano, movido por un vago deseo de coger la calderilla de Quilez, si quiere entrar en la compañía...

—Por mí, desde ahora mismo le doy á V. lo que traigo y me mantiene V. hasta llegar...

Con el pensamiento hubiera el aguador querido

traspasar las ropas de Quilez para hacer un arqueo de lo que encima lleva, ya que se lo entregaba,—siguiendo, al parecer, una costumbre,—á granel y sin contarlo. Fluctuando entre la posibilidad de un buen negocio y el temor de una pérdida, le dice al estudiante:

—Saque... saque lo que lleve para ver...

No se lo hace repetir Quilez dos veces, y sepultando las manos en los bolsillos del pantalón, empieza á soltar puñados de cuartos sobre la albarda de Clavellino.

—Espere... ¡sooó, burro!... parémonos... no caiga algo, exclama el aguador, haciendo parapeto con ambas manos para que no rueden las monedas.

El burro se detiene, detiéndose D. Sabas, y el estudiante, parándose también, vierte los últimos restos de su caudal. Robustiano le mira y le remira, le escarba para encontrar la plata revuelta con el cobre, y por último le dice al estudiante:

—¿Lo contamos?

—¡Buena gana!...

—Pienso que ha de haber, real más ó menos, lo que tendria que darme...

—Pues en paz, y vamos andando...

Tranquilos ya respecto al punto que más los inquietaba, Robustiano y el maestro siguen el camino en la mejor armonía con el estudiante, que se detiene cuando ellos se quieren detener, anda cuando quieren andar, come alegremente lo que tienen

á bien darle en la merienda, y, así hermanados, llegan á hacer noche á Guadarrama.

Comienzan á subir el puerto al otro día, aviniéndose ya Robustiano á ceder el burro alguna que otra vez á D. Sabas, rendido en aquella interminable cuesta. Quiléz no da indicios de cansancio alguno, ni los otros le ofrecen la cabalgadura, lo cual no deja de extrañarle y hacerle pensar en algún medio para aprovecharse también de ella.

Alcanzan la cumbre y allí ven el león de piedra con la lápida en que dice:

FERDINANDUS VI
PATER PATRIÆ
VIAM UTRIQUE CASTELLÆ
SUPERATIS MONTIBUS FECIT
AN. SALUTIS MDCCLXIX
REGNI SUI IV

—¿Qué dice ahí, D. Sabas? pregunta el aguador; nunca lo pude entender ni hallé quien me lo dijera.

—Ahí dice, responde D. Sabas reflexionando un rato, ahí dice el león: «VÍ á Fernando, padre de la pátria...»

—¿Y qué más?...

—¡Psch!... otras cosas por el estilo... patrióticas... lo que se pone de ordinario en estos monumentos...

—¿Pero qué es ello?

—¡Nada, hombre, nada!... excusas que te lo

traduzca, porque no lo habias de entender...

El estudiante escucha atentamente la explicacion de D. Sabas, la apunta en su memoria, como dato para ir conociendo á su compañero de viaje, y se permite tan sólo añadir:

—Esta es la division de ambas Castillas.

—La Nueva y la Vieja, dice D. Sabas, ansioso de atenuar la semi-derrota sufrida en la traduccion... Las dos Castillas, llamadas así porque las poblaban los castellanos desde la más remota antigüedad... pátria de muchos hombres célebres que han nacido en ellas...

—Hoy estamos á trece, dice Robustiano, y tenemos que alargar las jornadas, porque ya perdimos dos dias... Si les parece haremos noche en Villacastin.

—Por mí, la haremos donde Vds. quieran, replica Quilez.

—Tú dispondrás, añade D. Sabas, pues á tí te interesa más que á nadie, y eres el que tienes más prisa de llegar.

VI.

Robado.

En la posada adonde se dirigieron, el aguador, que no habia quedado con deseos de guardar su

burro como le guardara en las Rozas, busca por otro lado la seguridad de la caballería, y moliendo á preguntas y recomendaciones al posadero, poco le falta para exigirle fianza por las horas que, mientras él duerme, ha de estar Clavellino á merced de los mozos. El patron le tranquiliza, riéndose de sus temores, y Robustiano deja con cierta zozobra todavía, al vigilado animal en la cuadra, recoge el aparejo y las alforjas, y se lo lleva consigo al cuarto que habian pedido para los tres.

Cenan en la cocina, despues hay un rato de conversacion con los demás huéspedes, luego se retiran á dormir, y hasta las seis de la mañana el roncar de barítono de Robustiano hace coro al de tenor de Quilez y al de bajo cantante de don Sabas.

El primero que despierta es el aguador, que se frota los ojos y baja á visitar á Clavellino. Contento porque le vé sin novedad, vuelve á sus compañeros, los despierta, metiendo prisa para que salgan á desayunarse, y despues de satisfecha esta necesidad, pide la cuenta.

Le dice el posadero á lo que asciende, se encamina al cuarto para sacar de las alforjas la cantidad necesaria, y al poco rato vuelve extremadamente pálido.

—¡Téngame por Dios! balucea tambaleándose, mientras todos corren en su auxilio creyéndole atacado de un accidente.

—¿Qué sucede?

—¿Qué tiene V.? le preguntan haciéndole aire en la cara.

—¡Nos han robado!

Don Sabas da un brinco, el posadero cambia de expresion, y todos los que le escuchan manifiestan grande curiosidad.

—¿Qué le han robado á V.? pregunta el amo.

—¡El dinero... todo el dinero que tenia!...

—¿Dónde lo tenia V.?

—En las alforjas.

—¿Y las alforjas?

—En el cuarto.

—¿Ha cerrado V. siempre que ha salido?

—Siempre, señor, ménos cuando quedaban allí mis compañeros.

—Pues ya vé V. que no puede ser...

—Pues ha sido... ¡Todo... todo... sin dejar un maravedí!

—Pero, hombre... vuelvo á decirle á V. que no puede ser. Usted mismo confiesa que no se ha dejado abierto estando el cuarto solo... ¿Se han llevado tambien las alforjas?

—Esas están allí...

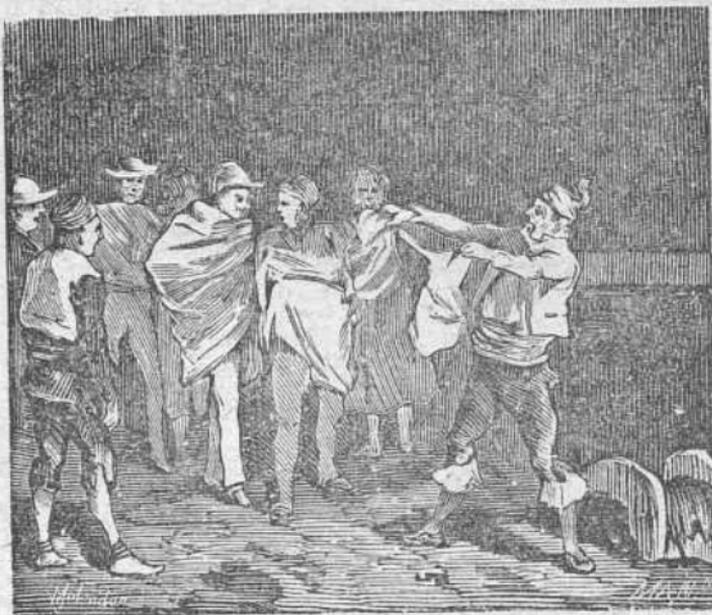
—¿Ha mirado V. bien todo?... Vamos allá y lo veremos...

—Sí... vengan... vengan conmigo...

El posadero, con el aguador, D. Sabas, el estudiante y una retahila de curiosos, llegan al cuarto.

Allí ven la albarda y sobre ella las alforjas, que Robustiano coge y sacude á la vista de todos.

—Miren, repite... no tienen nada... están va-



cías... más de quince duros... ¡Santo Cristo!... trescientos reales... Y empieza á llorar, dando grandes berridos y llevándose á los ojos las malhadadas alforjas.

A D. Sabas le cuesta tambien mucho trabajo contener las lágrimas, y el estudiante tiene, por el contrario, que hacer grandes esfuerzos para no reirse. Esta serenidad de Quilez engendra una grave sospecha en el ánimo de D. Sabas, que se

dispone á hablar, cuando el posadero, en las vueltas y contorsiones que hace Robustiano, fija la vista y exclama de pronto echándole mano á las alforjas:

—¿Qué es esto?

Y enseña un agujero que en el fondo de ellas se habia abierto, sin duda con el peso de la calderilla añadida el dia anterior.

—¡Están rotas! dice D. Sabas.

—¡Están rotas! repiten todos, como en un coro de zarzuela.

El aguador seca su llanto y reconoce el desperfecto... No habia duda... todos los indicios de una rotura reciente, producida de dentro á fuera, estaban allí claros y palpables.

—¿Ve V., hombre, cómo no se puede hablar tan á la ligera? dice el dueño de la posada... El dinero ha caido por aquí, y apuesto á que V. ya no lo traia cuando entró anoche en mi casa.

—Yo traje, añade el aguador recapacitando, las alforjas sujetas á la albarda, y cuando desaparejé el borrico recogí todo junto...

—Pues ya ve V. como no pudo conocer la falta de peso... Lo ha perdido V. en el camino.

—Deje... que puede entonces que cayese en la cuadra; y acto continuo se dirigió á ella.

En la cuadra no hay rastro de dinero, y con la tenacidad absurda que se demuestra siempre en estos casos, el aguador busca en sitio donde era imposible que pudiera caber, no ya la canti-

dad perdida, sino una sola aguja. Se registra él, registra á D. Sabas, registra á Quilez, mira el interior de las orejas de Clavellino, le mira por todas partes, y si le valiera pondria en cueros á cuantos hay en la posada y demoleria despues el edificio del techo á los cimientos, para adquirir la evidencia de que allí no está su caudal.

Pero sea que se olvidó de ofrecer tres cuartos y medio á San Antonio, lo cual no nos extraña, porque no los tenia en aquel entonces, sea que estuviese escrito que el dinero no pareciera, el dinero no pareció.

El caso era grave, gravísimo. Volviéndose el aguador podia contar con algunos recursos; pero siendo insuficientes, ¿cómo llegar á la Coruña antes que se casase Restituta?... Ya habia pedido dos prórogas, y la última carta era apremiante, sin apelacion... Cuantos pretextos diere se tomarian por mentiras... Y D. Sabas, que habia pagado á doña Irene, habia adelantado lo del viaje y lo de montar en el burro, y el sobrante se lo habia dejado al zapatero del portal á cuenta de unas botas de dos suelas; ¿qué iba á hacer en Madrid? En cuanto á Quilez, ¿estaria bien que regresase ahora á pedir á su madre la mitad de la mitad de lo que la dejó?... Y todos estaban arruinados por su causa... por su negligencia... Esta consideracion le hacia sentir el dinero de los otros tanto casi como el suyo. Quedaba ciertamente un arbitrio, que era vender á Clavellino, mas por lo mismo que se le

ocurre á él, pide á Dios con toda su alma que no se le ocurra á ninguno de sus compañeros; los cuales, despues que le ven harto de buscar y se cansan ellos mismos, le proponen reunirse en el cuarto y tener una conferencia para determinar lo que debe hacerse en tan tremenda crisis.

—Si poseyéramos, dice el estudiante tomando primero la palabra, algunas conchas, con la capotilla de D. Sabas y el capote de V. me vestiria de peregrino y pediria para...

—Tambien me pueden colocar á mí, replica vivamente el aguador iluminado por esta idea, haciéndome el tullido sobre...

—¿Sobre qué?...

—No puede ser, añade Robustiano, que se ha detenido en su discurso, comprendiendo la imprudencia de nombrar al burro...

Pero ya era tarde.

—Don Enrique de Trastamara, principia el maestro, empenó su gaban para comer un guisado de oveja. Doña Isabel la Católica dió sus joyas para la conquista de Túnez, y San Martin vendió la mitad de su capa al diablo... Hay que vender á Clavellino.

Robustiano oye la sentencia fatal y baja la cabeza. Despues, queriendo defenderse en sus últimos atrincheramientos, replica:

—¡El Señor me valga, tan cierto como no lo digo por mí! pero, ¿qué va á hacer, D. Sabas, andando todo el camino? Se cansará, y entonces

¿héle de dejar solo, sin dinero, aspeado, en medio de los campos, para que muera de hambre ó de enfermedad?

El tiro era certero, porque D. Sabas reflexiona que efectivamente Robustiano, el más vigoroso de ellos, se propondrá llegar, y llegará el día primero de Abril á la Coruña, dejándole donde no pueda seguir.

Renúnciase, pues, á la venta de Clavellino, y acuerdan seguir adelante para, segun caminen, discurrir otro medio, y entre tanto proponen al posadero que tome la albarda en pago de la hospitalidad durante aquella noche; pero Robustiano tasa el aparejo y sostiene que no devolviendo seis pesetas no se le debe dejar.

Queda encargado de la negociacion, y con tal pesadez la emprende, tanto vocifera, discute, replica y se lamenta, que el posadero, por verse libre de él, renuncia á toda indemnizacion, autorizándolos para que se marchen sin pagarle, hasta que vengan á mejor fortuna.

Con este permiso, y ya muy tarde, porque no hay para qué decir que el tiempo habia corrido tan indiferente á la desgracia de nuestros caminantes como á todas las que encuentra á su paso, salen de Villacastin. Fortuna tuvieron en que la pérdida del tesoro los cogiese con el almuerzo en el estómago, porque así, llegado el mediodía, sin grande violencia pudieron renunciar á la detencion y refrigerio de costumbre en tal hora.

La primera duda que se suscita es quién y de qué manera y con qué pretexto ha de pedir, porque no cabe hacerse ilusiones. Manteniéndose de limosna han de sostenerse, y manteniéndose de limosna han de llegar al término de la expedición.

—No hay para qué nos avergoncemos de emplear este recurso, dice D. Sabas. La Escritura sólo pide que no sepa la mano izquierda lo que toma la derecha; Pedro el Ermitaño llevó á la guerra de Morería un ejército inmenso, manteniéndole de la caridad de los vecinos en los pueblos por donde pasaba: Belisario, hombre ilustre, pero ciego, en el imperio de Occidente, jamás quiso vivir más que de lo que le producía la caridad de los fieles oyéndole tocar la guitarra: el Califa...

No pudo seguir D. Sabas.

Un grito terrible de Robustiano, que iba sobre Clavellino, corta el diluvio de sus citas y le deja en suspenso, así como á Quilez, volviendo uno y otro la cabeza.

El aguador, encogidas las piernas, saltones los ojos, crispados los puños y todo él descompuesto, como si estuviese atacado de epilepsia, oprime convulso la albarda con ambas manos, exclamando:

—¡Aquí está!... ¡Sooó!... ¡Aquí está completo!... ¡párate, borrico... y Vds. también... vengan acá!... ¡qué alegría!... Salióse de las alforjas y se detuvo aquí, en la albarda... ¡Madre mia!... ¡y pensar que por poco se la dejamos al posadero!...

Quilez y D. Sabas se acercan, y Robustiano saca de una bolsa, que formaba la rota cubierta de la albarda, el pañuelo que contenia los fondos. Le hace sonar con el gozo de un niño, y despues, para convencerse más y convencer á los que le miran, le desata, y el tesoro perdido aparece. Está la plata de los unos y la calderilla del otro; está íntegro, completo, y con la ventaja, segun observa Robustiano muy oportunamente, de no haber pagado, por aquella momentánea pérdida, la posada de la noche anterior.

—De este modo, añade dando besos al pañuelo, perdiérase muchas veces, pañuelo mio.

La animacion renace: ya no hay que pensar en las limosnas, ya hay dinero, ya sobran recursos. Quilez propone, escandalizando á sus compañeros, gastar en la primera poblacion donde lleguen lo que no gastaron en Villacastin, lo que habia de pagarse aquella noche y un suplemento para celebrar el feliz hallazgo.

Con dificultad logran los otros dos poner freno á la esplendidez del estudiante, y embebidos en esta conversacion y otras, comen en Labajos, meriendan en San Chidrian, y terminan muy tarde la jornada de aquel dia en Martin Muñoz.

VII.

Aporreado

El quince hacen las seis leguas que separan Martín-Muñoz de Olmedo, y al aproximarse á la posada elegida para pernoctar, oyen en su interior extraordinario ruido de voces, risas y descompuesta música. El criado que sale á recibirlos está con traje de gala, lo que no deja de sorprenderlos, porque no es aquel día domingo, ni fiesta de guardar. Mientras piden alojamiento y Robustiano hace sus acostumbradas preguntas respecto á la disposición y seguridad de las cuadras, empiezan en el piso superior, que parece ser el foco de la broma, y sobre sus mismas cabezas, unas desenfrenadas seguidillas, con acompañamiento de castañuelas y palmadas.

—¿Qué pasa aquí? pregunta Quilez, á quien horriguean los piés, oyendo el ruido del baile.

—Es que se ha casado hoy la hija del amo... Tambien subirán Vds., si quieren, porque se convida á todos los que llegan.

—¡Famoso! exclama el estudiante. Meta usted pronto el jumento, Robustiano, y vamos arriba.

—¿Con que convidan?... entonces no necesitamos encargar cena, observa el aguador.

—Opino lo mismo, dice D. Sabas.

Después de quedar Clavellino á buen recaudo, suben los tres, guiados por el mozo, una estrecha escalera, y se encuentran en una habitación, á la cual sigue otra y luego otra, cuyas puertas están abiertas, formando una sala de inmensa longitud. Huele fuertemente á vino y á tabaco, la animación es indescriptible y la confusión espantosa; por un lado juegan, por otro bailan, más allá corren y retozan y se persiguen, y no faltan grupos de ancianos que se ocupan exclusivamente en ponerse beodos como toneles, apurando sendas jaras de lo bueno de Rueda.

Atraviesan aquel caos, cuya espesa atmósfera enturbia la vista de Robustiano y del estudiante, y quita la poca que tiene á D. Sabas, llegando, siempre conducidos por el mozo, ante el padre de la desposada, el cual les dice:

—Bien venidos, señores... aquí á comer y á beber y á divertirse... hoy no hay posaderos ni huéspedes... todos somos unos... Echa de beber á los señores, Tomás.

Obedeciendo la orden del anfitrión, plantan á los tres personajes otros tantos jarros de vino en la mano, y en seguida los vuelve la espalda el posadero, dándoles una prueba de confianza al dejarlos en completa libertad de hacer lo que les plazca. Uno de los bebedores, sin embargo, los advierte caritativamente que de allí á una hora empezará la cena, y que hasta entonces no deben

beber más de los dos cuartillos que les han dado por barba, con el solo fin de animarse un poco.

Quilez no oye este aviso, porque, sin abandonar el jarro, ya se ha ido hácia donde abundan las faldas. El maestro no se atreve á moverse por no tropezar con alguna pareja, y el aguador tomando asiento en un banco, bebe sorbo á sorbo su parte.

De allí á poco el baile se interrumpe para dar lugar á la colocacion de unas larguísimas mesas, que luégo se cubren con sus respectivos manteles, y sobre ellos principian á poner tantas y tan enormes cazuelas, con tantos y tan variados guisos, que hay alimento bastante para todos los concurrentes durante una semana.

Los asientos se toman por asalto, sin guardar órden ni regularidad, y Quilez, que sabe aprovecharse maravillosamente de esta confusion, se encuentra colocado con una de las mejores muchachas del baile á la derecha y la novia frente á frente.

Es la heroina de la fiesta, pequeña, coloradita, de nariz remangada, ojos negros y vivos y dientes blanquísimos. Sonríe sin cesar al estudiante, con quien ha bailado ya dos ó tres veces, y le obsequia á menudo con grandes cucharadas de todo lo que se sirve.

El novio contempla embebido y satisfecho esta predileccion, mirando con cariño al que es objeto de ella, como si participara de las simpatías de su esposa.

Durante la cena se bebe tan extraordinariamente, que el que no pierde la facultad de hablar se queda sin la de sostenerse, y á los que conservan una y otra valiéras más haberlas perdido, segun el detestable uso que hacen de ambas. Quilez atiende á la del lado y á la novia, con tal agilidad en ademanes y palabras, que volviéndose dos, no estaria más oportuno sobre y bajo el nivel del tablero. Robustiano da descompasadas voces, llamando Clavellino al papá-suegro, y don Sabas requiebra á un tuerto que tiene enfrente, y es el maestro herrador del lugar, tomándole por bellissima aldeana.

Cuando concluyen de cenar, con los lábios llenos de grasa, las manos súcias y la vista extraviada, vuelven á la algazara y á la gresca los que están en disposicion de moverse. Pegado Quilez á la novia para pedirle explicacion de un fuerte pellizco que le ha dado al levantarse de la mesa, pasan junto á una puertecilla y le pregunta:

—¿Qué es esto?

—Una escalera...

—¿Dónde va á parar?

—A la bodega.

—Yo nunca he visto una bodega... debe ser cosa bonita.

—No tiene nada de particular... tinajas y cubas...

—¿Y no se puede ver?

—Sí, señor... baje V. si quiere...

—Vamos allá, dice Quilez cogiendo del brazo á la muchacha.

—Quite V... yo no bajo...

—¿Por qué?

—Porque la he visto ya.

—Pero como yo no la he visto... venga usted para enseñarme...

Ella se resiste, pero sonríe, lo cual constituye una manera detestable de resistir; y por último, tan buenas razones le da Quilez, que logra reducirle á que le enseñe lo que no ha visto nunca, y bajan á la bodega, alumbrada por un mústio farol.

Corto rato haría que se habían eclipsado, cuando D. Sabas empieza á experimentar síntomas alarmantes, consecuencia evidente del exceso de líquido tragado; busca una salida, tropieza, que no podemos decir vé, la escalera de la bodega, y principia á bajarla para ir á parar donde probablemente no hacia falta ninguna.

Primero reina un absoluto silencio en aquellas profundidades; mas cuando D. Sabas le interrumpe con ciertos ruidos característicos, los que estaban interesados en que nada oyera, creen posible cruzar algunas palabras.

—¡Váyase usted!

—Si no vé nada.

—Puede oír.

—¡Buena tempestad tiene en su cabeza para ocuparse de eso!

—No importa... váyase V... luégo saldré yo cuando se retire ese hombre... ¿qué hacemos aquí ya?...

Quilez se resigna á obedecer, y se desliza por la escalera arriba.

No hace más que entrar en la sala cuando tropieza con el novio, que en su semblante cándido manifiesta extremada alegría por el encuentro.

—¡Hola! señor estudiante, le dice, venga V. á beber una copita conmigo.

Hubiera sido el colmo de la ingratitud negarse en aquel momento á tan amable invitacion. Sigue al esposo afortunado, se sientan á un extremo de la estancia, y con los vasos en la mano empieza el siguiente coloquio:

—Le tengo á V. cariño de ver lo que le quiere mi mujer...

—Eso es muy bueno, responde el estudiante; harán Vds. un gran matrimonio si tiene V. siempre los mismos gustos que ella...

—No sabemos, añade el novio con tono de duda.

—¡Cómo!... ¿qué teme V.?

—¿Qué sé yo que decirle á V.?... La chica me quiere; porque si no, ¿á qué habia de casarse conmigo?...

—No hay mejor prueba.

—Pero yo no lo acabo de entender... yo sé poco de mujeres... Se enfada mucho conmigo... siempre me está diciendo que soy un simple... que tengo poco de aquí.

Y se señala la frente.

—Por esa parte no hay cuidado... ya irá usted teniendo...

—¿De veras?...

—Cada dia más...

—Usted me anima... ¿si pudiera V. estar siempre con nosotros?...

—Llegaría V. á tener muchísimo...

Mientras de este modo se explican los dos interlocutores, la novia deja trascurrir un rato despues de la salida de Quilez, y en vista de que don Sabas no se marcha, sale á su vez, pasando tan cerca del maestro, fiada en su cortedad de vista, que á pesar de ser ésta grande, la ve y la conoce. Juntando este dato con otros que ya tiene en su cabeza, no obstante lo que la trastorna el vino, sube sonriendo y tambaleándose, ve á Robustiano en conversacion con el posadero, sentándose en un banco, y sin fijarse en este último, á quien por otra parte tampoco conoce muy bien, se pone al lado del aguador y empieza á decirle:

—¡Compañero!... ¡si no lo hubiera visto no lo creeria!...

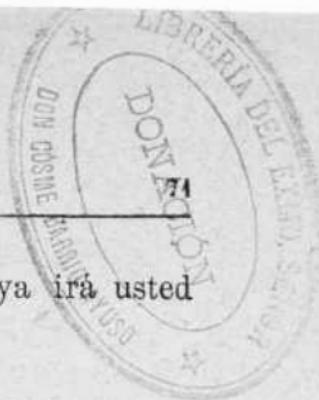
—¿Qué es lo que no creeria?

—Te digo que lo que acabo de ver...

—Cuenta, replica el aguador.

—Pues, hijo mio... he visto, que si el novio se llamara Segundo... tendria bien puesto el nombre...

—No entiendo...



—¡Mal rayo te parta, que me haces jurar contra mi costumbre!... Vengo de una bodega...

—Ya se le conoce.

—No formes juicios temerarios... hablas con tu maestro, que es un segundo... sí... como debía llamarse el otro... ¡Já, já!...

—Está perdidito, dice en voz baja el posadero á Robustiano. Pregúntele V. al fin qué ha visto...

—¿Qué ha visto en esa bodega, D. Sabas?

—He visto... mira... á la novia y al estudiante... los dos solos... enteramente solos, y... ¡ay!...

Un pisoton de Robustiano, pisoton de aguador, y con esto está dicho todo, arranca el quejido de D. Sabas. Pero no fué tan oportuno como fuerte. El posadero se pone de pié, coge al maestro por el brazo, y llevándole aparte le dice:

—¡Ahora me va V. á repetir lo que ha dicho, y si es mentira le arranco á V. la lengua!

Entre quedar imposibilitado de hacer citas históricas para el resto de su vida, ó dar al traste con la reputacion de la jóven posadera, el partido no era dudoso; pero D. Sabas intenta rehuir todo lo posible la declaracion y ganar tiempo con evasivas.

—No sé qué quiere decir, balbucea.

—¿Que no lo sabe V.?... ¿qué estaba V. contando á su compañero?

—Era de asuntos nuestros...

—No, señor, que era de asuntos míos... y hable usted, si no quiere que le haga yo hablar de otro modo...

—No se sofoque V.... En último caso... ¡qué canario!... de la reina doña Urraca se cuenta...

—¿Habla V., sí ó no?...

El ofendido padre, sin parar la atención en que



nadie perdía tanto como él, levanta la voz, y todos los que estaban inmediatos se vuelven. Los murmullos que circulan, las torpes protestas de D. Sabas, los gritos del posadero, todo le hace comprender á Robustiano que allí va á haber leña, y dirigiéndose donde está Quilez, que ya venía también á enterarse de la disputa, le dice rápidamente:

—¡Ponga piés en polvorosa!... ¡el padre de la chica sabe lo de la bodega!

El estudiante, con tan oportuno aviso, gira sobre los talones, y un momento despues ya está lejos de la posada. Vuelve Robustiano entonces al grupo, en el momento en que el posadero le decia á D. Sabas:

—¡Tanta culpa tiene V. como ese pillo de compañero suyo!...

—Señor, dice Robustiano, no lo crea así... don Sabas, no se comprometa por ese hombre... no le conocemos... no sabemos quién es... se nos juntó esta tarde misma...

—¿Dónde está? pregunta el posadero, concluyendo él por donde debia haber empezado.

—¿Quién? dice el novio.

—El estudiante.

—Ahora mismo estaba aquí conmigo... es famosa persona... capaz de hacer un favor á cualquiera.

—Ya se le conoce, susurran en torno.

Quilez no parece, la cólera paterna necesita desahogar en álguien, y los convidados en manera alguna encuentran inoportuno, para término y postre de la broma, propinar una paliza á los forasteros.

Estas corrientes de la opinion como diria un periodista, no se le escapan á Robustiano, por lo que sin ceder en la lluvia de palabras que vierte defendiéndose, tira de los faldellines al maestro y

con cierta suavidad va aproximándose á la salida. Mas ¡ay! que suena un bofetón, y rota la valla, caen sobre ambos viajeros los palos, las puñadas, los puntapiés, la vajilla y hasta los candiles, más copiosos que granizo en tempestad. Buscan aturridos la puerta y bajan los peldaños de dos en dos, entre furiosos silbidos y gritos atronadores.

—Lo peor es, dice Robustiano en la calle, ras-cándose las espaldas, que se ha quedado allí el burro...

—¡Tengo desecha una paletilla!... ¿Piensas entrar por él?

—¡Dios me libre!... voy al alcalde...

Esta autoridad envía un aviso con el alguacil para que entreguen la caballería, y los aporreados se van á otra posada á pasar la noche.

Trascurre ésta sin parecer Quilez.

Cuando á la mañana ya salían de Olmedo dice el aguador:

—Si no parece el estudiante, no sé cómo le voy á dar los cuartos... y si no le volviéramos á ver, podía guardarlos como míos... ¿no es eso, D. Sabas?

—Agradeciérate el saber por qué le has de heredar tú solo... pero no tengas cuidado, que él parecerá.

—Sea lo que Dios quiera, responde Robustiano.

A tiro de fusil del pueblo se realizan los pronósticos de D. Sabas, asomando por entre unos matorrales Quilez, que es recibido con grandes quejas por sus compañeros.

—Si yo hubiera sabido, dice, que iba á suceder eso, estén Vds. seguros de que no los hubiera dejado allí; pero supuse que escapando el culpable, nada les dirían á ustedes.

—Pues ya ves que nos han dicho... y nos han hecho...

—Hay solemnidades de familia, añade D. Sabas, hay actos en los que, imitando á las antiguas romanas, cuando celebraban ciertas fiestas, debían suprimirse hasta las pinturas y estátuas que representasen machos; pues si una vez es cierto que la astucia permitió á César introducirse en la casa de Clodio y en la estancia donde su mujer con otras amigas se entregaba á la celebracion de aquellas ceremonias, no es ménos verdad que una esclava le descubrió, segun parece, á tiempo... y sobre todo, que quien quita la ocasion quita el peligro...

En tanto que D. Sabas pasea su fantasía por la Roma del triunvirato, Quilez pone en planta cierto proyecto que habia madurado en su cabeza, mientras aguardaba la aurora paseando por la campiña. Calculó que, por efecto de estos paseos y por otros motivos, la jornada de aquel dia iba á serle un tanto penosa si la efectuaba á pié, como habia efectuado las anteriores, gracias al egoismo de sus compañeros, que nunca le ofrecían el burro. Resuelto, pues, á que cesara aquella desigualdad, se habia provisto de algunos abrojos, y cuando don Sabas concluía su interesante anécdota, concluye él de aplicarlos en sitio oportuno al jumento. Pre-

ludiando con algunos respingos, dá el animal luego un par de coces, á beneficio del que sale el erudito historiador por encima de las orejas. Ni el



castigo ni la blandura logran calmarle, y sigue alborotado y fogoso, poniendo á D. Sabas y á Robustiano en grande temor de montar.

—Este bicho padece vértigos, dice Quilez, y yo me comprometo á domarle, si Vds. me permiten intentarlo.

Acceden de buen grado; el estudiante al subir retira con disimulo la causa de tan inusitada locura, y de este modo consigue caminar mucho tiempo con el descanso que le era tan preciso.

VIII

Enfermo

En los tres días que emplean hasta la Mota del Marqués, pasando por Valladolid sin detenerse, el viaje no sufre accidente alguno, ni en ellos ocurre á los héroes de esta expedición acontecimiento que creamos preciso referir.

Llegados á este punto, el aguador, que desde por la mañana se quejaba de fuertes dolores en todo el cuerpo, atribuyéndolos todavía al arrastre que sufriera en las Rozas, se ve atacado de una calentura que le postra, al extremo de no querer participar de la cena de sus compañeros, lo cual pone á éstos en grande cuidado, porque ni en las circunstancias más críticas le habían conocido nunca renunciar á la comida.

Se acuesta, pidiendo cuatro mantas, se las echa encima, y así abrigado, toma un vaso de vino caliente con azúcar, cuyo remedio espera que le pondrá sano y dispuesto para continuar el viaje al otro día.

Pero en vez de este resultado, la calentura le crece por la mañana, y de tal modo, que su cuerpo es una estufa y su estómago un sumidero, donde no pueden calmar el ardor los multiplicados jar-

ros de agua que Quilez y el maestro le propinan.

En esta situación, deciden los tres llamar al médico, considerándose impotentes para cortar con sus propios conocimientos el curso de la enfermedad. Pero en el pueblo no hay médico, ó á lo ménos quien merezca el nombre de tal; el barbero hace sus veces, y como les aseguran que se han dado casos de curar algunos enfermos, se resuelven á valerse de su mucha ó poca ciencia, y sale Quilez en su busca.

El maestro, que era un hombre ya de edad, gordo y con la nariz como una remolacha, estaba jugando al *truque* en su portal.

—Chica... ¿hay agua caliente? pregunta cuando ve á Quilez.

—No vengo á afeitarme, responde éste.

—¿A sangrarse?

—Tampoco... Es que un compañero se ha puesto malo en la posada, y desearia...

—Eso es otra cosa... Muchacha, dame el chaqueton nuevo y el garrote... ¿Y qué siente? continúa dirigiéndose á Quilez.

—Parece que tiene bastante calentura y le duele mucho la cabeza.

—Bueno, bueno... ya supongo lo que es... vamos allá cuando V. quiera... Mirad, dice á sus compañeros de juego... yo estoy aquí en un Ave-María... ya sabéis que tengo tres cuartillos y Pepote dos... Hasta ahora...

Quilez lleva respetuosamente á su derecha al

facultativo, que se para á la puerta de todos los vecinos, y en los intermedios no cesa de repetirle:

—Pepote piensa que me la da á mí porque pone diez y seis guias... aunque pusiera las cuarenta cartas no es él el que puede con el hijo de mi madre...

Llegan á la posada, entran en el cuarto del paciente, coge una silla el barbero, se sienta, saca un brazo del aguador y le agarra por la muñeca, ni más ni ménos que si fuese á tirarle de la cama abajo. Escucha gravemente durante una buena pieza los latidos del pulso, y luego le ordena con acento breve:

—A ver esa mucosa...

—¿Qué dice? pregunta Robustiano.

—Que me enseñe V. la lengua.

Obedece nuestro hombre, el barbero apoya un súcio dedo en la punta, y se inclina para examinarla.

—¿Hay ardor? pregunta al enfermo.

—Mucho, responde éste, retirando la lengua para contestar.

—¡Estése V. quieto! grita el facultativo incomodado... ¡Saque V. otra vez esa lengua!

Concluido el exámen á su sabor, pregunta el barbero:

—¿Han conservado Vds...?

—Sí, señor... cabalmente hace un momento...

—Venga...

Sale el maestro á pedir lo que el facultativo exi-

gia á la criada del meson, en el instante en que ésta entraba con el desayuno, consistente en un hermoso cuenco de sopas de ajo, rociadas con excitante pimenton.

—¿Lo traes tú ya? pregunta D. Sabas á la doméstica.

—Aquí lo tiene V.

—Dámelo, continúa D. Sabas cogiendo las sopas.

En seguida se entra y le dice al profesor, poniéndole la vasija debajo de las narices:

—Vea V.

—Sí, murmura el barbero, no me parece mal; solo que hay sangre... mucha sangre. Ya estoy en autos... nada, puede V. retirarlo. Su compañero padece una idiosincracia bastante grave; es necesaria una sangría. Mandaré á mi chico ahora, porque ya estará Pepote echando venablos... ¡yo le diré cuántas son cinco, con sus diez y seis guias! Señores, hasta más ver.

No pasa desapercibida para Quilez la equivocacion del cuenco, y por lo mismo que el competidor de Pepote habia calificado de grave la enfermedad, contaba seguro que era bien leve; mas el estado de Robustiano, que empeora cada vez más despues de la sangría, le hace temer ya seriamente por la salud de su compañero, puesta para colmo de desgracia en aquellas manos.

A las cinco de la tarde son insufribles los lamentos del aguador, y es evidente su malestar; se

llama de nuevo al profesor, sirva ó no sirva para el caso, pues la inaccion es imposible cuando se ve á una persona padecer ante nuestros ojos.

Se presenta otra vez con su chaqueton y su palo, reconoce al enfermo, y dice:

— Está en la crisis, y de aquí tiene que resultar, ó que se muera ó que sane, si el mal no se hace crónico. Apelaremos á todos los recursos de la ciencia. Que se purgue, que tome un vomitivo y que le corten el pelo. Mande V. recado al tío Vicente el esquilador, ya le conoce el posadero, que le dejará como si le hubiesen afeitado.

Llega el tío Vicente, que pone la cabeza de Robustiano más lisa que una bala, y en esta disposicion le propinan las dos pócimas, encontrándose el paciente en tal estado de postracion, que ni alientos para hablar le quedan.

Pudo entonces conocerse el cariño de D. Sabas hácia su antiguo discípulo. A todo ayudó, en todo trabajó, y hasta se bebió por equivocacion el resto de la purga. Al anochecer seguia en su estupor Robustiano, sin quejarse como anteriormente, lo cual interpretan sus compañeros como un síntoma favorable, y á la hora de recogerse se acuestan tranquilos, confiando en una pronta mejoría.

¡Engañosa esperanza! Eran las doce, cuando los agudos quejidos del enfermo los hacen levantar sobresaltados y acudir á la cabecera, encontrándole con un terrible delirio, que los llena de temor.

—Hay que llamar á ese hombre, dice Quilez.

—No hay más remedio, añade D. Sabas.

—Pues vaya V., continúa el estudiante, porque yo he estado ya dos veces hoy.

—No tengo dificultad, responde el maestro, aunque no le siente bien.

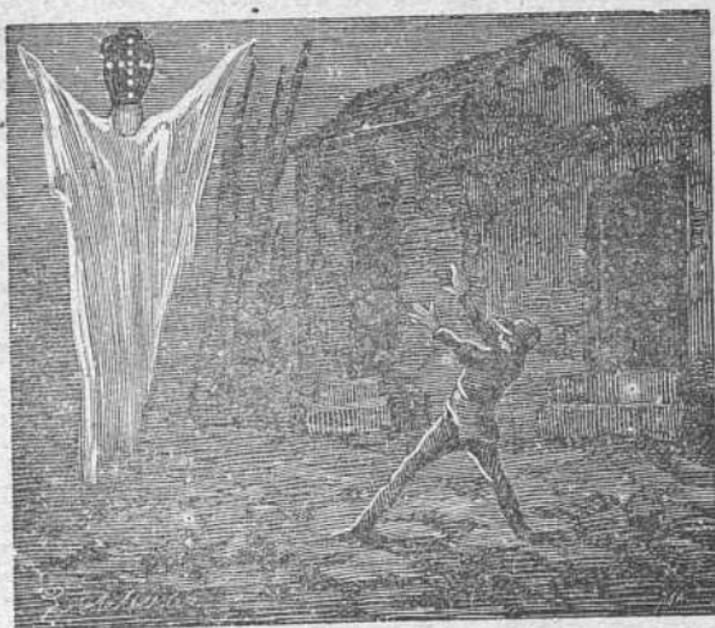
Era tiempo de cuaresma, y habia en aquella poblacion, como en otras muchas hay, la costumbre de vestirse de fantasma algun chusco, bien para divertirse haciendo miedo á los tímidos, bien para hablar con la novia, bien para fines más trascendentales, que no se reducen á simple conversacion, pues se ha dado caso, y áun casos, para este motivo de ilícito comercio con el demonio, cual si nos halláramos en el pleno siglo xvii. Y daba la casualidad de que el amante de la hija del barbero, encelado hasta lo sumo de otro galan, habia adoptado aquel traje, buscando el influjo de lo sobrenatural para vencer á su competidor, convencido sin duda de que, en lo humano, es inútil buscar remedio al mal de la coquetería femenií. Paseaba, pues, vigilando, envuelto en una sábana desde el cuello hasta los talones, y con un cántaro en la cabeza, cuyos agujeros, en forma de cruz, daban paso á los resplandores de la vela encendida en su interior.

Iba D. Sabas cogido á las paredes, aquí tropezando, allí cayendo, cuando distingue á la otra punta de la calle una luz que avanza hácia él; despues observa una altísima figura blanca, que

camina majestuosamente, y por último, helado de terror, oye decir con voz profunda, cavernosa, sepulcral:

—¡Ay de mí! ¿No hay quien me mate?

Como liebre por vereda corre D. Sabas por el detestable empedrado, donde antes no podía andar, huyendo de la blanca aparición. No sabe dón-



de se dirige, ni sabe dónde se encuentra; sólo sí sabe que forzosamente necesita hacer alto, y le hace, y mientras brotan de su pecho prolongados suspiros y frío sudor complica sus angustias, oye otra vez en la esquina próxima:

—¡Ay de mí! ¿No hay quien me mate?...

De un salto se endereza, y sosteniendo con ambas manos lo que si se cayese le impedía correr, emprende nuevamente la fuga desatentado y loco. Ya no es preciso que oiga el lastimoso eco, porque le parece que van repitiéndole el «¡ay de mí!» al oído conforme corre, y cree sentir detrás de él las pisadas del fantasma. Quizá en el exceso de su terror hubiera llegado á perder el sentido, si dando vueltas y revueltas no se encontrara de pronto á la puerta de la posada.

Habia de haber pesado el aldabon quinientas arrobas, y las manos febriles de D. Sabas le hubieran levantado tan fácilmente como una pluma. Llama con fuerza y espera entre mortales ánsias que le lleguen á abrir, seguro de que, como aparezca entonces su perseguidor, ó derriba la puerta ó se queda allí mismo muerto.

En tanto que así volvía el infeliz emisario sin desempeñar su cometido, Quilez tiritaba medio desnudo al lado del enfermo, y al oír los primeros golpes de D. Sabas se envuelve en una colcha y sale á recibirle.

Apénas descorre el cerrojo, ve entrar rápidamente una forma, que cruza ante él sin verle y se para jadeante en medio del portal; pero de pronto se vuelve, le mira, da un grito y escapa hácia el interior de la casa con los brazos abiertos.

Sorprende á Quilez este susto y este grito, sea dado por D. Sabas, sea por el barbero, y sobre

todo le causa extrañeza que, debiendo llegar dos, solamente haya llegado uno. Se asoma á la calle, mira en todas direcciones, no ve nada; vuelve al cuarto de Robustiano, no ve á nadie tampoco, y sin poderse explicar esta soledad daba al demonio á su compañero, cuando se alzan nuevos gritos y son ahora tan desgarradores, que precipitadamente se dirige hácia donde suenan, hasta llegar al cuarto del posadero, en cuya puerta ve, ligerísimamente vestidos, á éste y á su esposa.

—¡No entre V. por Dios! no sabemos lo que ahí habrá.

Quilez no obstante, se asoma, pero la oscuridad no le permite distinguir nada. Pide una luz, y así que se la traen, nota que la cama del matrimonio, compuesta de banquillos y tablas, ha venido al suelo y que bajo los colchones hay álguien, porque ondulan y se agitan como un mar tempestuoso.

Los levanta, y aparece D. Sabas desgredado, lleno de lodo, con el vestido descompuesto y temblando de los piés á la cabeza. Merced á un gran vaso de agua con vinagre, y cuando se llega á convencer de que no hay fantasmas en torno suyo, cuenta lo ocurrido en la calle y cómo al esconderse bajo la cama de los patrones, huyendo de Quilez, que le espantó con la colcha, dió en un banquillo y la derribó sobre su cuerpo con el matrimonio encima.

Para tener digno fin aquella agitada noche, Ro-

bustiano se despierta con la algazara, y haciéndose sordo á toda reflexion, quiere ver al médico, porque la vida, segun dice, siente que se le concluye por momentos.

Don Sabas declara que, aunque fuera en ello la existencia de su Basilisa, no vuelve á salir, ni solo ni con un batallon. Se determina á hacerlo Quilez por complacer al enfermo; llega, sin tropezar con el fantasma, hasta el domicilio del barbero, llama al ventanillo y despues de muchos porrazos, logra que se asome.

—¿Qué hay? le pregunta.

—Que aquel hombre se muere.

—Pues, ¿qué le hemos de hacer?... Le he dado un vomitivo y una purga, le he hecho sangrar y que le corten el pelo... no hay otra manera más de sacarle los humores nocivos... yo no soy Dios... Que le confiesen, y si pone los ojos en blanco, que le den los Santos Oleos... Buenas noches...

Cierra de golpe, y Quilez se queda dudando si sentir ó felicitarse de aquella negativa.

Los hechos prueban que habia motivo para lo segundo, porque, desde el momento en qué Robustiano carece de la asistencia del improvisado doctor, principia á experimentar notable alivio; al dia siguiente se levanta, come con sus compañeros, y con este indicio se prometen una rápida convalecencia. En efecto, pasa la noche tan sosegado como alborotador estuvo la última y por la mañana se juzga con fuerzas para partir.

Si por lo sucedido en las Rozas se creyó autorizado para no ceder el Clavellino á D. Sabas, comprendase que ahora ni áun discusion admitiria sobre ese punto.

Montado él, por consiguiente, y los otros dos á pié llegan en una jornada á Villalpando, en otra á Pozuelo y en otra á Toral.

—¡Qué calentura y qué malo me sentí, Dios mio! repetia á cada momento el aguador.

—Tu falta estuvo, replica D. Sabas, en beber aquel vaso de vino con azúcar. Judah-ben-Mosc, sábio médico hebreo, fué llamado en una ocasion para asistir al rey Fernando III, que estaba con un ataque cerebral, y se encontró con que el tratamiento se reducía á darle vino blanco de Orihuela... Pues afirma que, si aquello sigue, el rey hubiese muerto.

—Yo tambien pensé morir, y si no me llevase este animal, tenia para mucho tiempo antes de poderme mover.

IX.

Lo que se dirá.

Saliendo de Toral, llevaban andada una legua cuando principia á caer una copiosísima lluvia que cala los ténues abrigos del maestro y de Quilez, y al poco rato podian considerarse tomando

un baño general de agua, helada como la nieve. Pensaban ya en retroceder, no obstante los días que iban perdidos y lo tasado que tenían el tiempo, dado lo que aún faltaba por andar, cuando distinguen á la derecha del camino y en la falda de una loma un cortijo ó casa de campo, que no parecía sino que estaba puesta allí para resguardarlos en aquella ocasion.

Cruzan unos prados, y á los diez minutos se hallan en un corral, que precedia al edificio. Era este un conjunto de establos, pajares y cuadras, unidos sin órden ni simetría, como si por construcciones sucesivas se hubiesen ido agolpando dependencias, segun las necesidades del momento. Todas las puertas están abiertas, y conforme van avanzando por el interior, encuentran absoluta soledad y nadie responde á sus voces. Considerándose, en vista de esto, dueños del campo, colocan á Clavellino en la mejor cuadra, y en seguida comienzan á visitar habitaciones, hasta que dan con una cocina, cuyo hallazgo les llena de placer, por la ocasion de secar sus mojadas ropas. No habia allí, sin embargo, combustible de ningun género, y salen en distintas direcciones á buscarle.

Cruzaba el aguador un corralejo, para dirigirse á un cobertizo lleno de leña, cuando, de entre los haces, sale una vaca con su cria y arremete furiosa contra nuestro hombre, que escapa con toda la ligereza de sus piernas. Ciego el animal, le persigue por todas partes: llega donde estaba Quilez,

quien, al ver á la vaca, huye tambien, y los dos improvisados toreros tropiezan con D. Sabas, que traía penosamente un enorme haz sobre sus hombros. Continúan su carrera por un lado y otro del maestro, que se detiene sorprendido al verlos huir de aquel modo, hasta que se encuentra con la fiera encima y sin darle tiempo más que á volverse de espalda, recibe en medio de la leña un topetazo, rodando por el suelo con las ramas. Satisfecho sin duda el animal con este triunfo, se apacigua, llama con un bramido á su hijo, y se queda inmóvil junto al haz, bajo el cual D. Sabas no se atreve á moverse. Sus compañeros tampoco parecen por allí: el aguador se habia encerrado en la cuadra con Clavellino, y Quilez, que ignoraba la verdadera situacion del maestro, no se atrevia á incitar á la res, por temor de enfurecerla nuevamente.

Hasta que, trascurrida media hora, no le place á la vaca volver al patio, D. Sabas continúa quieto en su escondite, y cuando, con mil precauciones, se llegan á juntar los tres, renunciando ya al abrigo que los proporcionaba aquella vivienda de tan poco hospitalario morador salen otra vez al camino.

Robustiano, segun costumbre, pondera el daño que le habia hecho el susto, y toma de aquí pié para aprovecharse exclusivamente del jumento, aunque aquel dia, fangosa la carretera con la lluvia, Clavellino andaba malamente dando frecuentes tropezones, y haciendo renegar del que se le vendió y de toda su parentela.

Un grupo de gente que ven delante de ellos distrae al aguador de sus maldiciones, y excita la curiosidad de D. Sabas y Quilez. Como el grupo caminaba muy lentamente, no tardan en conocer que le constituía una cuadrilla de gitanos, compuesta de hombres, mujeres y niños, unos en burro, otros en caballerías mayores de todas clases y otros á pié. En ninguna ocasion más inoportuna pudiera haber tenido aquel encuentro Robustiano, colérico como iba con el tío Jarapones en particular, y contra todos los de su raza en general, por las malas obras de Clavellino. A impulso del rencor, nace de pronto un diabólico pensamiento en su cabeza, y cuando llegan á la caravana, despues de saludarse recíprocamente, dice volviéndose á Quilez:

—¿Qué le parece, amigo... será de los señores la caballería?

—¿Qué caballería? pregunta uno de los gitanos, mientras todos los demás escuchan con atencion.

—No es nada, buen hombre... nos hemos metido á descansar en una labranza, una legua de aquí, y no hemos visto en ella más que un borrico rucio... ¡hermoso animal, por cierto!... que parecia abandonado... ó perdido...

—¿Rucio dice V. que era?...

—¡Sí señor... una gran caballería!

—¡Bendito sea Dios! exclama el gitano. No sabe usted el favor que nos hace... que andábamos locos desde ayer con el extravío de esa bestia... y el Señor le premie la buena obra... nuestro es, sí.

Vamos á volvernos, continúa dirigiéndose á sus colegas entre los que habia comenzado misterioso murmullo.

Enterados bien al por menor del sitio donde estaba la labranza, todos vuelven grupas y retroceden, riendo el que más y el que ménos por la candidez de Robustiano, que tan inesperada presa los proporciona.

Ya bastante apartados, pregunta D. Sabas la aguador:

—¿Qué has hecho?

—¡Deje á esa mala casta, que toda ella debia arder en lo profundo!... Verá la que se arma con la vaquiña cuando los coja por su cuenta...

—¿Y si vienen despues tras de nosotros?... No conoces tú á la gente esa...

—Bah... una hora larga para ir allí, otra de toreo y revolcones, hasta que puedan salirse al campo, y dos leguas que andaremos nosotros en ese tiempo... ya los llevamos tres de ventaja.

El maestro no objeta nada á este cálculo; Quilez se rie y poco despues llegan á Astorga, donde apenas se detienen, abandonando la poblacion despues de proveerse de víveres.

Dejando atrás otros dos pueblecillos, hacian, con intento de dormir en Manzanal, la última legua, cuando, volviéndose el estudiante á mirar atrás, dice á sus compañeros:

—¿Qué es lo que ven Vds. en lo alto de aquella cuesta?

Don Sabas y el aguador se vuelven tambien, el primero por gusto de volverse, pues no habia de distinguir la misma Astorga que viniera sobre ellos, y el segundo, dice:

—Veo cuatro caminantes que vienen más de prisa que nosotros.

—Y yo veo, añade Quilez, que esos caminantes se parecen como dos gotas de agua á algunos de los gitanos de esta mañana.

—¡Santo Cristo! ¿Lo dice de veras? pregunta el aguador.

—Mire V... mire V. bien y verá cómo no me equivoco.

En efecto, cuatro gitanos, tal vez los cuatro más tremendos de la cuadrilla, ginetes en sus cuatro mejores cabalgaduras, venian hácia nuestros viajeros á paso más que regular.

—Quieren alcanzarnos... ¿Qué idea traerán? exclama Robustiano.

—No será cosa, responde el estudiante. Figúrese usted que la vaca haya echado las tripas fuera á alguna mujer ó haya reventado á algun chiquillo de los que llevaban, y ya puede V. suponerse.

—¡Oh, demonio! murmura el aguador pálido de miedo, arreando á Clavellino.

—Tienes tú tambien unas bromas, añade D. Sabas, que ni las de tu amigo Crispulo. Hay que ver cómo no nos dejamos alcanzar, porque de lo contrario no quedamos uno vivo.

Este dictámen del maestro centuplica el temor

de Robustiano que, ansioso de precipitar la marcha de Clavellino, sólo consigue aturdirle y cansarle. Los tropezones son cada vez más frecuentes, otras veces se para y dá vueltas; los gitanos mientras tanto ganan terreno á ojos vistos, y si la noche, que ya llega, no les protege con su oscuridad, allí mismo concluye la expedicion por muerte, heridas ó cualquier otro atropello cometido con nuestros hombres.

Seguro hasta la evidencia el aguador de que, montado en su caballería, no hace más que perder



tiempo y aumentar el peligro, se apea. El burro, aliviado de la carga, sale al trote delante de ellos

y los tres le siguen jadeando, sin detenerse más que á mirar alguna vez á sus perseguidores.

—Esperemos... ¡Qué diablo!... Somos tres, dice Quilez.

—Espérellos si quiere, responde el aguador.

—¡Nunca... jamás! balbucea D. Sabas... ¡No os pareis ni á volver la vista siquiera!... ¡Sodoma y Gomorra fueron convertidas en estátuas de sal por volver la cabeza á enterarse del incendio de Lot, contra las órdenes de Nuestro Señor Jesucristo!... ¡Adelante!...

El sudor inunda sus rostros, á pesar del frío que se siente en aquellas alturas, el lodo les llega hasta los muslos, y el convaleciente, el débil, el que sólo podía ir en piés ajenos, es el que mejor emplea los propios y el que ménos fatiga experimenta.

La vista del pueblecillo de Manzanal que es segun va dicho, donde piensan hacer noche, sugiere á Robustiano la siguiente observacion:

—Lo que es antes de entrar ya no nos cogen... pero ahora pregunto... El pueblo es pequeño, no tiene más que una posada... ¿Qué adelantamos con meternos en ella, si se meterán tambien y más á su gusto nos harán lo que quieran allí dentro?

—¡Ay, Robustiano, Robustiano .. tú si que nos has metido en buena!...

—Si los metí, ¿qué remedio tiene ya?... ¿He de deshacer lo hecho porque se lamenta? exclama el aguador, furioso al ver las pocas brios de D. Sabas.

—Haremos una cosa, dice Quilez... Entraremos primeramente D. Sabas y yo solos. Fingiremos que nos acostamos en seguida. Así cuando lleguen, como saben que tenemos el burro y averiguarán que no han entrado más que dos caminantes sin caballería ninguna, no creerán que somos nosotros y tal vez se vuelvan, perdiendo la esperanza de alcanzarnos. Despues que se hayan ido, ó que se recojan, si se quedan, nosotros salimos á buscar á éste, que se quedará á las tapias del pueblo, y entraremos nuevamente todos, sin que nadie se aperciba.

Tenia sus inconvenientes y ofrecia sus dificultades el plan de Quilez; pero el tiempo faltaba para idear otro más perfecto, y sus colegas le aprueban, separándose Robustiano con Clavellino para dar un rodeo y colocarse en las afueras de la poblacion, mientras los otros dos entran resueltamente en ella y se dirigen á la posada.

Ya era completamente de noche. Llegan, toman asiento en la cocina, empiezan á secarse las ropas que cubrian sus cansados y ateridos miembros, y en los primeros instantes de bienestar se olvidan del peligro, así como de Robustiano, que seguirá á la intempérie, sin disfrutar el calor de aquella hermosa lumbre.

Mas sus perseguidores no habian perdido el tiempo; cuando se hallaban en el colmo de la voluptuosidad que les producía el descanso y el abrigo, cuando sus ojos se entornaban involunta-

riamente, los abren de pronto al sentir pisadas de caballerías en la calle, se miran uno á otro como diciendo «ahí están» y al convencerse de que allí están en efecto, con mucha suavidad y disimulo se levanta D. Sabas, coge de un brazo á Quilez y salen de la cocina.

Lo primero que se ofrece á su vista, y en ella no habian reparado al entrar, es, en el fondo del portalon, una galera de cuatro ruedas, de las que llaman aceleradas.

—¿Nos metemos ahí? dice Quilez, viendo ya á los gitanos.

—¿Qué es ello? pregunta D. Sabas, que apenas percibe los contornos de aquella masa enorme.

—Una galera...

—¿No sería mejor en cualquier habitación?...

—¿Y cómo, sin conocer la casa?... ¿Quiere V. colocarse otra vez debajo de algun matrimonio?... Además, yo deseo oírlos y verlos para saber lo que ocurrió en el cortijo...

Mientras sostienen este diálogo rápidamente y en voz baja, van adelantándose los recién llegados.

La inminencia del peligro acaba con las vacilaciones del maestro, y escalando el vehículo, se agazapa en el interior.

Disimulado con el estrépito que producen las caballerías de los gitanos, pues ellos eran, y las voces y réplicas del posadero, dentro de la galera se sostiene el siguiente diálogo:

—¿Quién es? dice una voz femenina, cuando entra bajo el toldo D. Sabas.

—Gente de paz, responde Quilez, entrándose también rápidamente, al conocer la naturaleza del cargamento.

—¿Adónde van... qué tienen que hacer aquí? añade otra voz, también de mujer y ya en tono más alto.

—¡Callen por lo que más quieran en el mundo! murmura D. Sabas... somos unos infelices, á quienes persiguen para matar esos hombres que entran... ¡Sálvennos la vida!...

Las mujeres, llenas de dudas por aquella breve cuanto terrorífica historia, contada con voz trémula y alterada, guardan silencio y dejan que los inesperados huéspedes se coloquen como mejor les es posible, aunque con alguna estrechez, entre los fardos que llegaban hasta los varales. Oyen entonces las minuciosas preguntas de los gitanos, que sirven como de confirmación al cuento de D. Sabas, y la seguridad de que es cierto cuanto ha dicho éste, moviendo sus compasivos corazones, ahuyenta todo recelo y las constituye en protectoras decididas de los que al principio rechazaron... ¡Cuánto y cuánto debían felicitarse los dos por muchos motivos y especialmente por lo que ya tenían ganado con aquellas beldades, caso de que lo fueran, pues los rostros no se veían, si reflexionaban lo que la compasión puede en las almas femeniles!... Haced justicia á las mujeres los que tan mal las

tratais... en gracia siquiera á su inagotable caridad... Ved que no son insensibles á ninguna miseria, ni á ningun padecimiento, ni á ningun dolor... más que á los que ellas mismas causan, y que si, por esta leve excepcion, ven impasibles llegar hasta el fondo del abismo al hombre precipitado por su culpa, lloran desoladas cuando *Celinda* se pierde y tienen vapores cuando el canario se pone triste.

—¿No han llegado aquí, preguntaba uno de los gitanos, tres hombres con un burro?...

—No, señor... hace un poco han llegado dos, sin burro ninguno.

—¿Dos nada más?... ¿Si serán ellos?...

—No lo creo, replica otro.... ¿Habian de separarse?...

—¡Los graciosos! ¿Dónde se habrán metido? añáde un tercero... Daria... no sé qué decir, por encontrarlos...

—¿Qué es ello, que tanto afan tienen Vds. por tropezar con esa gente?...

—Nada más que una broma... así... de gusto... que han tenido con nosotros... y que los ha de dejar poca gana de otra.

—Puede que hayan seguido más adelante.

—¡Aunque tuvieran alas en los talones, he jurado que no se me han de escapar, ni sosiego hasta que le eche á uno las tripas fuera!

—En fin... ¿qué hacemos?... ¿seguimos ó nos quedamos?

—Quedarnos será lo mejor, que, por ventaja que tomen, con la montura que llevan, son nuestros cuando nos dé la gana.

—¿Pero qué ha sido la broma? pregunta el posadero curioso...

—No es para contar... un buche despanzurrado, que valia una onza... y la mujer de éste sin un hueso sano en su cuerpo... ¡Malos mengues los arrastren!

—Mira... no hablemos de eso, interrumpe otro, porque me pegaría conmigo mismo... bajemos y á callar.

Los cuatro se apean, llevan las cabalgaduras y vuelven á la cocina, taciturnos aún y preocupados.

Fuera perder tiempo entretenerse en decir cuán silencioso, arrebuñado y encogido escucharia todo esto D. Sabas, lleno de desesperacion al observar la frescura con que el estudiante se revolvia, procurando ver algo.

—Esos hombres, esos dos que han venido, segun dicen Vds., ¿dónde están? insiste un gitano, no viéndolos por allí.

—No sabemos, responde el posadero, extrañándose tambien.

—Salieron, dice un huésped, cuando los señores llamaban.

—Hay que buscarlos, exclaman vivamente los gitanos, al enterarse de esta circunstancia.

Pero, tanto el dueño del meson, como los demás que allí se encuentran, sentian hácia los gitanos

esa especie de repulsiva desconfianza, que suelen inspirar conforme se alejan de los países meridionales, su centro, su terreno natural y en el que prosperan más florecientes. No se muestra, pues, el amo muy dispuesto á consentir que, por buscar á los de la broma, que quizá sea pura invencion, registren su posada y se enteren de entradas y salidas, útiles despues para otros fines en daño suyo.

Cuando los gitanos se convencen de que no podrán registrar la casa, al ménos con autorizacion del propietario, intentan hacerlo de una manera indirecta y, el uno para acostarse en el alto, el otro para dormir en bajo, éste para cuidar las caballerías en la cuadra y aquel para no sé qué en el corral, salen de la cocina á distribuirse por todas partes.

La famosa galera los da en los ojos al salir al portal.

—Buen carruaje, dice uno... ¿hácia dónde camina?

—Es la galera del tio Prolongo, que va á Madrid, responde el mozo, que ha salido con ellos.

—¿No ves que lo reza ahí, hombre? añade otro que sabia leer.

Y aprovechando un débil reflejo del hogar, que daba en el toldo, lee deletreando:

Galera acelerada de José Prolongo, de Madrid á la Coruña y vice-versa.

—¿Quién va en ella?

—Quien puede ir, responde el conductor de la ga-

lera, saliendo tambien de la cocina, amoscado ya con tanta pregunta sobre su carro.

—Vaya, señores, á la paz de Dios... y pasar buena noche, dicen los gitanos, temiendo armar una pendencia, en que van á ser solos contra todos los que hay en el meson.

Hasta el momento en que se retiran, no sólo sus perseguidores, sino los demás circunstantes; hasta que reina completo silencio y no ménos completa oscuridad por todas partes, no sale D. Sabas de entre unas mantas, con que se habia tapado de la calva á los piés, maldiciendo la imprudencia de Quilez que, cuando los gitanos estuvieron á punto de registrar la galera, léjos de imitarle y callarse, habia empezado, sin duda, á referir cuentos graciosísimos á una de las mujeres, pues apenas podia contener la risa.

—¡Cuánto hablan esos dos! le dice al maestro la que estaba á su lado.

Don Sabas medita qué pasaje histórico le contará para que no tenga que envidiar á su compañera, y siéndole imposible en aquel instante acordarse de ninguno, ignoramos sobre qué ciencia trataria; aunque es positivo que, si bien con ménos elocuencia que Quilez, tambien habló.

X.

Un buen encuentro.

Hablar sin haber cenado siempre es fatigoso, y tiene que serlo mucho más cuando se han recorrido á pié seis leguas—la última cuesta arriba y á buen paso—cuando se ha tenido que huir de una vaca brava y cuando se han experimentado emociones violentas, que rinden tanto como los trabajos físicos.

Quilez y el maestro, despues que se cansaron de conversacion, se durmieron profundamente, olvidándose con inconcebible ingratitud de Robustiano, y por la madrugada, antes del alba, dejando á sus compañeras sin despertarlas, para evitarse repeticiones enojosas, puesto que ya las habian contado todo lo que recordaban, abren cuidadosamente la puerta y se marchan.

Al encontrarse fuera del meson, su primer pensamiento es Robustiano, que tal vez los espere todavía en las afueras del pueblo, por lo que le dan vuelta, examinando detenidamente las tapias, rincones, zanjas y setos; mas todas sus pesquisas son infructuosas, pues no dan con el aguador ni con el pollino. Seguir más en el pueblo era peligroso, cuando ya iba á amanecer y podian salir

sus perseguidores: era, en cambio, muy oportuno emboscarse en sitio desde el cual observarían la dirección que tomarían.

Así lo ejecutan, con tan buen éxito, que ven primero la galera, seguir su camino hacia la corte, y momentos después á los cuatro gitanos, que toman la dirección opuesta.

Libres ya de esta inquietud, dice Quilez:

—Ahora es preciso que busquemos más detenidamente al aguador.

—Creo que no habrá inconveniente, habiéndose alejado esos hombres, de preguntar en algunas casas, por si álguien diese razón.

—Lo malo será que haya continuado hasta la Torre y se encuentre allí con ellos.

—Debimos salir antes de la galera, D. Sabas...

—Capua retuvo al mismo Pompeyo, amigo Quilez... y he de encargarle que no trasluzca nada de lo ocurrido esta noche Robustiano, porque al fin es mi discípulo y perdería fuerza moral.

—¿Preguntamos?...

—Sí...

Por más que interrogan de aquí para allá, nadie les da noticias y quedan perplejos, y sin saber por qué partido decidirse.

—Créame y vamos á la posada, dice D. Sabas.

—¿Y qué hacemos allí?

—Tarde ó temprano, allí nos ha de buscar...

—Vamos...

El posadero los recibe manifestando tanta sor-

presa como alegría, pues no se le habia podido ocultar que á ellos era á quienes buscaban los gitanos, vista la rapidez con que habian desaparecido á su llegada.

Los pregunta y celebra con grandes risas el lance, al oírsele contar á Quilez. En seguida los da de almorzar, y mientras se desayunan, los pregunta dónde habian dormido.

Don Sabas quiere callar, pero el estudiante le cuenta todo haciéndole reir de nuevo.

—Vaya, dice, ¡y cómo se hubiera puesto el tio Prolongo, á saber lo que pasaba en su galera!... Ellas cenaron al llegar, y parece que caminan haciendo poco gasto; así es que no quisieron habitacion y se fueron á dormir allí.

—¿Qué tales eran? pregunta Quilez.

—La jóven...

—¿Habia una vieja? interrumpe el estudiante.

—Sí, señor...

—¡Ya me lo figuraba!... es con la que yo hablé... En la oscuridad me pareció que le faltaba algundiente.

—¿Y cómo?...

—Porque salia la voz muy apagada.

—A mi Basilia la faltan tambien algunos y todavía tiene buen ver.

—Pues esa no valia nada, dice el posadero, continuando su descripcion. La jóven tampoco era gran cosa; pero muy robusta... una mozayona como un castillo.

—Tiene V. suerte, D. Sabas.

—¡Qué hemos de hacerle! responde el maestro con cierto regocijo, que no le es dable disimular, oyendo aquella pintura de su desconocida compañera.

—Por eso no queria V. salir...

—¿No queria? dice el posadero.

—Yo lo que propuse, replica D. Sabas, fué estarnos quietos para salir en la galera y habernos luégo descolgado en el camino, sin que lo notase el carretero... Los troyanos se introdujeron á socorrer la ciudad en el vientre de un caballo y los compañeros de Panduro escaparon disfrazándose de carneros.

Llega el medio dia sin haber parecido el aguador y piden de comer.

—Ya tenemos, dice D. Sabas por lo bajo á Quilez, un almuerzo y una comida á nuestro cargo y yo voy perdiendo las esperanzas de que parezca aquél. ¿Cómo vamos á componernos si no viene?

—Por mi parte, responde Quilez, si quince dias tarda, quince dias me estoy aquí sin moverme, y en último caso, como sé que ha de ir á parar á la Coruña, allí le escribo para que me mande mi calderilla...

—Que no le alcanzará para pagar el gasto que ya haya hecho...

—¿Y qué remedio?... mia no es la culpa... me abonará daños y perjuicios...

—Ave María, exclama una voz desde la puerta.

—¿Quién?...

—¿Me dan razon de dos caminantes, que durmieron aquí anoche?... ¡Quieto, Clavellino!...

Antes que tengan tiempo de responderle, salen el estudiante y D. Sabas, á quienes el nombre del burro habia hecho conocer cuál era su conductor.

Robustiano, caso inaudito, que probaba su alegría por el encuentro de los perdidos compañeros, suelta el animal para correr á abrazarlos. Desde que se veia perseguido, no se encontraba bien solo. Cuenta que, cansado de esperar la noche anterior y suponiendo que los seria imposible darle entrada, habia continuado hasta la Torre, retrocediendo por la mañana en su busca; que á la mitad del camino se habia tenido que esconder en una arboleda, porque vió venir á los gitanos, y allí se quedó con la esperanza de que ellos no tardarian en pasar tambien.

Concluidas estas explicaciones, añade que, áun cuando no sea más que medio dia, era preciso aprovecharle, partiendo en el acto, porque estaban ya á veinticinco y quedaba mucho que andar.

Templa D. Sabas el placer del aguador por verse los tres reunidos, noticiándole que, antes de abandonar la posada, es preciso atender al pequeño detalle de satisfacerle al posadero lo que habian comido Quilez y él.

Tirando del bolsillo como si se tirase de una oreja, abona Robustiano el importe de aquellos dos festines, en los que no habia tenido participacion, y salen de Manzanal.

—Salvo mejor parecer, dice el aguador conforme iban andando, creo que nos debíamos echar fuera del camino, porque aquellos hombres tal vez averigüen en la Torre que yo he vuelto atrás y vuelvan ellos también.

—Vamos á rendirnos por estas breñas, observa Quilez.

Pero D. Sabas apoya á Robustiano, la minoría tiene que ceder y toman por la izquierda, una vereda, que no parecia alejarse mucho de la dirección que debían seguir.

—Hay que apretar, aunque caminemos de noche, para ver si llegamos á Cubillo... dice Robustiano.

—¿Cuántas leguas hay?... pregunta el maestro...

—Cinco y media...

—Ni áun cuando anduviéramos hasta la madrugada.

Se habían ido internando en un monte, y de pronto dice D. Sabas, que como buen ciego tenía el oído fino.

—¿Qué ruido es ese?

Se detienen los otros dos y Robustiano añade lleno de miedo:

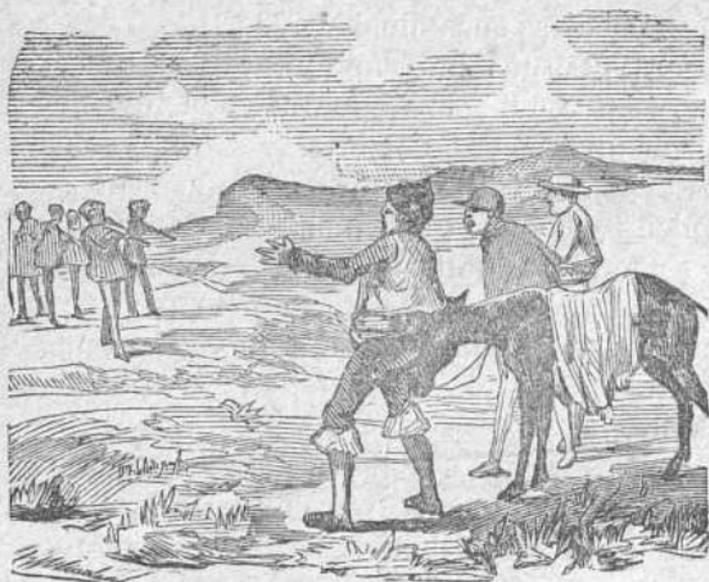
—¡Nuestros hombres!... ¡nos han visto!...

—No puede ser, replica Quilez. O es otra cosa, ó deben venir muchos, porque ese murmullo no le producen cuatro personas.

Entre si eran galgos ó si eran podencos, antes

que puedan aclarar sus dudas, rompiendo por los talleres aparecen ocho individuos, con fusiles al hombro y canana á la cintura. Uno de ellos, que venia delante de los demás, llevaba galones de cabo.

—¡Alto ahí! gritan á nuestros viajeros, apuntándolos en cuanto los ven.



La órden, como la amenaza, eran completamente inútiles, pues que se habian detenido hacia rato para escuchar. Obedecen, pues, como puede obedecer la intimacion de pararse el que está ya parado, esto es, callándose y no moviendo un

músculo de sus cuerpos, hasta que aquella tropa se los acerca.

—¿Quién vive? pregunta el cabo.

—Nosotros, señor, contesta Robustiano humildemente.

—¿Y quién son Vds.? continúa cada vez más amenazador.

—Unos miserables viajeros... que nos hemos perdido...

—¿Dónde se encaminabañ Vds.?

—A la Coruña, mi capitán, responde el aguador, comprendiendo ya que se encuentran en poder de una partida facciosa.

El cabo se sonríe al oír la graduación que le aplican y contesta más amable:

—Por ahora, falta un poco... Tienen que ir al comandante para que determine lo que se ha de hacer... ¡Dos números! continúa dirigiéndose á su tropa... llevad estos al jefe... y vosotros, andando.

Los dos números cogen á los tres caminantes, y como Clavellino se mostrase un poco rehacio para marchar, recibe tal culatazo, que hubiera caído por tierra, si solícito el aguador no le sostuviese por el lado opuesto, tirando despues de él furiosamente, para librarle de otra advertencia semejante.

A los pocos pasos tropiezan con el grueso de la columna cuya vanguardia los había detenido.

Constituian el total de la fuerza unos doscientos

hombres de infantería y caballería. Esta iba á retaguardia, y á no ser por los enormes sables que lucían sus individuos, más bien semejaban caravana de tratantes volviendo de una feria, que soldados de un ejército, siquiera fuese algo irregular; tan heterogéneas eran sus vestimentas, sus cataduras, sus arreos y sus corceles, viéndose en estribos desde el vaquero hasta la sogá con lazadas, en arneses desde la silla española hasta el albardon de lomillos, y en sombreros desde el calañés hasta la montera. Los infantes no desmerecían de sus compañeros en cuanto á la uniformidad y buen órden.

Al frente de ellos, y sobre una arrogante mula, venía el coronel ó general ó lo que fuera; pero en último resultado, el jefe supremo de toda aquella tropa. Este personaje, en el acto de llegar los viajeros, daba á su corneta de órdenes una enorme bota, que sin duda acabaría de recibir un buen tiento.

—¿Qué gente es esta? pregunta á los dos de vanguardia.

—Tres viajeros, que hemos detenido allá abajo.

—¿Llevan armas?

—No, señor.

—¿Adonde iban Vds., y quiénes son? dice, reproduciendo el interrogatorio del cabo.

La columna á todo esto se habia detenido sin mandárselo nadie, al ver que su jefe se detenía, y un gran número de soldados rodeaba ya á los prisioneros, curiosos de saber lo que dirían.

Quilez, temiendo alguna inconveniencia del favor que demostraba Robustiano, toma la palabra, y responde satisfactoriamente á cuantas preguntas los hace el jefe.

—Bueno, dice, cuando no le ocurre más que preguntar. Llevadlos ahí con el otro y ya determinaré.

Los conducen al centro de la columna, separándolos de Clavellino, que, como por arte mágico, se ve cargado de fusiles, morrales y otros efectos, y llegan al lado *del otro*.

El otro es un hombre de cincuenta y cinco á sesenta años, de robusta musculatura, con el pelo y el largo bigote ya canoso. Le conducian sobre un burro, con las manos atadas atrás y los piés amarrados fuertemente, pasando las cuerdas por las cinchas del aparejo. Ni aquella incómoda postura y humillante estado, ni el desórden de sus ropas eran bastantes á borrar el sello de distincion y de nobleza que le caracterizaba. Iba sereno con dignidad, ni altanero ni abatido, con la vista al frente, sin fijarla en ninguno de los que le rodeaban. Cuando llegan nuestros viajeros, los mira con curiosidad un instante, volviendo despues á su impassible actitud, sin pronunciar una palabra.

Detrás de él y con la precaucion de atar á las muñecas de D. Sabas una cuerda, que iba luego á las de Robustiano y concluia en las de Quilez, colocan á los tres y sigue la marcha.

El aguador no sabia si aterrarse por la suerte

que pudiera sobrevenirle ó por la que cupiese á Clavellino, con la enorme carga que le pusieron encima. Lo único que observó ventajoso para él y su observacion prueba que ni áun en trance tan



duro había olvidado á Restituta, es que; cruzando el camino, vuelven sobre la izquierda, y por consiguiente no van á desandar lo andado.

De este modo entre las risas y algazara de sus opresores, caminan bastante tiempo y llegan al anoecer á un pueblecillo, cuyo nombre desconocen. Forman en la plaza, ante las miradas de los vecinos que no se atreven á pasar de las puertas, y despues se presenta el alcalde, á quien, bajo

pena de la vida, se piden raciones para dentro de una hora: la órden deja atontado al funcionario municipal; le hace volver en sí el jefe con dos ó tres ternos que le suelta furibundo, levantando el sable sobre su cabeza, y aloja la gente.

—Los prisioneros y la caja, dice, vengan conmigo...

Y en la mejor casa del lugar entran los caudales y los cuatro presos, colocando los primeros en la misma habitacion del jefe, y á los segundos en otra próxima, con su correspondiente guardia.

Para llegar hasta allí el individuo tan fuertemente agarrotado, necesitó apoyarse en dos hombres, sea porque las ligaduras le impidiesen andar, sea porque la fuerza con que se las habian hecho le hubieran inutilizado los piés.

Los dejan solos, atados como venian, y el primero que habla es el aguador, diciéndole por lo bajo á Quilez:

—No parece mala gente... no nos han registrado...

—Puede que no quieran coger nada hasta despues que nos fusilen, responde con calma el estudiante, que no ha perdido la serenidad.

El movimiento que hace Robustiano al oír semejante contestacion, trae una sonrisa al semblante hasta entonces impassible del prisionero desconocido, que mira benévolamente á Quilez, admirado sin duda del valor que en éste prueba tal broma en aquellas circunstancias

—¿Verdaderamente cree que cometerán un atropello con nosotros? pregunta D. Sabas.

—Yo no sé; pero tampoco aguardo nada bueno. Por de pronto ya puede V. calcular que no nos habrían cogido para tener el gusto de mantenernos y pasearnos en su compañía...

—¡Los condenados gitanos tienen la culpa de todo! dice el aguador.

—¡Tú eres el que la tienes, maldecido, replica don Sabas furioso de miedo... tú sólo con la broma!... Nadie se metía con nosotros...

—Cálmese, D. Sabas, añade Quilez... recuerde usted algún personaje que haya muerto con valor... y además ya sabe V. que *dulce et decorum est pro patria mori*.

—¡Déjeme en paz ahora de latines y de citas!...

—Diera Clavellino y un tercio... más todavía... la mitad del dinero que llevo encima, por estar seguro de que no nos mataban.

Segunda sonrisa del incógnito, que se vé obligado á tomar parte en la conversacion, porque Robustiano continúa, dirigiéndose á él:

—Diga, señor, ¿qué piensa que nos harán?

—Nada puedo decir, sino que se encuentran ustedes á merced de un hombre cuya voluntad nadie puede contrarestar, y su vida pende de un capricho... de un rato de mal humor... de cualquier incidente... Creo, sin embargo, que deban Vds. estar tranquilos... ¿Son Vds. efectivamente viajeros, que sólo por casualidad han tropezado con nosotros?

—Eso somos, señor, se apresura á contestar Robustiano... se lo juro ahora como lo juraría á la hora de la muerte...

—Yo le creo á V., buen hombre, replica el desconocido con su eterna y melancólica sonrisa... y además, no es á mí á quien necesita V. convencer de ello... Siendo personas completamente inofensivas, lo más probable es que ántes de mañana ya se encuentren Vds. libres para seguir su camino.

—¿Cree que nos devolverán tambien el burro?

—Eso no es fácil que yo lo adivine...

Quilez, mientras esté diálogo, admira la tranquila y profunda melancolía con que se expresa aquel hombre, y extrañándole que se ocupara del destino que á ellos les podia esperar, sin hablar del suyo propio, le pregunta:

—Y V. que así piensa respecto de nosotros, ¿no sabe lo que le harán?

—Yo, replica, no tengo que fatigarme en discurrirlo... vengo sentenciado desde el momento en que me cogieron, y lo único que me sorprende es que no me hayan fusilado ya á estas horas.

—¿Tiene V. esa seguridad? dice Quilez lleno de admiracion y de lástima.

—Sin que pueda quedarme género de duda...

Entonces, y dirigiéndose especialmente á Quilez, hácia quien más parecia que le inclinaban sus simpatías, le cuenta su historia.

Era coronel del ejército, y habia estado por espacio de muchos meses presidiendo una comision

militar en Santiago. Los desmanes cometidos por las partidas de aquel territorio habian obligado casi siempre á dictar fallos terribles, y sin comprender que era la ley y no su intérprete la causa de aquel rigor, confundiendo, como acontece en estos casos, con la ley misma al encargado de hacerla cumplir, se habia atraído un ódio profundo de todos los cabecillas y jefes de banda del partido rebelde. Acababan de aceptarle la renuncia de aquel odioso cargo, y lleno de satisfaccion se dirigia á Madrid, para trasladarse luego al Norte y allí combatir con las armas del militar y no con las del juez, cuando fué cogido por aquella gente. El traje de paisano y la precaucion de no llevar consigo papel ni objeto alguno que le descubriese, fué inútil, porque algunos le conocieron, participando con implacable alegría á su jefe la importancia de la presa que acababan de hacer. Fué entónces sujeto y atado en la forma que estaba y que le hace sufrir cruelmente; mas aquellos dolores físicos no abatian tanto su ánimo como el recuerdo de una familia querida á la que ya no veria más.

Tan triste relato, hecho por un hombre á todas luces superior á los que le escuchan, la elevacion de maneras y la entonacion con que pinta su infortunio, producen un lúgubre silencio, cuando se extingue el eco de sus postreras frases.

Hallándose aún todos dominados por esta dolorosa impresion, la puerta se abre, un partidario entra y pregunta:

—¿Quién de Vds. es el maestro?...

—Este, responde vivamente el aguador, señalando á D. Sabas.

—Va V. á venir conmigo, que le llama el comandante, dice acercándose á desatarle.

—¡Angel de mi guarda!... ¡yo soy el primero! exclama el infeliz desfallecido de terror... Perdónenme, hermanos míos, si en algo les ofendí... y tú, Robustiano, dí á mi Basilisa que...

—¡Pronto, andando! le interrumpe el mensajero que le acaba de desatar.

—¡Voy!... responde D. Sabas, limpiándose con el brazo el sudor frío que inunda su frente y dirigiendo una mirada de suprema despedida á los otros prisioneros.

XI.

Tentativas de evasión.

Con el descomunal sable ceñido, la boina tirada atrás, el chaqueton desabrochado y una mesilla de pino entre los muslos, ocupa el comandante una banqueta y está comiendo unas magras con tomates, que pincha en la punta de su navaja: la mano izquierda sostiene media libreta, á la que corta rebanadas, para con todo orden ir alternando en su estómago una capa de pan y otra de

magras. Un velon sucio alumbra la estancia puesto sobre la mesa.

—¿Dá V. su permiso? preguntan desde fuera.

—Pasa, hombre, pasa.

Usando del permiso, entra D. Sabas y su conductor, que quedan inmóviles delante de S. S.



—¿Es este el maestro?

—Este es.

—Puedes tú retirarte; y V. espérese ahí.

El soldado se retira, y su jefe continúa impasible con el jamon y el tomate. Mientras come, le contempla D. Sabas con respetuoso terror, y en lo poco que su trastornada mente le permite discurrir

se deshace por adivinar qué querrá hacer con él el terrible guerrillero. Oscilando como en un columpio, entre los más exagerados extremos, tan pronto se imagina que quiere sorprenderle con la agradable noticia de su libertad, como duda si irá á degollarle con aquella navaja, y á beber su sangre para postre de la cena.

—Vamos á ver, dice de pronto, haciendo dar un salto á D. Sabas, en tanto que limpia la hoja del instrumento con un migote de pan, y se la guarda en el bolsillo. ¿V. es maestro?

—Para servir á V., y en todo lo que guste y quepa dentro de mis...

—¡Cállese V.! ¿V. tendrá buena letra, y sabrá ponerme un oficio?

—Sí, señor, aunque sean diez.

—Bueno... siéntese V. ahí.

—¿Dónde, mi general?

—¡No sea V. asno! en el suelo; ¿quiere V. que encargue ahora una silla de coro para V.?

Obedece D. Sabas con presteza, y se sienta á guisa de sastre ó de moro, con las piernas cruzadas delante de la mesilla; y dada su escasa altura, era como mejor podia estar, si habia de escribir sobreella.

—Empezaremos porque me lea V. la órden... no se nos escape algo, que ya no me acuerdo bien de todo lo que me dijeron que ponía...

Mete mano al bolsillo de la zamarra, saca un papel, le despliega, le frota con el codo y se le entrega á D. Sabas.

—Léame V. lo que dice ahí.

Coge D. Sabas el escrito, pidiendo á todos los santos del cielo que tenga letra inteligible, para no concitarse con interrupciones la cólera de aquel hombre, y arrimándosele á las narices, empieza de este modo:

«Ejército Real.—Division de la derecha.—Brigada de la izquierda.—Atento al oficio de V. que »acabo de recibir, paso á mandarle, bajo su más »exclusiva responsabilidad, que afusile á todos los »prisioneros que ten... que ten... ten... ten...»

—¡Adelante, hombre! ¿á qué se pára V.?

El papel es un abanico en las manos de D. Sabas, que traga la saliva para quitar un nudo que se le ha formado en la garganta, y haciendo un esfuerzo continúa:

»...que tenga en su poder, sin distincion de sexo »ni edad, excetuando las mujeres y los niños, y »me dará parte. Mucho ojo con las istruciones hasta que caigan las pesas de modo que pueda yo »alargarme á echar un vistazo.—Campo del honor »23 de Marzo de 183...—El comandante general y »brigadier.—Porreta.—Al primer jefe del batallon »Cazadores de las Once Mil Vírgenes.»

—¿No dice más?

—No, señor.

—Corriente... ¡Dienton!

El ordenanza abre la puerta y entra.

—Coge el jarro, le dice, y tráemele medio. Tenia ese pernil tanta sal, que no puedo resistirlo...

Mira... y pide el tintero... entérate quién le tiene, creo que el abanderado; y un poco de papel, que vamos á escribir.

El Dienton sale á cumplimentar estas órdenes; el jefe se repantiga, mira á D. Sabas, que en lo humilde y silencioso parece un perro á sus piés, y le dice:

—¿Ha visto V. qué tiempo tan frio está haciendo?

Don Sabas, á quien le corre el sudor hasta por las uñas, se admira de que aquel hombre, que casi seguramente le va á fusilar, le hable del tiempo; sin embargo, le contesta, adhiriéndose calurosamente á su parecer:

—Sí, señor, muchísimo frio; es una cosa inaguantable.

Llega en esto el tintero, el vino y el papel; se apodera el jefe del jarro, da un buen sorbo y se le alarga á D. Sabas, diciéndole:

—Eche V. un trago para que se le despavilen los sentidos.

—No lo gasto, señor, muchas gracias, responde el maestro sin atravesarse á aceptar.

—Vamos, beba V., ó le meto el jarro por los hocicos.

Esta amable insistencia vence los escrúpulos de don Sabas, y despues principia con el oficio, que no reproducimos, porque para formar idea basta saber que el estilo del inferior se parecia al del comandante general, como si hubiesen tenido un mismo maestro de retórica.

Miéntras D. Sabas procura captarse la benevolencia del hombre en cuyo poder se halla, poniendo tal esmero en la contestacion que, si la tinta no fuera tan espesa, la pluma tan dura y el tablero tan desigual, competiria su bastardilla con la de Iturzaeta, á pesar de la postura, Quilez prosigue su conversacion con el coronel.

—Ya que V. abriga, le dice, tan fundados temores, ó más bien, seguridades de la venganza que en V. van á tomar, y puesto que nosotros tampoco esperamos mejores tratamientos, ¿por qué no hemos de hacer una tentativa para huir?

El semblante del coronel se ilumina al escuchar esta proposicion; pero despues añade, haciendo un gesto de rabia:

—¡Si estoy inútil... si no puedo moverme!...

—¿Perdemos algo con probar?... ¿qué más podrían hacernos?

—No diga V. eso; toda muchedumbre es feroz, y si un jefe sanguinario la empuja además, llega hasta donde la imaginacion de V. no concibe siquiera.

—Por mi parte será así, pero ese temor no me arredra; si neesitara jugar cien vidas, por verme libre, las jugaba ahora.

—Siempre estimamos más lo que hemos perdido, y no me extraña el ardor de V.

—La noche nos favorece, y es la última que podemos aprovechar... Mañana ya sería tarde... piénselo V... Si está V. inútil, no nos sería difi-

cil apoderarnos de alguna acémila ó de algun caballo, y si no, entre los tres podriamos llevarle.

En la situacion del coronel no era necesario tanto para despertar su ánimo varonil, y si aún vacilaba, debíase á que un sentimiento de equidad le hacia repugnante aceptar el sacrificio heroico de aquel jóven, que se exponia á una muerte segura por libertarle, abandonando todas las probabilidades de salvacion que le quedaban.

—Pues bien, exclama al fin Quiléz, yo de todos modos, sólo ó con V., estoy resuelto á intentarlo.

Si era así efectivamente, ó si guiado por una intencion generosa, pronunciaba estas palabras para borrar los últimos escrúpulos del coronel, no sabemos decirlo.

Empiezan á discutir entonces los medios más á propósito para realizar su intento, entre los ronquidos del aguador, que como todo este diálogo era en voz bajísima, á fuerza de estar inmóvil para oír, habia caido en un sueño penoso y agitado, propio de todo aquel que se duerme luchando con una gran inquietud.

La habitacion en que se hallaban era de piso bajo, al nivel del suelo, y tenia una ventana estrecha, aunque suficiente para ofrecer paso al cuerpo de un hombre, con una reja de dos hierros en forma de cruz, encajados en un marco de madera: daba á una especie de patio ó corral, y la seguridad que esta circunstancia proporcionaba, la ha-

bían tenido sin duda en cuenta para encerrarlos allí. Había un centinela en el corredor que comunicaba con la puerta, y los prisioneros oían constantemente el ruido monótono de sus pasos. En la conclusion del corredor se encontraba el portal donde se había establecido la guardia, que lo era también de honor para el comandante, cuyo cuarto se hallaba enfrente.

Era, pues, quimérico intentar nada por allí, y el problema consistía, una vez libres de las ligaduras con que estaban sujetos, especialmente el coronel, en arrancar la reja de la ventana, y ya en el patio salvarse por las tapias, hasta poder salir del pueblo. Si, por lo general, las evasiones exigen las altas horas de la noche y el sueño de los guardianes, en aquella ocasión, por el contrario, convenia obrar cuanto ántes, porque la reja no podía ser arrancada sin algun ruido, y se debía aprovechar el que estaba haciendo la guardia, ántes que quedase dormida y un silencio completo hiciese imposible la operación. Aun cuando después estuviese algunas horas la reja fuera de su lugar, la hoja que cerraba el ventanillo por el interior impediría que se notase, teniendo también la ventaja de no haberles puesto luz.

Despierta Quilez al aguador que, como ya explicamos ántes, estaba atado con él, le entera, sin detenerse en pormenores, de lo que se trata, y Robustiano, con esta novedad se despavila por completo.

—Póngase V. de espaldas á mí, para ver si con mis manos puedo desatarle, le dice Quilez.

—Tenga V. en cuenta, observa el coronel, que aunque conviene obrar sin pérdida de momento, pueden volver con su compañero, y al irle á atar con la cuerda sorprender á este hombre desatado, en cuyo caso todo se habia perdido...

—Pero si tarda D. Sabas... ¿qué vamos á hacer?... arriesguémonos... venga V. acá, Robustiano...

El estudiante, despues de grandes esfuerzos, logra desatar al aguador, y dice:

—Vamos á la reja de la ventana á probar si usted con sus grandes fuerzas, puede arrancarla... Tan pronto como sienta V. que van á entrar, se lia la cuerda á una mano, sujetando con la otra, y los dos nos tiramos al suelo, fingiendo que dormimos.

Con estas prevenciones, abren silenciosamente el ventanillo, el aguador coge los hierros, los tantea y apoyando la rodilla en la pared, tira hácia sí, con toda la fuerza que es capaz.

—¿Ceden? pregunta el coronel, á quien devora la impaciencia por la forzada inacción á que se ve condenado.

—Hasta ahora no...

Robustiano vuelve á tirar, pero todos sus esfuerzos son inútiles, y únicamente consigue que se doblen un poco las dos barras. Se disponia á nuevas tentativas, cuando se oyen pasos á la parte exterior. Cerrar el ventanillo, envolverse la cuerda y

tenderse en el suelo, de espaldas á la pared, junto á Quilez, que se tiende tambien, es obra de un segundo, y cuando la puerta se abre, duermen aparentemente como dos beodos.

Segun temió el coronel, volvian con D. Sabas, destituido ya, por lo visto, de su empleo de secretario. El conductor lleva un candil, que da al centinela, diciéndole:

—Alúmbrame, mientras ato á éste.

Coge el cabo de la cuerda, empieza á atar al maestro, mas de pronto se detiene y exclama:

—Ahora me acuerdo... no hemos traído de comer á esta gente... Vas á tener aquí abierto, mientras les busco un poco de pan y agua...

—Pero si no los desatamos, observa el centinela, tanto da que se lo traigas como si se lo pusieses en lo alto de una torre.

Estas palabras extremecen profundamente al coronel, al estudiante y á Robustiano.

—Tambien es verdad... ¿y voy á dejarlos sueltos hasta que coman?

—Tú verás...

—Espérate... que todo lo arreglaremos... Oye tú, cegato, le dice á D. Sabas, te voy á dejar un poco largo, para que des de comer á éstos... Cuídamelos bien, que no me gustan mermas en el ganado en vísperas de matanza.

Con esta chistosa observacion, que produce al maestro el quinto amago de accidente que ha sentido desde que cayó en poder de la partida, sale el

hombre, vuelve pocos momentos despues con un pan y una vasija de agua, que deja en el suelo, ata al maestro con holgura, segun le habia ofrecido, sale y el centinela vuelve á cerrar.



No bien se encuentran solos, el maestro los refiere en breves frases quanto ha visto y oido, y la órden terrible del brigadier de la izquierda, en la division de la derecha. Esta noticia confirma á Quipez, segun es fácil comprender, en su resolucion, y acaba de disipar los reparos del coronel, en vista de que á todos aguarda el mismo fin. Enteran al maestro de su plan y siendo insuficiente la sola fuerza de Robustiano, tranquilos porque ya no es

probable otra visita, resueiven desatarse los tres para tirar á un tiempo. Lo hacen así; se coge cada uno donde puede, y diciendo con la voz que era posible emplear «á la una... á las dos... á las tres...» para que los esfuerzos sean simultáneos, tiran desesperadamente y los tres caen de espaldas, trayéndose la reja entre las manos. Inquietos en los primeros instantes, por el estrépito que ha causado la reja al desprenderse y la triple caída, permanecen inmóviles, en la misma postura, conteniendo la respiración... Nadie, al parecer, ha sentido nada, y los pasos del centinela continúan lentos en el corredor. Ya no se trata más que de quitarle al coronel sus ligaduras y aprovechar la hora que parezca más apropósito.

Con el paso abierto, áun el mismo coronel, aventajando á todos en prudencia y sangre fría, tiene que violentarse para no correr á aquel agujero salvador, que los brinda la libertad. A Robustiano, especialmente, no hay consideraciones que le convenzan, porque asegura que, una vez fuera de aquel cuarto, ni todo el ejército carlista que viniera trás él lograria cogerle, y repite de continuo que si por casualidad le diese al comandante el capricho de fusilarlos de noche, pueden entrar de un momento á otro en su busca.

El coronel pasea, apoyado en Quilez, para dar elasticidad á sus miembros entumecidos, y vierte lágrimas de desesperacion, al ver que el terrible entorpecimiento de sus piés, no sólo hace imposi-

ble su salvacion, sino que va á comprometer la de todos. Quilez le anima y le presta valor, y así van dando lugar á que trascurren las horas.

Gradualmente cesa primero el ruido de los soldados que gritan por las calles de la poblacion, unos preguntando por su alojamiento, otros por el punto donde dan las provisiones y otros por su furriel ó su capitan. Despues se extinguen las voces de la guardia, luego las conversaciones de los más rehacios en dormirse, y por fin sólo se oye el lejano «¿quién vive?» de los centinelas que guardan las salidas.

—Me parece que podemos empezar, dice Quilez.

—Vamos, replica el coronel.

No acaba de oir esto Robustiano, cuando ya tiene medio cuerpo fuera de la ventana, y juntando su cabeza á los piés del aguador, como si fuesen anillos de una cadena, le sigue el maestro. Luégo el estudiante ayuda al coronel, en seguida salta él mismo y se encuentran los dos solos. Tanto D. Sabas como Robustiano, llevados por su terror al último límite del egoismo, han desaparecido olvidando á sus compañeros, á quienes deben la libertad.

XII.

Angustias.

Atenidos Quilez y el coronel á sus propias fuerzas, por el cobarde abandono de los otros dos pri-

sioneros, registran el corral, buscando el punto que ofreciese más fácil salida.

Las tapias eran de mediana altura, pero uniforme por todas partes, y podia elegirse cualquiera indistintamente. En cuanto al modo de saltarlas, como las manos hinchadas y doloridas del coronel no le permitian esfuerzo alguno, no cabia pensar en que Quilez le incorporase para que, asiéndose al borde superior, acabara de colocarse sobre ellas. Tenia, por el contrario, que subir Quilez ántes, y poniéndose á caballo, levantarle, si alcanzaba desde arriba. Prueban así, y aunque el coronel, alzandó los brazos, logra coger las manos del estudiante, á éste le faltan fuerzas para elevar verticalmente aquel cuerpo pesado. Se baja, y dejando al coronel, recorre todo en busca de una escalera ó cualquier otro objeto sobre el que pueda ponerle, para facilitar la ascension. La oscuridad y el silencio con que tiene que hacer las pesquisas le entretienen largo rato, sin encontrar nada que pueda servirle. Vuelve desesperado al lado del coronel, intenta de nuevo subirle por todos los medios imaginables, y cuando se convence de que nada conseguirá, salta al suelo exclamando:

—Puesto que no podemos salir... quedémonos.

El coronel le insta para que se ponga en salvo, dejándole allí, ya que con quedarse en nada alivia su situacion; pero Quilez se niega resueltamente.

—De ningun modo, le replica; está V. completamente imposibilitado y abandonarle así seria en-

tregarle á sus enemigos. Los dos juntos contamos con más elementos. Si hallamos en este mismo corral un sitio donde escondernos, tal vez la casualidad haya discurrido mejor que nosotros y nos tengamos que felicitar de no haber salvado la tapia, porque es seguro que nos buscarán en cualquier parte, ménos á las puertas de la prision que acabamos de abandonar.

Tiene que resignarse el coronel ante la insistencia del jóven, y dominando los vivos dolores que siente, empieza á buscar con Quilez, apoyado en su hombro, un sitio donde esconderse.

Ninguno encuentran mejor que un pajar, donde se meten y sepultan entre la paja, cubriéndose hasta la cabeza y dejando con la mano ahuecada el espacio suficiente para respirar. En aquella incómoda posicion se aguantan inmóviles, sin ver y sin oír mas que imperfectamente, durante algunas horas. La gritería que de pronto se levanta les revela que acaba de descubrirse su evasion. Se escuchan carreras, imprecaciones, juramentos, y por último, la puerta del pajar se abre y oyen decir:

—Aquí tampoco están. ¡Como que iban á esperarse á que viniésemos á buscarlos!

—¿Habeis mirado entre la paja?

—¿Qué quieres que miremos, hombre? Si hace algunas horas que se escaparon, ve tú á saber dónde estarán ya.

Se marchan convencidos sin duda, por estas razones, el ruido disminuye y el toque de llamada es

indicio de que van á formar para partir. Esta circunstancia la aprecia el coronel mejor que Quilez, poco entendido en achaques de milicia, y por eso es el primero que se atreve á sacar cautelosamente la cabeza, hasta que la descubre por completo, saca tambien las manos, se limpia el polvo y la paja que cubrian sus ojos, y le dice al estudiante.

— Amigo mio, ya podemos salir.

Asoma Quilez entonces su animado semblante, no ménos lleno de polvo que el de su compañero, y le pregunta:

—¿Cree V. que se habrán ido?

—Calculo que estarán desfilando ahora.

—En ese caso, exclama descubriendo todo el cuerpo, ya no hay necesidad de seguir como huevos en banasta, que la habitacion es caliente, pero un poco molesta. Venga V. tambien.

Y cogiendo al coronel por los brazos, le saca igualmente y le sienta en el suelo.

La pálida luz del alba entraba ya por las hendiduras de la puerta.

—Todo se reduce ahora, añade Quilez, á esperar que estén á alguna distancia. Me echo á la calle, busco dos caballos, montamos y nada tenemos que envidiar á los otros dos. A propósito: ¿escaparian bien anoche?

—Es indudable que sí, pues que hasta por la mañana no han descubierto nuestra fuga.

—Que los aproveche; pero juro que aunque los

viera colgando de una horca y tuviese un cuchillo, no era yo el que cortaba la cuerda.

—Es preciso disculparlos. Ni todos los hombres están en el deber de ser valientes, ni el riesgo era tan insignificante.

Sobre todo, apuesto que, recordando el oficio del brigadier de la izquierda, veía D. Sabas de noche más que otras veces á las tres de la tarde.

—¡Pobre hombre!

—Me parece que ya podría yo salir.

—Bueno será esperar aún... siempre quedan rezagados y no tenemos armas.

Domina su impaciencia Quilez algun tiempo más, y por último exclama:

—Voy allá; espéreme V. aquí hasta que vuelva con las cabalgaduras.

—Vaya V. con precaucion.

El estudiante abandona el cobertizo con la misma seguridad que si saliera á dar un paseo por Madrid, y entra en las casas, donde ve las lumbres medio apagadas, los restos de comida, los objetos olvidados, ese rastro especial que dejan las tropas por donde quiera que pasan y que están indicando violencias, atropellos y devastacion. Ve en la cocina una mujer llorando silenciosamente, y la pregunta:

—¿Se han marchado ya?

—Sí, señor, responde asustada, porque cree hablar á uno de la partida.

Este error de la mujer sugiere á Quilez un pen-

samiento, que hasta entónces no le habia ocurrido: se ciñe una cartuchera que halla entre los efectos abandonados, coge una estaca, á falta de otro armamento, y sale á la calle con la esperanza de que, haciéndose pasar por un cazador de las Once Mil Vírgenes, le será más fácil obtener las dos caballerías y cuantos auxilios pida.

Va contoneándose y mirando con aire feroz á los pocos vecinos que encuentra, golpeando con la estaca en el suelo, hasta que llega á la plaza. Allí, aunque redundase en descrédito del batallon á que se acababa de agregar, hubiera huido de muy buena gana, porque ve á otros cinco cazadores, por su mala suerte verdaderos, cargando una acémila. Hubiera huido, como dejamos apuntado, pero no está á diez pasos de ellos, se han apercebido de su presencia, y extrañándoles la chapa de laton que brilla en su cintura, le miran con curiosidad. Jugando el todo por el todo, ve mayor el peligro si trata de esquivarle que saliéndole al encuentro, y se dirige resueltamente donde están.

—¿Habeis visto, les dice, un fusil por ahí?

—No hemos visto nada; qué, ¿le has perdido?

—No sé dónde mil demonios le dejé anoche.

—Te vas á divertir si te presentas armado de ese modo.

—Paciencia.

Hacia rato que uno de los individuos no quitaba la vista de Quilez mientras éste hablaba. Aun cuando era inverosímil que estuviese allí, que hu-

biera venido á meterse, como vulgarmente se dice, en la boca del lobo, era parecido de una manera extraña á uno de los prisioneros que traian la noche anterior. Para cerciorarse le pregunta:

—¿De qué compañía eres?

—De la primera, responde Quilez con alguna vacilacion.

Todos le miran extrañándose, porque ha tenido la buena ocurrencia de elegir la compañía á que pertenecen; pero la sorpresa dura muy poco, porque el que le habia hecho la malhadada pregunta se arroja sobre él, gritando:

—¡A mí!... ¡es uno de los escapados!

Se defiende Quilez como puede, sin conseguir más que verse en un momento atado y puesto sobre la caballeria de través, como un costal, en cuya desairada posicion le sacan del pueblo, para incorporarse á la columna, alegres por llevar al jefe aquella buena caza que calmará sin duda la terrible cólera en que arde desde la fuga de los prisioneros.

Efectivamente; cuando alcanzan la cola de la columna, dan la noticia á los de retaguardia y dos segundos despues ha llegado de boca en boca hasta el comandante, que vuelve la mula y viene á saber si es cierto lo que oye. Al encontrarse con Quilez, grita furioso:

—¡Debíais habérmele traído atado á la cola del macho á este tunante!... ¡Ponedle más cuerdas... siento no tener grillos, para echarle doce arrobas encima!... Díme, ¿qué ha sido de los otros?

—Se escaparon, responde el estudiante, yo me perdí... encontraba centinelas por todas partes y no pude salir del pueblo...

—¡Pues tú pagaras por todos!... ¿Habeis mirado si por casualidad se quedaria allí algun otro?

—Sí, señor, responden los soldados, á quienes no se les ha ocurrido semejante cosa.

—Capitan, dice volviéndose á un individuo que llevaba dos caponas de color de cobre en los hombros; queda V. encargado de este perillan, hasta que llegemos á un pueblo donde haya cura que le confiese, y me responde V. de él con la vida.

—Está bien, contesta el capitan á su jefe, quien se coloca otra vez á la cabeza de la columna.

El que á Quilez no le faltase valor, y habia dado pruebas sobradas de tenerle, no era obstáculo para que le disgustara extraordinariamente lo que acababa de oír. Siente escalofrios al pensar que no habrá tal vez media legua al primer pueblo, y hubiera deseado hallarse en el Sahara ó que no existiese un cura en toda la provincia. De cualquier modo, lo interesante era ganar tiempo... prolongará la confesion más que si la hiciese un bandido de ochenta años... pedirá tambien permiso para escribir á su madre y lamenta no haber preguntado al coronel su nombre, porque tenia el convencimiento de que, si se llegaba á salvar, no la abandonaria en el desamparo y afliccion que la dejaba. Tambien queria escribir al amigo de la Coruña, refiriéndole el triste fin del

viaje emprendido por su consejo. De estas ideas lúgubres pasaba á una violenta ira contra el aguador y D. Sabas, que con su cobardía habian hecho imposible la salvacion al coronel, trayéndole á este trance.

—Ya poco te queda, le dice brutalmente uno de los que le escoltaban.

—¿Llegamos á algun pueblo? pregunta con emocion.

—Ahí se ve la torre...

Corto rato despues, los carlistas desfilaban por una calle y Quilez mira con tristeza las negras paredes de aquel lugar ignorado, que un capricho del destino elige para su sepulcro.

Forman en la plaza, segun costumbre, se dan dos vivas á Carlos V y se piden raciones sin alojarse, porque solo se trata de un alto, para comer y despachar al prisionero.

Las autoridades, de buena ó de mala gana, se han presentado á cumplimentar al cabecilla, y con las autoridades dos curas, cuya vista son dos puñaladas para el desventurado Quilez. Distingue al comandante conferenciando con ellos, cree comprender por sus ademanes que le dirigen alguna súplica, á la cual contesta con un movimiento de amenaza, y luego se encaminan hácia donde está. Vienen con paso mesurado y le parece que vuelan y con la mirada quisiera detenerlos.

Ya llegan á él, ya levantan los graves rostros, en los que se dibuja una compasion que en aque-

llos instantes solemnes les agradece con toda su alma; ya uno va á hablarle y el capitán de las caponas designa los soldados que le han de acompañar al suplicio, cuando súbitamente se oyen algunos tiros lejanos y desembocan dos jinetes en la plaza á toda brida.

Inútil es que se expliquen al oído del jefe, porque todo el mundo se entera de lo que se trata. Una fuerza del ejército viene sobre la partida.

La confusión y el desorden llegan al último grado. El comandante da disposiciones, mezcladas con los más enérgicos juramentos, y logra por fin hacerse entender. Evidentemente abriga la esperanza de conservar la posición, cuando lejos de ordenar la retirada, distribuye la gente, preparándose á resistir.

El estudiante, de quien no se aparta un momento el capitán que le tiene á su cargo bajo tan grave responsabilidad, es conducido con la fuerza que éste manda á un cercado. Se arrodillan los soldados tras del seto y rompen el fuego contra los enemigos, que avanzan disparando también. Inmóvil en el sitio donde le han dejado tendido, oye las descargas como música armoniosa y espera con la ansiedad que es de suponer el resultado del combate: no puede ciertamente apreciarle en su conjunto; pero fácil le ha de ser, por lo que en el cercado suceda, calcular de qué parte se inclina la fortuna.

Los carlistas se baten, faltos de serenidad, pe-

ro con bravura, detrás de su parapeto: agudos silbidos cruzan el aire y de vez en cuando un choque imperceptible, que levanta la tierra, indica que allí se ha sepultado una bala. Cae un hombre, con las facciones descompuestas, soltando el fusil y llevándose las manos al pecho, de donde empie-



za á filtrar la sangre, y luego cae otro y luego dos juntos. Sus compañeros los arriman á la pared, á fin de preservarlos de los proyectiles, atándolos á veces un pañuelo para restañar la sangre... Ya se oyen las voces de mando de los oficiales enemigos, á pesar de las descargas. El capitán observa cierta vacilacion en algunos de sus

hombres, va de un lado á otro, animándolos con la voz, y suelta un terrible sablazo en la espalda á uno que arroja el fusil y retrocede.

Sosteniéndose todavía algun rato, hasta que repentinamente, á la vez, de golpe, como si se hubiesen dado la consigna, salen todos huyendo á la carrera, incluso el capitan, y dejan á Quilez solo, entre los muertos y heridos.

Un minuto despues, con la alegría del vencedor en los semblantes, saltan la tapia, penetrando en la cerca algunos soldados cristinos.

—¿Qué bicho será éste? preguntó uno, viendo á Quilez.

—Un prisionero; ¿no le conoces? responde otro.

Se acercan á desatarle, le interrogan y luégo le conducen ante un oficial.

Miéntas éste le pregunta tambien, los soldados continúan la persecucion y al fin el estudiante, decidido á señalar aquel dia como fecha de su nacimiento, respira libremente.

Cuando, terminada la accion, es presentado al jefe de los liberales, no olvida decirle la critica situacion en que dejó al coronel, y aunque afortunadamente los carlistas han huido en otras direcciones, obtiene el generoso Quilez la seguridad de que, tan pronto como descansen las tropas, saldrá alguna fuerza con objeto de recogerle, autorizándole para ir con ella.

Cuatro horas despues montado en Clavellino, cuya propiedad se le reconoce por su sola pala-

bra, sale con una compañía en busca del coronel.

Llegan al pueblo, los conduce en derechura al pajar; pero allí no hay nadie. Preguntan á la dueña de la casa, preguntan á todo el mundo, y no hay quien dé razon: el coronel no parece.

Inquieto Quilez por esta inexplicable desaparicion, pasa la noche deshaciéndose en conjeturas, y al otro dia escoltado hasta dejarle en la carretera, se despide de la tropa y continúa su viaje á la Coruña, sin un real; pero alegre, no obstante en su pobreza, comprendiendo que, así como en lo físico un dolor más agudo nos hace insensibles á otro más leve, en el órden moral se necesita haber pasado por grandes pruebas, para dar á las contrariedades de la vida el valor que realmente merecen.

XIII.

La última jornada

Tiempo es ya de que sepamos lo que fué del aguador y de D. Sabas, despues que salieron por el ventanillo.

No se le aclaró la vista al maestro, como supuso el estudiante; mas por lo mismo que caminaba á ciegas y el perderse del aguador era verdaderamente para él quedar perdido, se pegó á su compañero, y ni los hermanos siameses, que años despues contempló la gente dada á ver fenómenos,

estaban más sólidamente unidos por la naturaleza que aquellos dos hombres por el terror.

Saltaron la tapia como un banderillero el olivo, volvieron á entrar en varios corrales al ver todas las bocacalles tomadas, y de uno de ellos salieron al campo, emprendieron una carrera, que sólo concluyó con sus fuerzas para proseguirla. Al amanecer, muertos de hambre y rendidos de cansancio, se escondieron en la espesura del monte, temiendo ver llegar á los carlistas de un momento á otro, pero sin ánimos para salir de su escondite. Sólo á la otra mañana, despues de andar perdidos por la noche, osaron interrogar á un campesino, á quien compraron algunas provisiones: este fué el primer dinero, segun cuenta la historia, que en su vida había soltado gustoso el aguador. Con las noticias que les dió pudieron encontrar la carretera, muy léjos de suponer que, un cuarto de legua delante de ellos, caminaba Quilez, oprimiendo los hijares del pacífico Clavellino.

En Bembibre se detienen, se dirigen á la posada, por no encontrarse con bríos para seguir adelante, comen y duermen como nunca durmieron desde que salieron de Madrid. Duermen hasta media tarde, comen más en cuanto se levantan y despues se sientan á la puerta del meson, haciendo comentarios y recordando circunstancias de su cautividad.

—¿Qué será á estas horas del estudiante? exclama D. Sabas.

—¿Y de Clavellino? añade el aguador con pena.

—La verdad es que debimos esperarle.

—¿Por qué no le esperó, entónces?

—Como ví que tú te escapabas y se entretenia con el coronel...

—Pues ahí tiene... ¿qué adelantó con quedarse, si el hombre no podia andar?... Los habrán cogido á los dos y los dos habrán muerto... Bien que se haga por el prójimo lo que se pueda; pero cuando va el pellejo en detenerse... yo, D. Sabas, no me detengo... Hoy estamos ya á veintiseis... no sé cómo llegaremos á la Coruña para el treinta y uno... y que el primo se lleva á la Restituta... ¡Quién me diera tener ahora mi burro de mi alma!

Como si el animal fuese un espíritu y su dueño un *medium* capaz de evocarle, vuelve la esquina más próxima y se dirige hácia donde ellos están un robusto labrador, jinete en el mismo Clavellino.

Robustiano se cree al pronto juguete de una alucinacion y piensa que el deseo de encontrar la caballería se la hace ver en todas partes; pero conforme se aproxima, la evidencia disipa toda duda. Es la misma fisonomía, los mismos ojos tristes, el mismo pelo lacio y la misma pata, la pata del esparavan, ¡ira de Dios! es Clavellino.

El aguador se pone de pié, dudando qué partido tomar; mas cuando el jumento llega junto á ellos, se le antoja que le dirige una mirada de reconvenccion, por el abandono en que le ha dejado. Entónces ya resuelto, se dirige á él y le coge por el ramal.

—¿Qué se le ofrece á V.? pregunta el que le montaba el verse detenido.

—Esta caballería no es de V.

—¿Que no es mia?

—No, señor... es robada, y ahora mismo va á venir ante la justicia.



—¡Quítese de ahí! responde el labriego, dando talonazos al animal para seguir su marcha.

—¡Le digo que vamos á ver al alcalde! insiste Robustiano.

—Y V., ¿quien es para llevarme al alcalde?

—Soy el dueño del burro.

Don Sabas se aproxima para intervenir en caso

necesario y al mismo tiempo reconoce el cuerpo del delito, porque, en honor de la verdad, cree que su ex-discípulo se equivoca, quizá de buena fé, quizá á sabiendas, que sobre esta cuestion no pondria la mano en el fuego. Salen tambien algunos de los que habia en la posada, y se forma círculo en torno de los contendientes.

—¿Qué es ello, señores? pregunta uno.

—Que este borrico es mio, responde el aguador.

—Y yo digo que no lo es, continúa el otro, porque le he comprado...

—¿Cuándo le compró?

—Esta noche misma.

—¿A quién?

—A un jóven que está en el meson de la plaza.

—Pues vamos á ver á ese jóven... ese es el que le ha robado...

El campesino se resiste, pero todos se ponen de parte de Robustiano, tanto porque creen justa su exigencia, cuanto porque se despierta en ellos la curiosidad de buscar el desenlace á aquel litigio. Toman en consecuencia el camino de la plaza, entran en el meson, y sin hacer pregunta alguna dice triunfante el nuevo propietario:

—Ahí le tienen Vds... ese es...

La persona designada era, como pueden figurarse nuestros lectores, Quilez, el cual se estaba regalando tranquilamente con una merienda, en la que no se sabia si admirar más la abundancia ó la delicada eleccion de los platos.

—¡Quilez! dice el aguador sorprendido.

—¿Es él? pregunta D. Sabas que á la distancia en que se encuentra no le puede identificar.

—Yo soy... el mismo... ¿qué se ofrece? pregunta el estudiante con mal tono, mirando de un modo provocativo á sus antiguos compañeros, sin dejar de comer.

—¿Ha vendido el jumento? le pregunta Robustiano.

—Le he vendido...

—¿Y por qué vende lo que no es suyo? pregunta el aguador furioso.

—Porque el jefe de una columna del ejército, que por más señas le busca á V. y á D. Sabas para que le expliquen lo que sucedió ántes de anoche, cuando dejaron comprometido en manos de los carlistas á un coronel y otro compañero que los habia salvado á Vds., porque ese jefe, vuelvo á decir, ha querido regalarme la caballería que cogió á la faccion.

Robustiano se queda suspenso al oir estas palabras, que pronuncia el estudiante con toda seriedad.

—¿Quiere V., continúa Quilez, que vayamos al alcalde, para que disponga cómo ha de verse usted con ese jefe de columna?...

—Deje, hombre, deje y dígame, ¿en cuánto vendió el burro?

—En ciento sesenta reales.

Robustiano se aproxima y le dice por lo bajo:

—Deshaga la venta... ande... que yo llevo aquí dinero para todos... ya lo sabe...

Quilez se resiste para mortificarle un poco, y él redobla las súplicas, porque el campesino se impacienta, y aprobada ya la verdad de su dicho, quiere marcharse de allí.

Al cabo accede el estudiante, pero se tropieza con otra dificultad. El comprador no consiente en deshacer el trato, si no se le abona un duro por daños y perjuicios y por un pienso que se ha comido el animal, mientras le tuvo en su poder.

El aguador le estrangularia de buena gana al oír aquella exigencia, pero el sufragio universal, que ántes le fuera propicio, se vuelve ahora en contra suya y se alza un murmullo de aprobacion por los veinte reales de prima. Suelta Quilez los ciento sesenta todavía intactos, añade Robustiano el duro y vuelve á encontrarse en posesion de la perdida joya.

—Véngase con nosotros á la otra posada, le dice á Quilez.

—Vamos allá, responde éste; pero pague V. lo que debo aquí...

—¿Debe algo?

—¡Maldito!... pues si le entrego á V. lo que me han dado por el burro, ¿dónde quiere V. que saque más?

Satisfecha también esta suma, tenemos de nuevo completo el personal y ganado de la expedición y aún cuando no puede ser ya tan sincero el compañerismo del estudiante, la necesidad los junta y obedeciendo á su imperio, van á continuar el ca-

mino reunidos. Las marchas, como dijo Robustiano, tienen que ser ahora forzadas. Faltan treinta y siete leguas, que necesitan recorrer en cinco días, de forma que ni andando siete en cada uno los alcanza el tiempo.

Madrugan mucho el veintisiete y salen de Bemibre, montando Quilez el borrico, porque desde que se han vuelto á reunir, se ha encerrado en cierta reserva, que impone á sus compañeros y los mueve á guardarle toda clase de atenciones. La voz de la conciencia les recomendaba esta humilde actitud.

No sabemos si para hacer que renazca la antigua amistad ó para que se le permita subir algunos ratos, forma D. Sabas el empeño de explicar satisfactoriamente al estudiante lo ocurrido cuando la evasion.

—Vamos á ver, D. Manolo, le dice; á mí no se me escapa que está V. disgustado con nosotros desde la otra noche. No he querido hablarle una palabra sobre ello, hasta que se le pasase el primer impulso, y luego, porque no nos hemos encontrado solos lo bastante para tener esta explicacion. Nadie sabe lo que fué de D. Rodrigo despues de la batalla del Salado, y por eso la historia no lo cuenta. Nada sabe V. de lo que hicimos y no debe juzgar hasta que me justifique, que yo por mi parte puedo hacerlo...

—Es que me justificaré yo tambien, añade Robustiano.

—Difícil es, exclama el estudiante, que puedan ustedes justificar tan mala acción.

—Eran muy altas las tapias, D. Manolo, y después de dos horas de espera, ¿qué habíamos de hacer?...

—¿Dos horas?... ¿Qué quiere V. decir? pregunta Quilez sorprendido, mientras el aguador escucha atentamente lo que va á contar el maestro.

—¿No me entiende? digo que en las dos horas que estuvimos esperando detrás de la tapia, para ayudarlos, como el coronel estaba tan torpe, cuando bajaran no nos atrevimos á volver dentro del corral, porque era mucha la altura y pocas las fuerzas... Yo conozco que debimos volver y si me resolví á marcharme, fué porque dijo Robustiano: «Vámonos, habrán saltado ya por otra parte.»

—No fui yo quien lo dijo, D. Sabas, replica el aguador destempladamente, al ver que el otro en su mentira le quiere cargar la peor parte.

—Sí, fuiste, Robustiano... acuérdate...

—Acuérdome bien de todo, D. Sabas, prosigue Robustiano con cierto retintín.

El maestro no deja de comprender lo que este retintín significa, y concluye volviéndose á Quilez.

—Por último, sería yo... que no estoy muy seguro y andábamos muy turbados para tener presentes ahora los pormenores.

—¿Con que Vds. esperaron detrás de la tapia?...

—Dos horas, D. Manolo, dos horas lo ménos, porque á poco de marcharnos amaneció...

Algunas dudas le quedan á Quilez respecto á la veracidad de sus compañeros; mas como, ya sea ésta ú otra más grave la falta, desde luégo se muestran arrepentidos y la confiesan, era, en un hombre del temple del estudiante, motivo sobrado para desarmar su cólera.

—¿De qué modo pasaron Vds. el otro dia? les pregunta ya más blando.

—¡Oh, D. Manolo... no me hable de eso!... corrimos sin parar basta la noche... Yo recordaba que cuando el rey Mauregato ganó la batalla de Clavijo, fué persiguiendo á los moros hasta Calahorra, que habrá más de cien leguas, y sólo así pudo quitarles las cien doncellas que se llevaban... Por eso le decia á éste: «corre, que Dios sabe hasta dónde nos perseguirán si nos han visto.» ¿Y de usted qué fué, D. Manolo?...

Quilez los refiere cuanto le habia sucedido hasta volverse á encontrar con ellos y los pone los pelos de punta (horizontales los del cogote de D. Sabas), al llegar el momento en que el confesor se le acercaba para prepararle á bien morir.

Bastara lo que oyen, si antes no estuvieran ya satisfechos de su conducta, para que ambos paisanos se felicitasen de la cordura con que procedieron, escapando por su cuenta, sin otras contemplaciones.

Andan aquel dia siete leguas y media y pernoc-tan en Ambas Mestas. Al siguiente llegan á Doncos y al otro á Lugo, donde un nuevo revés de la

fortuna amenaza detenerlos en su marcha, ya próxima á terminarse.

Clavellino, por efecto sin duda de la misma fatiga, se siente indispuerto. Celebran consulta los tres viajeros, á falta ya de posibles para llamar á un veterinario, y equivocando completamente el diagnóstico, califican unánimes de indigestion y plétora lo que era consumimiento de fuerzas y debilidad. Le someten aquella noche á una dieta rigurosa, cuyo remedio encuentra Robustiano admirable por lo económico, y á la otra mañana tocan las consecuencias de su buen tino. No han hecho media legua cuando el animal se resiste á seguir. Desde la persuacion y las caricias hasta los palos y las maldiciones, todo se ensaya con él y todo resulta completamente ineficaz.

Es el dia treinta y faltan quince leguas todavía... Es preciso optar entre Clavellino y Restituta, entre el amor y el interés; de una parte están los brazos de su amada, de otra parte los catorce duros y medio que se dieron al tío Jarapones. El estudiante y el maestro acaban de confundir al aguador con sus dictámenes contrarios. El jóven, en cuyo pecho hierven las pasiones, forzosamente ha de aconsejarle que sacrifique Mercurio á Cupido, y el frio desencanto de la vejez encuentra más razonable que no pierda aquel dinero.

Como medida conciliatoria y al ver el mar de confusiones en que se halla, le proponen que él se marche y los deje el burro; pero esta solucion tie-

ne tambien sus inconvenientes. El fondo comun, con el gasto diario, el pago de barbero, purga y vomitivo, la prima por deshacer la venta y otros dispendios, ha quedado reducido á quince reales. Para repartir con justicia tiene que soltar diez, y si á él le duele sacarlos del bolsillo, á los otros los hace reflexionar el compromiso en que quedan con el enfermo y medio duro, para todo lo que pueda sobrevenir. A más de esto, como el aguador recuerda la facilidad con que Quilez ejecuta las transacciones, teme dejar el burro en su poder.

Miéntras discuten, proponen, dudan y se em-



brollan; Clavellino, encantado por el hermoso verde con que la primavera viste los trigos y

maizales, se arrastra hasta uno de ellos y en él empieza á reponerse de los estragos producidos con la inoportuna dieta. Tres cuartos de hora llevarian pensando nuestros hombres lo que habian de hacer, cuando Robustiano despeja al fin la incógnita de aquella ecuacion.

—Si pudiéramos llevar, dice, aunque fuese á cuestras, á este condenado hasta el pueblo más próximo, allí le vendia como he de venderle de otra manera en la Coruña.

Entónces, y formalmente resuelto á servir, si preciso es, de cabalgadura á su pollino, se vuelve y le encuentra ¡oh dicha! sosteniéndose firme en sus cuatro patas y con evidentes signos de mejoría, comiendo en el maizal.

—¡Ah, señores... ya está bueno! grita.

—Déjele V. que coma y estará mejor, añade Quilez, la hemos errado con la dieta.

Así es. Se ve por momentos al animal rehacerse, y cuando le juzgan suficientemente fortalecido, continúan poco á poco hasta Otero del Rey, donde invierten toda la tarde en buscar un comprador y la mitad de la noche en ponerse de acuerdo con Robustiano uno que se presenta, teniendo que dormir allí, despues de venderle en once duros y dejar para recorrer á pié el dia treinta y uno, último del plazo señalado por Restituta, doce leguas y media.

Salen de Otero del Rey, con el ánimo del que va á andar la última jornada, pero tambien con el

deseo de descansar, que siempre inspira, y que hace inadmisibile la idea de otra más. La noche los sorprende cuando aún faltaban dos leguas, porque tan largo camino, tantos sustos y tantas privaciones, han concluido por extenuar sus fuerzas.

Sacándolas el uno de su amor y los otros de su falta de dinero, á las diez de la noche, con un sobrante, por lo tanto, de ciento veinte minutos para tomar posesion de Restituta, entra Robustiano en la capital de Galicia seguido de sus compañeros.

XIV.

El título del capítulo noveno.

La primera dificultad que se le ofrece á Quilez es que ni aquella hora le parece oportuna para presentarse á su protector, ni le va á ser fácil, no viéndole, pagar el gasto de una posada con la suma que ha recibido del aguador en la distribucion final de los sobrantes.

Repugnábale pedir favor ninguno á Robustiano y á D. Sabas; pero éstos, insistiendo, con la intranquilidad de sus conciencias, en mostrarse amables y obsequiosos, le ofrecen, el uno que pasara aquella noche con él en casa de sus primas, donde residia su esposa, y el otro que le acompañase á la posada, donde se iria, despues de una breve conferencia con Restituta.

Siendo esta la visita más urgente y la que se

había de hacer ántes de las doce, se dirigen los tres á casa de la novia del aguador.

La vivienda dice elocuentemente, por su mezquindad, que ni Robustiano ni el primo Bartolo eran movidos en su competencia del vil interés que pudiese excitar el dote.

Sale á recibirlos el futuro suegro, y en vez de la alegre sorpresa que el novio esperaba causarle con su exactitud, frunce el ceño preguntando:

—¿Qué es esto, rapaz?... ¿juegas con nosotros?... ¡Hola, D. Sabas! ¿cómo le ha ido?... Pasen, señores.

—¿Qué quiere decirme? le pregunta el yerno, entrando con los otros dos.

En esto sale la madre, que le dice á su vez:

—¡Jesús... Robustiano! ¿A qué vienes tú por aquí?

—¡Dígame por mi alma! exclama el aguador, ¿no me concedieron hasta últimos de mes?... ¿dónde está la Restituta?

—¿No sabes nada?

—¿No la has visto?

—¿Dónde .. cómo... qué quieren decir?

—¿Ni Vds. tampoco, D. Sabas?

—Yo nada comprendo.

—Ni nosotros... ¿Cuándo salieron de Madrid?

—El día ocho.

—¡Ya!... pues el veintidos salió de aquí la Restituta.

—¡Adónde!

—A Madrid... Verás lo que pasó... Bartolo, como no escribías...

—Es verdad que no lo hice.

—La estaba rompiendo la cabeza con que al fin iba á ser de él, con que la habias olvidado, con que te habrias muerto... simplezas así... y la chica se encalabrinó con esto tanto, que dijo que si no venías, ella te iba á buscar... y hubo que dejarla... y se fué con el tío Prolongo...

—¿En la galera del tío Prolongo se fué? pregunta D. Sabas, mirando al estudiante y mordiéndose los lábios para no reirse.

—Sí, señor, D. Sabas... la dejamos ir así, porque con doña Basilisa era los mismo que si fuera con...

—¡Qué dice de doña Basilisa!

—Pero señor... ¿tampoco sabe que su mujer se ha ido?

—¡Con la Restituta!

—Sí.

—¡En la galera del tío Prolongo!

—¿No le digo que, por ir ella, dejamos á nuestra hija?

—¡Los siete infantes de Lara, dice el maestro apretando los puños, no azotaron á las hijas del Cid Campeador tan cruelmente como he de azotar yo...

—¿Qué es eso, D. Sabas?

—¿Por qué se disgusta así?

—Porque... ¡porque deho disgustarme!...

—No hay motivo, dice el suegro... iban las dos solas en la galera... ¡buen viaje habrán llevado!...

Los dos compañeros de la galera vuelven á mirarse de una manera indefinible.

—¿Y qué hago yo ahora? pregunta Robustiano confundido con aquella imprevista marcha.

—¿Qué has de hacer? le replica á un tiempo el padre y la madre; irte á Madrid mañana mismo...

—¡Ya lo veo! responde el aguador meditabundo. De todas maneras pensaba irme despues que me casara...

—Nosotros la digimos que, en cuanto llegara, se pusiera á servir hasta que tú arreglases los papeles y fuese tomando conocimiento, que luégo podría aprovechar para entrar de ama de cria...

—Largo lo llevan, dice Quilez en voz baja al maestro.

—¿Quién sabe? le responde éste en el mismo tono.

La ausencia de Restituta permitia á sus padres ofrecer hospitalidad al yerno, sin faltar á las conveniencias, y allí se establece, despidiéndose los otros dos viajeros, que prometen venir al siguiente dia, para verle ántes de marchar.

Se decide tambien que Quilez se vaya con don Sabas á la casa de sus primas y, en cuanto salen á la calle, suelta el maestro una pregunta, que le estaba ahogando hacia rato.

—Quilez, ¿está V. seguro de que era la vieja la que habló con usted?

—Ahora tengo mis dudas, responde el estudiante compadecido.

—¡Ay, D. Manolo!... dijo V. que la faltaban algunos dientes... y á la otra no la faltaba ninguno... y aparte de eso, ¿cómo no la habia

yo de haber conocido... despues de tantos años?

—Y en último resultado ¿qué?... allí no pasó nada sino...

—No me diga lo que pasó, D. Manolo...y será mejor...

—¡Habla V. con un tono tan triste!...

—¿Le parece que no hay razon para ello?... cuando ménos se podia esperar... y luego, D. Manolo... hágase V. cargo de que estaba yo allí... á dos dedos de distancia... ¡eso no le ha sucedido á nadie!...

—Sobre si ha sucedido ó no, habria mucho que hablar, y si V. se queja del percance al final de la representacion, ¿qué podrá decir Robustiano, que ya en la sinfonía?...

—Algo me apacigua ese pensamiento.

Buscando Quilez razones para consolar, y haciendo el maestro provision de filosofía para conformarse, llegan en casa de las primas, á quienes presenta D. Sabas, su amigo, anunciándole como huésped por sólo algunas horas, circunstancia que hace admitirle con amabilidad, pues... sabido es que los huéspedes se parecen al pescado en que á las veinticuatro horas apestan.

Se reproduce la explicacion que hubo ya en casa de Restituta, sobre la marcha de doña Basilisa.

—Yo escribí, dice D. Sabas.

—Pues por eso mismo... no dijiste dónde, ni con quién, ni de qué modo venias, y al ver tu mujer que era el veintidos y no habias llegado... se aca-

bó de decidir. Si él viene, dijo, ya nos cruzaremos en el camino... ¿no os habeis cruzado?

—No. ¿Y á qué nos habíamos de cruzar? murmura D. Sabas con mal humor.

—Hombre, no te enfades... era lo más fácil... muy bien puede suceder que hayais dormido en una posada... en los viajes se ven cosas muy particulares... ¡Ah! se nos olvidaba... voy á traerte un pliego que tenemos para tí hace ya más de ocho dias.

Diciendo esto se entra en una habitacion inmediata y trae á su primo una carta bastante abultada.



—¿Quién me habrá escrito? dice el maestro dándole vueltas... ya caigo... la letra del sobre la co-

nozco... estos garrapatos... sí, son los mismos de las cuentas que presentaba doña Irene á fin de mes...

Rompe el sobre, comienza á leer, palidece de pronto y murmura mientras la devora con los ojos.

—¿Será posible?... ¡Dios mio!... ¡vaya una casualidad y una fortuna!... ó mejor una desdicha la mia... sin embargo...

Temblándole cada vez más el pulso, se habia recostado en una cómoda, como si temiera caer vencido por la emocion.

—¿Qué es eso?

—¿Está V. malo?

Le preguntan sus primas y el estudiante.

—Tomen... lean... entérense... murmura alargando la carta y otro documento que venia unido.

El pliego era una credencial, y la carta de doña Irene, que al incluirsela le daba la enhorabuena y le manifestaba el placer que sentia con esperar alojarle tan pronto otra vez en su casa, pues, segun en la misma credencial se indicaba, tenia de término para presentarse á tomar posesion hasta fines de Abril.

—Y véame, le dice á Quilez, en marcha nuevamente con Robustiano... porque yo no quiero perder tiempo... ya sé por experiencia los percances que pueden sobrevenir en tan largo camino y no es mucho, aunque á primera vista lo parece, que me tome un mes...

—Le felicito á V., D. Sabas, dice Quilez, devolviéndole la credencial, despues de haberla leído.

—Gracias, responde el maestro. La tomo tan sereno y tan digno como tomó el rey Witiza la corona, cuando fueron á llevársela á la huerta donde estaba cavando... aunque no me haré de rogar como él, porque el caso no es el mismo y quizá mi primera negativa daría por resultado que no me instasen más...

—Creo que obra V. muy cuerdamente, D. Sabas, en no andarse con delicadezas y susceptibilidades de tiempo de los godos.

Despues de hacer muchos proyectos y castillos en el aire el nuevo oficinista, se recogen.

Don Sabas, desvelado por la alegría, madruga más que Quilez, y ántes de llamarle, negocia brevemente con sus primas, sirviendo de garantía el sueldo oficial, un corto empréstito, cuya operacion le era absolutamente necesaria, para regresar á Madrid, teniendo en cuenta que doña Basilisa, fiando probablemente en el cruce, debió decir al marcharse, como Bias, *omnia mea mecum porto*.

La noticia de que D. Sabas se marcha con él llena de satisfaccion á Robustiano, por supuesto cuando se entera de que se ha agenciado fondos suficientes.

Quilez los despide deseándoles buena fortuna, y los ve marchar con pena, porque, al cabo, tantos dias juntos, tantas desdichas sufridas en comun habian hecho nacer en su corazon cierto cariño hácia ellos, áun cuando, á decir verdad, no le mereciesen. Cepilla su ropa, único lujo que podia per-

mitirse, no teniendo otra con que cambiarla y se dirige en busca de su protector, que ha de principiar sus favores dándole almuerzo, tan pronto como se presente, pues no podia fortalecer gran cosa su estómago de diez y nueve años el claro chocolate de las primas de D. Sabas.

Si sorpresa fué para Robustiano encontrarse con que Restituta habia partido, si fué mayor la del maestro al saber que su esposa se habia marchado tambien, y subió de punto al enterarse de que viajaba en la galera del tio Prolongo, á Quilez, continuando el *crescendo*, le estaba reservada otra más fuerte que las de sus amigos. Entró en la casa de su protector, preguntó si estaba y le dijeron que sí... de cuerpo presente. Habia tenido la ocurrencia de morirse la noche última, como si la parca hubiese esperado á cortar el hilo de su vida, cuando de él estaba pendiente á más altura nuestro estudiante.

Con mil instancias puede ver al heredero, á quien cuenta su situacion. El sobrino aprovecha la coyuntura para hacer un ardiente elogio de su difunto tio, cuya bondad era inagotable y, al dedicarle este recuerdo, tiene la habilidad de dar á entender claramente á Quilez, que no pensaba seguir las huellas del santo varon á quien lloraba en punto á generosidades, y que, si se imponía el deber de aceptar escrupulosamente todos los bienes relictos, no se creia en el mismo caso respecto á cargas y promesas, como la que habia hecho

al estudiante. Este entiende perfectamente las indirectas mezcladas en la oracion fúnebre, y girando sobre los talones, se sale á la calle, donde empieza á reflexionar.

Su posicion estaba tan claramente definida, eran tan pocos los partidos posibles que, sin meditarlo largo rato, baja la cabeza y, un pié tras otro, toma la carretera de Madrid, alcanzando dos horas despues á Robustiano y á D. Sabas.

La acogida fué en apariencia cordialísima, pero en el fondo, lo sabrá quien sepa leer los corazones. Léjos estaba Quilez de hacerse ilusiones sobre el particular, conociendo como conocia á sus compañeros; así es que se propone interiormente buscar una manera de subvenir á sus necesidades, sin serles gravoso, y como le repugnaba seguir un instante más en aquella falsa posicion, dice á Robustiano:

—Por hoy y por mañana tiene V. que mantenerme; pero al otro dia nadaré en dinero...

—¿Cómo así? le pregunta el aguador con viva curiosidad.

—Usted lo ha de ver, replica Quilez, á quien ni remotamente le ocurría entonces, no el modo de nadar, sino ni áun el de mojarse un solo dedo en el precioso baño.

Esta bravata, no obstante, trae sus consecuencias, porque cuando, á la tarde siguiente, se aproximan al lugar donde se vendiera Clavellino, Robustiano, fiándose en la promesa del estudiante y

seguro de que su generosidad no se desmentiría nunca, concibe el proyecto de adquirir otra vez su amado burro, siempre que se le diesen por algo ménos de lo que le vendió. Fijo en esta idea, despues de pensarlo maduramente, en cuanto llegan al pueblo, se echa en busca del comprador. La alegría con que éste recibe la proposicion de anular la venta, no hablaba muy alto en pró de los hechos de Clavellino, durante las pocas horas que le tuvo en su poder, y si no se arregla de seguida es porque el buen hombre deseaba que se deshiciese simplemente lo hecho, y Robustiano no para hasta conseguir que se le ceda por medio duro ménos. Y como recordarán los lectores que el precio del asno, mas cinco reales, resto de lo que puso al salir de Madrid, era todo lo que llevaba en sus bolsillos cuando entró en la Coruña, se quedaba, descontado el gasto de la noche anterior, esperando con un escudo las riquezas que el estudiante iba á tener desde el otro dia. Le habia visto tan digno siempre en estas cuestiones, no obstante su aparente ligereza que no es maravilla creyese en aquella fabulosa fortuna.

Vuelve satisfecho con el cuadrúpedo á la posada, y Quilez, enterándose de lo que acababa de hacer, léjos de pensar seriamente en el modo de buscarse recursos, que ahora van á ser más necesarios, se alegra de que el aguador quede sin ellos, porque así desaparece su inferioridad; pues en cuanto á que venda otra vez el pollino seguro está de que,

si disfruta salud bastante para seguirlos, ántes pediría limosna que recurrir á este expediente.

Pero las instancias del aguador le ponen en grave compromiso. Desde que necesita de aquella lluvia de oro, quiere saber circunstanciadamente de qué nube y en qué forma caerá, y le abrumba con preguntas. Conforme se ve apretado, afloja Quilez, para no dar el golpe de una vez, en las seguridades que ántes manifestara, haciendo pasar á Robustiano crueles dudas.

—¿Cómo espera, le decia... en medio del camino... en pueblos donde no le conocen?...

—Ya llegará... no puedo decir cómo... si algun accidente imprevisto no contraría mis cálculos...

—¿Y es fácil que ese accidente...?

—No sé... no puedo adivinar... bien conoce usted que las cosas más seguras...

—Pero... ¿tiene esperanzas?...

—No las he perdido...

—¡Válgame el cielo!...

—¡Deseando estoy que llegue el día de mañana!..

Tambien lo desea el estudiante, para que el desengaño acabe con aquellas ilusiones, que le pesaba haber alimentado tan impreviadamente.

XV.

El hombre de la mula.

Sobre las cinco de la mañana eran cuando los viajeros, con un frugal desayuno, que hizo sabro-

so la esperanza de cenar mejor, mediante el dinero de Quilez, salian de la posada llevando tras ellos á Clavellino. En la calle ven al posadero hablando con un hombre montado en una mula. Robustiano se echa á temblar, porque recuerda que igual cabalgadura tenia el cabecilla carlista, y Quilez no puede tampoco librarse de un estremecimiento, que le produce la memoria del formidable apuro en que se vió. Lo misterioso del diálogo, que cesa al pasar ellos junto á los dos interlocutores, y una mirada investigadora que les dirige el desconocido, aumentan sus recelos. En cuanto á D. Sabas, como no ha distinguido ni la mula, ni el hombre, va completamente tranquilo, hasta que, ya alejados, dice el aguador al estudiante:

—Si lo que yo pensase valiera, no saliamos hoy del pueblo.

—¿Por qué? pregunta D. Sabas.

—¿No ha visto?...

—No he reparado nada...

—Ese hombre montado en una mula... como el comandante de la partida.

—¡Canario!... ¿dónde le has visto tú?...

—A la puerta de la posada... ¡No distingue usted más allá de sus narices!...

—Distingo perfectamente, responde el profesor amoscado... iría distraído... ¿qué temes?...

—No sé... él nos ha mirado mucho...

—¿Ha sido así, D. Manolo? pregunta D. Sabas á Quilez; cuyo valor le inspira más confianza.

—La verdad es que realmente... se fijó en nosotros...

—Demos media vuelta, señores, y no sigamos...

—Poco á poco, añade Quilez... yo haré lo que ustedes dispongan; pero no nos podemos detener mucho...

—Es verdad, prosigue el aguador... y luego ¿nos vendrían á buscar con el dinero, si no siguiéramos adelante?

—Lo dudo...

—¡Ay, Restituta!... ¡no sabes lo que has descompuesto con tu viaje!

Don Sabas suspira profundamente, y Quilez, para distraerle, dice:

—No se trata de lamentos sino de determinar lo que hayamos de hacer... no estoy por la retirada...

—La retirada, añade el maestro, prueba en ocasiones la suma prudencia... Xenofonte anduvo diez mil leguas hácia atrás, sin perder un solo hombre alimentándose con miel...

—No se trata de eso, D. Sabas, sino de que determinemos pronto si nos conviene seguir ó no...

—Que diga D. Manolo su parecer.

—Ya le he dicho... creo que siguiendo caminos trillados y yendo con alguna precaucion, no hay nada que temer... La partida que nos cogió fué derrotada, quizá deshecha por completo, y nunca está más seguro el camino que cuando acaban de robar.

La codicia se sobrepone en el aguador á la cobardía y se decide á seguir, sometiéndose D. Sabas,

como era costumbre entre los tres, al dictámen del mayor número.

Caminan silenciosamente. Robustiano piensa en su amada, que ha puesto otra vez cien leguas entre los dos y que estará entrando en Madrid, si ya no ha llegado. D. Sabas goza con risueñas ideas, apretando la credencial que lleva en el pecho, para ver si la ha perdido. Quilez se acuerda de su madre, y aunque poco propenso á la tristeza, se preocupa con la situacion en que va á verse cuando llegue á Madrid, perdida su esperanza.

Los altos y bajos de la fortuna tenían ahora al maestro en la cúspide, con un halagüeño porvenir y fondos en el bolsillo. Ocupaba el segundo escalon Robustiano, sin más recursos que el valor de su pollino y con las inquietudes por su prometida, y el último, exhausto de dinero al presente, sin vislumbrarlo tampoco para más tarde, era Quilez.

Cada uno iba, pues, sumergido en sus meditaciones, las cuales extinguian, áun siendo tan graves, el recelo que en diverso grado experimentaban, por lo que el más leve ruido y el más pequeño bullo los llamaba la atencion y los hacia mirar.

Merced á este cuidado, aún estaba bien léjos el hombre de la mula, causa tal vez inocente, de su desasosiego, cuando el aguador se vuelve y dice tembloroso:

—¡Ya está aquí!...

—¿Quién? pregunta D. Sabas, que mira tambien por costumbre.

- ¡El de la mula!... nos sigue... es seguro...
- El es efectivamente, añade Quilez... pero mientras venga solo, no podemos temer nada...
- Es que, á lo mejor, dará un silbido... sus compañeros estarán apostados... y saldrán á nosotros.
- ¿Acaso sabían que íbamos á pasar hoy?...
- Puede que tengan aviso desde ayer... ó que cojan á todos los que pasen... yo me vuelvo...
- Ya es peor... más corto hemos de encontrar poblacion siguiendo adelante...
- Pues apretemos el paso.
- ¿Se olvida V. de que Clavellino no estará aún para marchas forzadas?
- ¡Jesús, Jesús!... ¡más me valia haber esperado en la Coruña y haber escrito á Restituta que se viniera!
- Eso es... ¿queria V. mejor que la cogiesen á ella?
- No deseo mal á nadie... pero de ser uno...
- ¿Y no calcula V. todos los riesgos á que se exponia, cayendo en poder de hombres desalmados?...
- Lo conozco... mas tenga presente que aún no me casé, y que ya hubiera procurado enterarme... porque entónces... ¡Nos va á alcanzar pronto! dice interrumpiéndose el aguador y mirando atrás... anden de prisa.
- Por mucho que quisieran andar, la mula, jóven, gorda y reluciente, marchaba de un modo admirable, y ya se oían sus herraduras sobre los guijos del camino.

Don Sabas reza en voz baja, Robustiano tira del pollino, y Quilez, con alguna emocion tambien, aunque sereno en apariencia, espera el instante ya próximo de que llegue aquel hombre... Tal vez pase de largo y tengan que reirse de tan infundada alarma.

Pero no es así.

El de la mula, al emparejar con ellos, acorta el paso y da los buenos días con una amabilidad, que eriza el bigote de D. Sabas, porque la crueldad más terrible es la fria, la que se reviste de más dulces formas.

Todos contestan á su salutacion afectuosos, pues tambien un verdugo puede enternecerse, y de todos modos, hasta sobre el tablado del suplicio traen ventajas las buenas maneras.

—Creí, dice el hombre, salir con Vds. esta mañana, y luégo me entretuve... no pensé que hubiesen Vds. andado tanto

—¡Qué fiera! discurre el maestro, ¡el corto rato que nos ha dejado solos le duele!

—No vamos muy deprisa, le contesta Quilez.

—Vaya, que para caminar á pié, no pueden ustedes decir que se descuidan.

Si venia persiguiéndolos, ni escogido se daba perseguidor más amable, más francote y ménos terrible en la apariencia. Sonreia al hablar y su semblante afeitado, ancho y de buen color carecia por completo de esos pliegues y contracciones, especie de reticencias, que en la fisonomía mar-

can generalmente los malos pensamientos cuando se quieren ocultar.

—¿Se va muy lejos? añade.

—No pasaremos de Lugo, responde el aguador, lleno de alegría al divisar ya las primeras casas.

—¿Se quedan Vds. ahí? pregunta el desconocido con extrañeza.

—¡Cayó! dice D. Sabas para su capote, ¡cayó! se ve que lo siente... la emboscada estaba más allá. Sí, añade, para confirmar las palabras de Robustiano, nos quedamos en Lugo... sólo un par de meses.

Sin duda el desconocido teme inspirar sospechas, porque no pregunta más, y únicamente, cuando van á entrar en la poblacion les dice, descolgando una hermosa bota.

—Señores, un trago antes que nos separemos.

—Muchas gracias.

—Vamos, que no lo digo por decir, insiste alargando la bota á Quilez.

Este bebe sin vacilar y D. Sabas hace lastimosos gestos, segurísimo de que el vino está emponzoñado; así es que, cuando le llega su turno, se resiste con el pretexto de que se siente malo.

Luego que se retira el de la mula, dice á sus compañeros:

—¿Están locos? ¿cómo se han atrevido á beber? ¿No conocen que, al vernos escapar de la trampa preparada, han querido envenenarnos?

—¡Que me arrastren cien cargas de demonios si

se puede vivir con V., según las cosas que se le ocurren! exclama el aguador palideciendo y llevándose las manos al vientre.



—Ese hombre no es de temer, añade Quilez.

—¿Qué sabe?

—Estoy seguro.

—Por si acaso... replica el aguador más tranquilo... Y ahora recuerdo, continúa dando otro curso á sus ideas, en cuanto se ve libre de temores, ¿y el dinero que esperaba hoy?

—En primer lugar, nos hemos detenido más de lo que debiéramos, y en segundo, quizá ese hombre, que á nosotros nos ha asustado, haya sido también un inconveniente para que yo reciba los fondos.

—¡Mal negocio hacemos entónces!... no hay para cenar, si D. Sabas no...

—Yo llevo lo tasado, ya saben, murmura D. Sabas con disgusto. Déme lo que les quede, y por esta noche lo arreglaré, pero mañana vean cómo se componen...

—A mí me será facilísimo, replica Quilez, esta noche no quiero nada... yo me entenderé...

—No tome al pié de la letra mis palabras, don Manolo, le dice el maestro que oyéndole expresarse con aquella seguridad, vuelve á creer en la esperada abundancia del estudiante; ya sabe que en lo que pueda... no digo hoy... sino tambien mañana...

—Lo agradezco pero no lo admito. Cuando pusimos partes iguales, bueno que anduviéramos bajo el mismo pié... ahora han variado las circunstancias, y cada uno se las arregle por su lado.

Don Sabas se resigna con cierto remordimiento y el aguador no despliega los lábios, porque cuando Quilez hablaba en sério, le imponia de un modo singular.

Pide el maestro en el meson cena para él y para Robustiano, y reitera las instancias, mas el estudiante insiste en su negativa y se conforma con una rebanada de queso y un pedazo de pan, que es lo que le permitian los treinta cuartos de que era poseedor.

—Tanto orgullo ahora, le dice Robustiano en voz baja al maestro, tanto orgullo ahora y no tuvo reparo en vender el borrico.

—Pero es preciso ser justos, le responde D. Sabas. Entonces nosotros nos habíamos ido con dinero suyo, y de fijo no hubiera gastado más que la parte que le correspondía. Dejemos ese asunto, que ahí es donde puede decirnos cuanto se le venga á la boca.

Apenas se marchan á dormir, los dos comensales en un cuarto y el estudiante en el pajar, porque no quiere excederse un ochavo de la suma que se ha propuesto invertir aquella noche, entra con cautela en la posada un hombre, en el que hubieran reconocido nuestros viajeros fácilmente al de la mula, que tanto susto les dió, llama al posadero aparte y le empieza á hablar reservadamente. El favor que parece pedirle debe ser fácil de otorgar, porque el posadero contesta accediendo á todo lo que le dice, y recibe un paquete de su mano.

XVI.

La lluvia prodigiosa.

A los diez y nueve años y en el mes de Abril, cuando el frío no molesta, se duerme bien en cualquier cama. Quilez se durmió, luego que hubo meditado lo que le convenia hacer y resuelto separarse de sus compañeros para buscar la subsistencia de cualquier modo, y sin pedir limosna ir adelantando hasta la córte, más ó ménos lentamente. Era cruel la situación á que habia venido

á parar, y se necesitaba la dichosa confianza de los pocos años para entregarse al sueño, esperando la llegada de un dia, en el cual aún ignoraba de qué iba á comer.

Se durmió á pesar de todo, como hemos dicho, y no tuvo sueños desagradables, lo que prueba que no era de cuidado su preocupacion.

Despierta al alba, se sacude y de repente se detiene sorprendido. Acaba de ver junto á sí un pañuelo hecho un envoltorio y encima un papel, donde lee:

«Al llegar á Madrid se explicará satisfactoriamente todo.» El pañuelo contenia veinticinco duros.

Se queda estupefacto, y lo primero que le ocurre es que se trata de una broma del aguador ó de D. Sabas, debida á su cuento del esperado socorro. Pero ni uno ni otro, harto seguro estaba de ello, poseia tal suma y no era fácil que nadie se la prestara para objeto tan trivial. Si, no obstante, así habia sucedido, ó si aquello no era por cualquier motivo para él, tenia un medio sencillísimo de averiguarlo, que consistia en marcharse de la posada. La poblacion era grande y no le dejarian ir sin deshacer la equivocacion, ó pedirle el dinero. Sale, pues, lentamente, mirando, á izquierda y derecha, metiendo ruido, haciéndose visible, dando los buenos dias á todo el mundo, y sin que sus compañeros aparezcan, ni nadie le ponga el más leve obstáculo abandona el meson.

La primera diligencia hubiera sido entrarse en

una fonda, porque el queso con pan de la noche anterior le tenia asaz débil, pero no se decide á gastar lo que aún no considera propio; se pasea para hacer tiempo, y á las dos horas vuelve á la posada, seguro de que ya le habrán echado de ménos y le pedirán el tesoro. No sucede así; todos los huéspedes han partido ya, y el posadero le dice:

—Un cuarto de hora hace que se marcharon sus amigos: me han dejado dicho que le advirtiese, si volvía, que iban donde V. sabe. Parece que tienen sus motivos para ocultar la ruta que llevan.

Quilez se sonrie, comprendiendo el origen de aquella precaucion y aceptando definitivamente el milagroso donativo, almuerza y toma el camino á buen paso, para reunirse con ellos, ansioso de darles la sorpresa consiguiente al estado de su bolsa.

El maestro y el aguador habián conferenciado por la noche, y como quiera que el último no experimentó síntoma alguno de envenenamiento, se atenuaron gran parte de sus temores con respecto al de la mula, decidiéndose en consecuencia á proseguir al dia siguiente el viaje. Tambien hablaron de Quilez y convinieron, con la misma uniformidad de pareceres, en que era locura esperar el inverosímil cambio de fortuna, y por lo tanto que urgía notificarle la necesidad de que empleara sus propios recursos, como ya lo habia hecho aquella noche: nada encontraban mejor que separarse de él á la primera oportunidad, como medio el más adecuado de evitarse compromisos. Concluyó el con-

sejo con una operacion financiera de Robustiano, á quien D. Sabas se comprometió á dar la mitad de su dinero con solemne hipoteca del burro, y por su fallecimiento, ó inutilidad, de los créditos que el aguador poseia en Madrid.

Cuando, á la hora de salir, notaron la falta del estudiante, juzgaron adecuada la ocasion, puesto que dejándole aviso, nada les podia reprochar, en vista de que no habia indicado dónde iba, ni cuánto pensaba tardar y le constaba la urgencia de llegar á Madrid. Excusándose á sí mismos con tan flacos argumentos, llevaban dos leguas hechas, cuando los alcanza Quilez.

—¿Dónde se metió, que no le hemos podido encontrar? le pregunta el maestro.

—Tuve que salir, para un asunto preciso...

—¿A buscar el tesoro? añade Robustiano con aire burlon.

Quilez no responde, y su silencio es fatal indicio para los dos gallegos, que no vuelven á dirigirle la palabra. Llegan á una especie de venta, situada á orillas del camino, y entonces los dice:

—Si quieren Vds. detenerse y esperarme... yo voy á tomar aquí algo...

—¿Qué tomará? le pregunta D. Sabas á Robustiano deteniéndose, en tanto que Quilez se dirige al ventorro.

—Como no beba agua...

Mas la admiracion de ambos no tiene límites, cuando le oyen decir resueltamente:

—Ventero... saque V. jamon, para ver si me gusta, y vino de lo más caro que tengá...

—Se ha vuelto loco, murmura el aguador.

—Pues lo que es yo no lo pago, añade D. Sabas.

Prueba Quilez el jamon, que no le agrada y se limita á beber un vaso de vino. Echa en seguida mano al bolsillo, saca un puñado de duros y los revuelve hasta encontrar entre ellos una peseta, que le da al ventero, diciéndole:

—Ahí tienes... guarda lo que sobrê...

Cuando se vuelve, el aguador y el maestro le miran con la misma cara que pondrian los salvajes de Guanahani, al contemplar por vez primera á Colon y sus compañeros.

—Señor D. Manolo... ¿con que era verdad? le pregunta D. Sabas. ¿Estaba á cobrarlo cuando salió?...

—Siempre aseguré, exclama Robustiano, que, cuando el Sr. D. Manolo lo decia, era tan cierto y tan de creer como si ya se estuviesen viendo las monedas... ¿quiere subir en el jumento?... ya va estando fuerteciño.

Quilez saborea con cierta fruicion aquellos homenajes y los colma de alegría, prometiéndoles para la noche un banquete, cual ni le habian soñado desde que salieron de Madrid.

Para que la alegría no sea completa en los dos convidados, momentos despues sienten á su espalda el andar de la terrible mula y el hombre de la víspera, que los alcanza muy luego, mas esta vez se limita á saludar y pasa de largo. Todos los te-

mores y sospechas se renuevan en el aguador y el maestro, para quienes aquella marcha en vanguardia no tiene más objeto que avisar á los que estuviesen emboscados la llegada de sus víctimas, y los razonamientos del estudiante no bastan para que recuperen por completo la tranquilidad.

Llegan sin tropiezo ninguno á Santa Isabel, se verifica el prometido convite, y por la mañana, nueva sorpresa del estudiante, que descubre otro papel bajo la almohada, en que se le dice: *«Si hace falta más, puede pedirlo: basta que lo dé á entender llevando un pañuelo en la mano, durante el primer cuarto de legua.»*

Por probar Quilez hasta dónde llega aquella especie de sortilegio, que excita hasta un punto increíble su curiosidad, lleva al otro día un pañuelo en la forma que el papel le marcaba.

Con una exactitud propia sólo de los duendes, y aumentando su confusion, encuentra por la mañana al levantarse, en el pueblo donde pernoctan, otros veinticinco duros.

Esta vez coge al posadero por su cuenta y le muele á preguntas; pero, ó el buen hombre no sabia palabra, ó le habian pagado muy bien para que callase, porque nada le pudo sacar.

No vuelve á repetirse el aviso, y dos jornadas antes de Valladolid, tropiezan otra vez con el de la mula. Ya han concluido por desvanecerse los temores de D. Sabas y del aguador, así es que le acogen con más cordialidad y, como el gasto que

hacia indicaba una bolsa repleta, aceptan con gusto la invitacion de continuar el viaje juntos.

Desde aquel momento siguen los cuatro en amor y compañía y los dos paisanos observan con gran disgusto en el de la mula marcada preferencia hácia Quilez, con quien entabla largas conversaciones, y al cual ofrece muy á menudo la caballería, para que monte algunos ratos.

El estudiante, á pesar de que le parece absurda la idea, quiere, viendo aquellas atenciones, buscar alguna relación entre los misteriosos donativos y el incógnito; pero ni en la conversacion de éste, ni en las preguntas que intencionalmente le dirige puede observar nada que dé siquiera visos de probabilidad á sus sospechas. El nuevo compañero, á las primeras de cambio le refiere su vida... Es mayordomo de la casa de un conde, que posee muchos bienes en Galicia, y por consecuencia de haber muerto el administrador que allí tenían, le ha sido preciso ir, para arreglar diversos asuntos con el nuevo apoderado. La familia á quien sirve reside en Madrid; pero ahora se halla accidentalmente en Valladolid, donde se reunirá con ella, para dar cuenta de su comision, y continuar acompañándola hasta la córte, si, como cree probable, se marcha muy pronto.

Tan espontáneo Quilez como el mayordomo, le refiere tambien el objeto de su viaje y el mal resultado que ha tenido, así como lo mucho que le preocupa la necesidad de buscarse urgentemente una

ocupacion, para atender al sustento de su madre.

—Vea V. una cosa en que quizá pueda yo servirle á V. de algo, le dice el de la mula. El conde, mi señor, es persona de grandes relaciones... y si usted quiere que le hable...

—Se lo agradecería á V. mucho, porque me daba la vida el que me proporcionase ahora un medio decoroso para resolver el problema de mi porvenir.

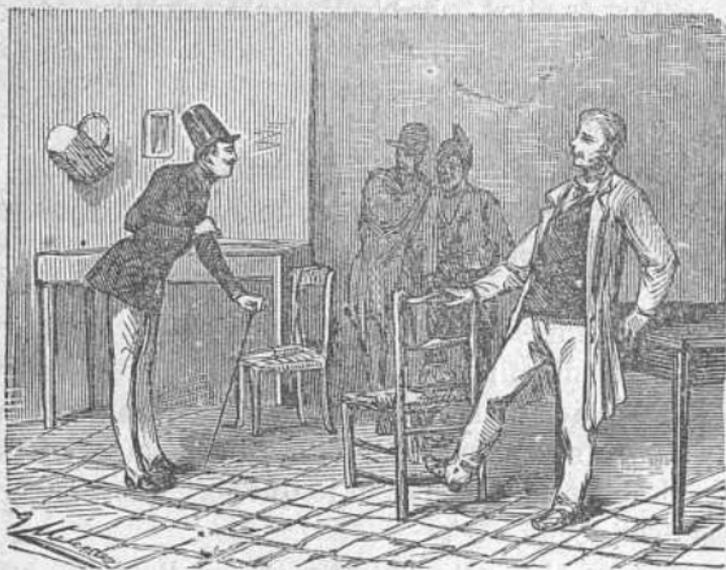
—Yo lo intentaré con gusto... En Valladolid no han de estar ahora más que la condesa y su hija única, pero comenzaremos preparándolas á ellas, y puede decirse que, si conseguimos ponerlas de nuestra parte, ya está todo hecho, porque el conde quiere tanto á la una como á la otra.

Después de estos ofrecimientos, aumenta la intimidad de Quilez con el mayordomo, y en el primero, viendo tan asiduo interés, resucita la duda de si estará hablando con su generoso protector. El mismo día en que iban á llegar á Valladolid se determina á hablarle con toda claridad, y le refiere los dos hallazgos consecutivos y los avisos que recibió, confesándole ingénuamente las suposiciones que ha hecho.

—Ojalá, responde el mayordomo sonriendo, pudiera yo hacer eso por V., y más, que más haría; pero no gano bastante para regalar cincuenta duros... ni cinco tampoco...

Queda el estudiante convencido con estas palabras y tan adelantado como ántes respecto al incomprendible asunto.

Llegan á Valladolid y se alojan todos en la misma posada, saliendo acto continuo el mayordomo, para presentarse á sus amos. Quilez sale tambien á renovar sus vestidos, que con tan largo viaje se encontraba en un estado desastroso, y vuelve hecho un petimetre, pues su elegante y juvenil figura necesitaba poco para que resaltara la gracia natural que poseia.



—¡Está V. hecho un duque! le dice el mayordomo, que ya se hallaba de vuelta, al verle entrar.

El estudiante procura encubrir con una falsa modestia la satisfaccion y el buen humor que le producía verse tan decente, y replica:

—¡Bah!... por poco se extraña V... lo mejor del

caso es que no vengo tambien en coche, porque no me da la gana...

—¡Demonio!...

—Ya sabe V. que tengo letra abierta con... con no sé quién... con las camas en que duermo... No necesito más que pedir por la noche, y por la mañana cobro á la vista...

—¡Ya es ganga!... tentaciones me dan de callarme lo que le tenia que decir á V...

—¿Qué es ello?... hable V., que estoy en disposicion para oir todo...

—Es muy buena noticia.

—Mejor.

—Cumplí mi ofrecimiento, hablando de V. á la señora condesa; ¿y sabe V. lo que me dijo? «Si ese jóven sirviera para secretario...»

—¿Para secretario?

—Sí, señor.

—Pero ¿de quién?

—De ella... un secretario que tiene siempre consigo para su correspondencia y para su... en fin; usted sabrá mejor que yo lo que hay que hacer en ese destino.

—¡Vaya si lo sé! exclama Quilez haciendo una pirueta, lleno de gozo con la buena suerte que se le entra por su casa. No obstante, añade reponiéndose, es un cargo de confianza... de mucha confianza... y á mí no me conocen.

—Le conozco yo...

—Y para V. ¿quién responde de mí?...

—Estos... que no se engañan, contesta el mayordomo señalándose los ojos.

—Compadre... vengan esos brazos, añade el estudiante tratando de disimular con una alegría estrepitosa la emoción que en realidad experimenta. ¡Se hizo el negocio... me redondeo, me establecí... soy un hombre... áun puede que me case!... Pero, ¿debo darlo por hecho?...

—Ya oye V. lo que dijo la condesa... «si sirviera...» V. verá si es que sirve...

—Hombre... no sé... veremos lo que de mí exige... porque supongo que, para admitirme definitivamente, tendrá V. que presentarme.

—Esta misma noche me ha dicho que le lleve á usted porque nos marchamos mañana temprano...

—Y si soy admitido, ¿me marchó yo también?...

—Naturalmente.

—¡Soberbia idea me dió de reponer mi guardaro-
ropa!

—Eso mismo iba á decirle á V...

—Creo que estoy presentable...

—Está V. un magnífico secretario.

—Pues si hubiera sabido esto... todavía me faltan algunos requisitos...

—Repito que no está V. mal... seguro es que, por su gusto, hubiera V. gastado cuanto tiene en trapajos.

—Era, por lo ménos, emplear mis capitales de un modo reproductivo.

—No vaya V. á suponer que para la condesa va-

len sólo las exterioridades... es una persona de mucho talento... ya verá V.

—¿No está aquí el conde?

—No .. la madre y la hija.

El estudiante aguarda con una impaciencia febril la hora de la presentación, y se entretiene en retocar su traje, peinar su cabello y componerse lo mejor posible.

A las ocho de la noche, conducido por el mayordomo, se dirige á la fonda donde se hallaba la dama, que bien pudiera llamar entónces de su pensamiento, segun lo fija que la tenia en él... Una doncella anuncia su llegada, y los hacen pasar inmediatamente.

Era la condesa de proporcionada estatura y aire majestuoso. En el dintel ya de la vejez, se notaba que habia luchado ventajosamente contra el poder destructor de los años, y á pesar de los cabellos grises y del cútis sin frescura, los ojos eran vivos y la sonrisa graciosa. Estaba dando órdenes á varios criados que, en medio de una confusion de ropas y objetos, iban empaquetando el heterogéneo conjunto que constituye el equipaje de una mujer á la moda.

Se interrumpe cuando entran nuestros hombres, contesta al respetuoso saludo que la hacen, y pregunta al mayordomo:

—¿Es este caballero...?

—Sí, señora.

—Ya ve V., añade dirigiéndose á Quilez, donde

le tengo que recibir... la víspera de una marcha es volverse loca. Tome V. asiento.

El estudiante vuelve á saludar, y ella prosigue:

—La confianza que me inspira el buen Gonzalez me evita enojosas preguntas. Si V. acepta la colocacion que puede tener á mi lado, queda desde luego convenido, y sólo falta someterlo á la aprobacion del conde... una fórmula, añade sonriendo, porque sancionará lo que yo haya hecho.

—Falta tambien, señora, exclama el estudiante, que yo sepa los deberes que ese cargo me imponen... para juzgar si me será posible desempeñarle...

—¡Oh... en cuanto á eso... esté V. tranquilo!... Llevar mi correspondencia, que no es larga ni complicada, y una especie de contabilidad de mis gastos particulares... que tampoco es difícil... soy económica.

Quilez, en vista de tanta simplificacion, se considera ya secretario de hecho, y sale con el mayordomo, al que no se atreve á preguntar señas de la hija, que siente no haber encontrado allí.

De regreso al meson se despide de sus compañeros, que no le besan la mano porque no parezca mal, y les deja las señas para que le visiten tan luégo como lleguen á Madrid. Todavía encuentra coyuntura Robustiano para pedirle cinco duros, que le pagará en la córte con los créditos que allí tiene, con la venta del pollino, etc., etc., y al cumplimiento del contrato está dispuesto á obli-

gar todos sus bienes habidos y por haber, con renuncia de todo fuero ó jurisdiccion atractiva, firmando ante testigos y en papel del sello correspondiente una obligacion en que así conste. El estudiante le da los cien reales, renunciando al manajo de garantías, y deseándoles feliz camino, se marcha con el mayordomo á disponer lo necesario para la partida.

XVII.

El Secretario particular.

Comienza á amanecer. A la puerta de la fonda de la condesa hoy un coche grande y pesado, y en él enganchadas cuatro mulas, que sacuden las innumerables campanillas de sus arreos. Junto al coche está Quilez, teniendo del diestro un caballo. Lleva pantalon ceñido, relucientes espuelas y botas de montar. Cuando la noche anterior le explicó el mayordomo la forma en que acompañaría á las viajeras, no quiso—llámese ó no locura—escatimar un nuevo pellizco á sus sobrenaturales fondos, con tal de presentarse pertrechado de lo que no puede faltar á un jinete, que debia oprimir los lomos de tan hermoso corcel como el que le entregaron. Recordaba los principios de equitacion que aprendiera en sus tiempos de prosperidad, cuando aún vivia su padre, y no queria, por un

poco de plata, privarse de la satisfaccion de hacer una airosa figura ante la condesa. Esto gusta á todas las edades, y la diferencia consiste en que á la del estudiante se logra con más facilidad. Luégo mediaba otra circunstancia. La hija de la condesa era, segun habia podido al fin sonsacar al mayordomo, muy bella, y si con la mamá pudiera haber renunciado á sus pretensiones, consideraba absolutamente indispensable que la jóven formara buena idea del nuevo secretario.

Gonzalez, el mayordomo, estaba allí tambien libre sin duda de estos sueños, porque seguia con su cómoda mula.

Los criados bajaban bultos y los iban colocando.

Llega el momento en que todo está corriente y todos miran hácia la escalera, esperando que bajen las dos damas. Quilez se acerca cuanto puede, para examinar bien á la hija. Pero la exactitud y la puntualidad, que son política en los reyes, no deben buscarse nunca en la mujer—sobre todo si hay tocado por medio—más que en las citas de amor, y sólo en las primeras: así es que trascurre largo rato en aquella expectacion.

El arrastrar de las faldas por los escalones anuncia al fin su llegada. Un lacayo abre el coche, descubriéndose, y envueltas en hermosas pieles, cruzan rápidas las dos, contestando á los saludos que las dirigen. Detrás sube una doncella. El estudiante, á pesar de su cuidado, no ha podido ver entre tanto ropaje más que dos ojos negrissi-

mos, que se han fijado en él un segundo, y después, al montar, un pié breve, calzado con perfeccion, y el principio de una redonda pierna. De los tres datos necesarios para hallar la incógnita de una proporción, ya tiene dos, y su buen sentido le aconseja que no piense en el tercero.

Tan pronto como el lacayo cierra, salen las mulas al trote, el mayordomo sigue con la suya, y Quilez con el caballo se pone al estribo. En apariencia mira indiferente á todas partes, mas, al descuido, revisa la pierna, la silla, la espuela, la caída de la levita, el costado todo visible á las miradas que puedan cruzar el vidrio. Realmente va bien, suelto y balanceándose con gracia, en los briosos movimientos del caballo. En la mano izquierda lleva con abandono la brida y apoya el puño derecho sobre el muslo, arqueando el brazo. El fresco viento de la mañana le colorea el rostro animado y juvenil y juega con las guías de su fino bigote. De este modo va luciéndose, y no falta más sino que se temple el día para que el vidrio se baje. Entonces podrá mirar y tal vez le dirijan la palabra... para lo más insignificante... preguntando por algun accidente de la campiña, con lo que se inclinará, al contestar, sobre el arzon delantero, que es tambien postura muy airosa, sabiéndolo hacer. ¡Dichosas niñerías, que, con serlo, tantas horas felices proporcionan!

Hasta mitad de la mañana no se realizan los deseos de Quilez; pero ¡con qué fortuna! Despojada

de abrigos, radiante, deslumbradora con la pura luz del sol de Abril, que ilumina vivamente sus facciones, asoma la más preciosa cara de morena de diez y ocho años que pueda soñar un creyente, entre las setenta y dos huries que el Profeta le guarda en su paraíso.

Tiende la hermosa la vista, contemplando el paisaje que la rodeaba, y pone una mano de admirable pequeñez, medio cubierta por un guante en el borde de la ventanilla. Quilez refrena el caballo para dejar espacio á su contemplacion, recibien-



do un ligero saludo con una mirada, en recompensa de su solicitud. Despues se vuelve ella, sonriente, y se inclina hablando en voz baja con su

madre, mientras el corazón del novel secretario late apresurado, porque sospecha que se ocupan de él, y diera media vida con tal de oír lo que dicen.

Para que todos sus sueños lleguen á realizarse, le llama la condesa y le pregunta:

—¿Qué población es la primera que vamos á encontrar?

—Mojados, señora.

—¿Conoce V. esta campiña?

—No he venido por aquí más que una vez, y á decir verdad, me fijé tan poco, que difícilmente podré dar razón del país.

—Lo preguntaba por si será más conveniente detenernos en ese pueblo á la hora de almorzar, ó comer en el mismo coche...

—Si vale mi parecer, es preferible el segundo medio. Todos estos lugares, eso lo sé, son tan malos, que en sus posadas, el servicio bastaría para que la señora condesa encontrase repugnante cuanto la presentaran.

—Mamá, dice la morena niña, puesto que el día está apacible, ¿por qué no detenernos en alguna pradera sombreada de árboles?

—¿Lo deseas tú así?

—Me gustaría mucho.

—Le ruego á V., continúa la condesa volviéndose á Quilez, que desde el caballo observe y nos avise cuando vea algún sitio á propósito para complacer á mi hija.

El estudiante promete hacerlo así, pidiendo á

su impaciencia que no las haga descender en algun horroroso erial ó en alguna raquítica alameda, que su deseo le pinte como deliciosa floresta. Al contrario de Bertoldo, cuando no encontraba árbol donde le ahorcaran, él no veía dos juntos que no le parecieran con sombra bastante para el campesitre almuerzo. Mas la fortuna estaba aquel día demasiado propicia para que en esta ocasión le negase su auxilio. Un arroyo, olmos copudos, verde hierba esmaltada de florecillas, sombra y frescura, todo lo que desea la linda Dolores, que ya la ha oído llamar así, ve al fin á veinte pasos del camino.

—¿Sería bueno aquel sitio? dice designándole.

Madre é hija se asoman y la última palmorea alegremente, diciendo con tono de niña mimada:

—Sí, sí... allí quiero yo almorzar.

El coche se detiene y nuestro estudiante se apea para dar la mano á las señoras. Cuando se la ofrece á la hija tiene la vista baja, ó por respeto ó por temor al fuego de aquellos ojos aterciopelados... ó por si sus investigaciones avanzan en el descenso algunas líneas más del punto adonde llegaron á la subida. En un almuerzo al aire libre y en la posición del estudiante respecto á las dos damas, era preciso grande tacto, para ni descender á los oficios de criado, ni familiarizarse en demasía. Navega Quilez con tan buen tino por entre estos dos escollos, que las deja encantadas con la oportunidad y distinción de sus maneras, encontrándose, cuando de nuevo vuelve á ocupar su puesto á la

portezuela, elevado muchos grados en la estimación de madre é hija. Durante el resto de la jornada no se desmiente su atenta solicitud, ni su acierto en el modo de conducirse, y la ilustre señora empieza á demostrarle, de un modo ostensible, lo satisfecha que está de su secretario.

No se imaginaba éste, empero, la nueva prueba á que el destino le iba á someter muy en breve.

Al segundo dia, y desde el punto mismo en que salen, principia un viento tan frio y tenaz, que la condesa da órden para que tome un criado el caballo del estudiante y le invita á subir en el coche.

Se coloca Quilez enfrente de la hermosa Dolores, y aunque se encuentra turbado en los primeros momentos con tan peligrosa vecindad, recobra pronto su aplomo. Viene la conversacion á parar á su humilde persona, y cuenta suprimiendo algo, el viaje en que nosotros acabamos de seguirle. Tenia nuestro jóven demasiado talento para ocultar las miserias, las privaciones y los lances apretados en que se habia visto: procura únicamente presentarlos bajo su aspecto más cómico, y en ello acertata, porque sabido es que las mujeres sólo gustan de que, cuando no se las requiebra, se las haga reir, y á Quilez le sobraba gracia para lograr lo segundo, áun cuan lo no le faltasen tentaciones de hacer lo primero. Solamente al llegar á su prisión entre los carlistas, el tono festivo que emplea no basta á impedir que su relato adquiriera la gravedad de las circunstancias en que se vió, y cuando

explica la salida por el ventanillo, las angustias que pasara con el coronel, imposibilitado de saltar la tapia, y su resolucion de no abandonarle, ni la condesa ni la hija pueden contener las lágrimas, y la primera coge instintivamente una de sus manos, diciéndole:

—¡Admirable generosidad!

En caminos tan largos y con la lentitud que marchaban, todas las conversaciones concluyen por agotarse, y si no se habla, preciso es mirar. Esto hace Quilez, tímidamente, cuando la jóven está despierta y con mal disimulada avidez, cuando, dormitando las dos en el fondo de su asiento y distraida la criada, puede, al contemplar tantos encantos como se ven, forjarse quimeras sobre otros muchos que se adivinan.

Así que el viento se calma, por discrecion, y quizá por miedo de sí mismo, quiere volver al caballo, pero la condesa se opone. Se deja llevar entónces por la dulcísima pendiente en que le van precipitando los acontecimientos, y ya no vuelve á hablarse de abandonar el carruaje.

Queremos que nuestros lectores pongan ahora su consideracion en las extrañas circunstancias que rodeaban á aquel andaluz de diez y nueve años y traviesa imaginacion, inmóvil, durante ocho horas diarias, frente á frente y cara á cara de una bellísima jóven.

Empezó Quilez por decirse que, en la escala del mundo, aquella beldad y él estaban separados por

muchos escalones; por tantos, que era locura la sola idea de que se pudiese franquear la distancia. Esto en primer término: despues, necesitaba no olvidar el inmenso favor que la noble familia le iba á hacer; con toda la delicadeza, con todo el decoro que habia mediado en el asunto, en sustancia, no era una limosna que recibia, pero sí un socorro que le prestaban, cuando se hallaba más necesitado de él. Con esto habia bastante para que el más torpe comprendiese la absoluta necesidad de guardar una inquebrantable circunspeccion, y formó el sincero propósito de ni áun mirar más en lo sucesivo á la jóven.

Tranquilo con esta resolucion, se echa de espaldas en el blanco forro del coche... y clava los ojos en la hija de la condesa, que dormia ó fingia dormir. Este caso que referimos, para puntualizar nuestra historia, sucedió una mañana. Descontento de su poca firmeza, se concede á sí mismo de término hasta el medio dia, cuando bajen á almorzar, y despues pondrá en planta rigurosamente su sábia determinacion.

Efectivamente: suben al coche, concluido el almuerzo, y fija la vista en el campo, para mejor vencer la tentacion, empieza á repetirse, con el mismo fin, todas las razones que se diera ántes. Llegaba al vigésimoquinto argumento que se le ocurría, como ampliacion á los de por la mañana, cuando, de pronto, el hilo de su discurso se corta, y el cuerpo se le extremece desde la punta de los pelos hasta

las uñas de los piés. La bella Dolores, por un movimiento involuntario, al cambiar de postura medio dormida, habia puesto su rodilla en contacto con la del estudiante... una rodilla redonda, dura y que hasta parece que irradiaba cierto dulce calor. Luego que puede recobrar la facultad de discurrir, encuentra que evidentemente el problema varia.

Ahora no se trata de su reserva, no es que ataque, es que se siente atacado; lo es involuntariamente, no ofrece duda, pero ¿se debe por eso retirar? Allí no hay indiscrecion de su parte, es simplemente que se apoyan en él, y al aguantarse inmóvil no hace ni más ni ménos que lo que haria cualquiera de los almohadones. No moviéndose, pues, cumple, sin que la misma condesa, caso de que lo viese, pudiera dirigirle el más leve reproche. Lo único que necesita es no mirar, y ahora lo consigue fácilmente, porque encuentra infinitos encantos en su papel de almohadon, y teme, sin saber por qué, que si vuelve la vista todo aquello desaparezca. Ni sus ojos ven, ni sus oidos oyen, ni ninguno de los sentidos funciona más que el del tacto, tan poderosamente, que anula el ejercicio de todos los demás. Los vaivenes del carruaje, para más delicia, producen ligeros choques. ¡Qué de alucinaciones experimenta con este motivo! Tan pronto cree que el contacto aumenta en intensidad, tan pronto que la jóven va adelantándose paulatinamente. ¿Qué le importa lo absurdo de semejante hipótesis?... ¿está acaso para razonar?

Otra cosa le falta saber... ¿dormirá la madre? Vuelve la cabeza como al descuido, y mira... Sí que duerme. Antes de tomar nuevamente su primitiva posición, cede al deseo de mirar también á la joven... Echada atrás la cabeza ¡qué conjunto ofrecen aquellas largas pestañas caídas, aquellos lábios de carmín entreabiertos, aquella garganta escultural, que luce tan completamente su admirable pureza, y por bajo aquel seno, levantándose á compás de la suave respiración!... Y la rodilla siempre tropezando...

Dormida como se halla, piensa Quilez, dominado ya por la embriaguez que le producía su contemplación, aunque él por su parte oprimiera un poco... un poco nada más, no lo notaría de seguro. La ocasión es magnífica, y no tendrá otra. Nunca se han dormido las dos á la vez, y ménos tan profundamente como entonces. En cuanto se despierte todo acabará, y ya no vuelve ni á sentarse junto á ella... es lo mejor. Nada significa, antes de adoptar definitivamente la juiciosa conducta que se ha propuesto, satisfacer aquel ligero capricho. Saltándosele el corazón con la violencia de sus latidos, mueve la pierna, lenta como la aguja de un reloj, oprime un poco... luego más... y al empujar más aún, su pié resbala, y de un golpe consigue lo que, por el procedimiento gradual no habría llegado á conseguir en dos horas... Se queda petrificado del susto... ni siquiera respira... pero no le han sentido, y ahora desde el pié hasta

la rodilla, todo está en contacto. Un minuto goza y saborea esta ventaja inesperada, y en seguida, como el hidrópico siente más sed á medida que más bebe, se hace irresistible el deseo de conseguir más... un poco solamente... poner su pié sobre el de la hermosa. Esto, sin embargo, envolvía complicaciones, porque, si despertaba, no puede atribuir á casualidad ni distraccion semejante postura... ¿Y si él dormía á la vez? ¡qué felicísimo arbitrio!... ¿cómo no le habrá ocurrido más pronto? El que duerme no tiene conciencia de sus actos, no es responsable de ellos; nadie imaginaria lo contrario... de modo, que armándose de un profundo sueño, tan profundo que necesiten darle voces para despertar, puede atreverse á todo, y el límite de los progresos posibles se ensanchan indefinidamente ante su vista. Es una falta el dormirse, bien lo comprende, pero no volviéndolo á hacer... como no ha de hacerlo... Se recuesta en su respaldo, cierra los ojos, afloja los músculos y se prepara por si lo que sobreviniere lo hace preciso, á completar la irreverencia y dar verosimilitud á la ficcion, modulando algun ronquido. Y ya colocado, empieza á obrar.

XVIII.

Del cielo al infierno.

¡Quién pudiera escuchar á un moralista ahora extenderse en larga disertacion sobre la hipocre-

sia y perversidad de este mozo, que así cede á las tentaciones de la carne, olvidando el alma para rendirlo todo al cuerpo, falta de flagelaciones y ayunos que dominaran sus pecaminosos instintos! ¡Cuánto bueno diria acerca de la fragilidad humana y de sus consecuencias, y de la cuidadosa vigilancia que debemos ejercer constantemente sobre los sentidos, enemigos dentro de la plaza encargados de franquear traidoramente la entrada al perpétuo ejército sitiador de las tentaciones! ¡Qué ocasion para discurrir sobre la gracia y la libertad; el determinismo y el libre arbitrio, el panteismo idealista y el materialismo empírico! Y despues que revolviera á San Agustin con Spinoza y á Aristóteles con Descartes, ¡cuán gustosos le colocaríamos, aunque pasara de ocho lustros, en aquella estrecha caja, aspirando la brisa del mes en que aman las flores, mezclada con el aliento de una hermosa morena, cuyo cuerpo se doblase voluptuosamente junto á sus brazos ociosos...!

Y aquí cuadra bien un cuento.

Marmontel, el sesudo autor de los *Cuentos morales*, el que obtuvo una silla de académico ponderando los *Encantos del estudio*, fué en cierta ocasion á visitar á una señora, que tenia una hija recién salida del convento, donde no habia aprendido nada, pues no hay regla sin excepcion, ni áun las monásticas. Hízosela preciso á la madre abandonar la estancia por breve rato, y recomendó á su hija, al dejarla sola con el sábio, que sa-

cuadiese su timidez ante una persona cuya conversacion no podia ménos de serla provechosa é instructiva. Frente á frente la cándida virgen y el ilustre escritor, ó ella estuvo demasiado tarda en aprender, ó él demasiado vivo para enseñarla, el resultado fué que, al entrar de nuevo la mamá, preguntó á la hija:—¿No es cierto que este hombre eminente habrá sabido ilustrarte, distrayéndote á la vez?—¡Vaya una distraccion, replicó la niña mal humorada, manosearla á una por todas partes con los dedos más frios que el granizo!...

Parapetado Quilez con su extratagema, tanto



adelanta y á tanto se atreve, que la jóven despierta por fin. Sobreentiéndese que, para desempeñar á

conciencia su papel, el estudiante no cambia en lo más mínimo de postura. Ella, cuando los últimos vapores del sueño dejan libre su cabeza, cuando recobra por completo el uso de los sentidos, se apercibe de aquel enredo y trastorno de piernas, apresurándose á deshacerle. Más no le deshace por completo; quizá nota que todo ha sido maquinal, involuntario, y que no hay precision de moverse violentamente para despertar al pobre jóven. Y con el edificio, tan laboriosamente levantado, á medio destruir, fija su mirada en el paciente arquitecto... ¡Si él viera esta mirada, si pudiese notar cuánto era expresiva, con una expresion extraña y sobre todo nueva, distinta de las que hasta entónces le habia concedido, hasta dónde subiria el placer, mezclado de admiracion, que le causa aquella condescendencia en conservar un resto de su obra!

Como esos gemelos de dos oculares, que con uno se emplean en el estrecho recinto de un teatro y con el otro aproximan los objetos en el vasto horizonte de una campiña ó del mar, diríase á veces que nuestros ojos tienen dos retinas, sustituyéndose al impulso de las pasiones, al impulso de la más poderosa, y al impulso del amor. Vivimos meses y años enteros frecuentando el trato de una mujer; conocemos sus gustos é inclinaciones, somos testigos de sus alegrías y de sus penas, la tenemos enlazada por decirlo así, á nuestra existencia... no vemos en ella más que la amiga de la hermana, la

visita de todas horas, la compañera de nuestros inolvidables juegos infantiles... mas llega un día en que por una frase, por una sonrisa, por la presión de una mano que se ha cogido con indiferencia, por un momento de abandono, por ménos que todo esto, se trasfigura ante nuestros ojos, estupefactos de no haber visto hasta entónces lo que estaban.—permitase decirlo así,—continuamente viendo. Una vez hecha esta especie de revelacion, ya es inútil toda tentativa para retroceder á lo pasado, y segun la cantidad de idealismo, unida al nuevo sentimiento que se despierta, ó se desea aquella mujer se la ama. De este modo es el hombre. También es así la mujer. ¿Bastaria, lo que encontró nuestra bella saliendo de su sueño, quizá de esos que á su edad producen tan vaga alegría como vago dolor, para que viese al despertar mancebo de gentil apostura el que dejó al dormirse humilde secretario?... ¿Asaltaría su mente, despues de la primera seguridad, alguna confusa duda sobre la inocencia del estudiante? Debió suceder así, porque al cabo tiñe leve rubor sus mejillas y se aparta por completo. Quilez permanece todavía un buen espacio haciéndose el dormido; pero comete la falta de volver en sí cuando aún duermen de verdad la madre y la criada, por lo cual se hallan en cierto modo solos. El se turba, ella se pone más ruborosa, y no despliega ninguno los lábios, que vale tanto como si él dijese: «soy culpable,» y ella contestara: «me lo he figurado.» La situacion es em-

barazosa, hasta que la condesa despierta tambien.

A partir de este suceso, se habla mucho ménos y se miran mucho más, siempre aprovechando el uno las ocasiones en que el otro no puede observarle y cogiéndose algunas veces *in fraganti*. En este juego concluye por perder la inexperiencia de ella, pues Quilez adquiere prodigiosa habilidad para hacer uso de lo que llamamos el rabo del ojo, y está á lo que dentro del coche sucede, aunque parezca que mira la luna en menguante.

Cuando de este modo recibe á quemaropa el fuego que la desprevenida jóven le lanza sin precaucion alguna, corre por sus nérvios todos una sensacion inexplicable, al comprender el sentimiento que enciende aquellas negras pupilas.

Tiene algunos intervalos en que la razon quiere recobrar su imperio, preguntándole dónde va por aquel camino; mas desecha pensamientos importunos y concluye por decirse á sí mismo que la adora y que, con adorarla en secreto, basta para satisfacer la ambicion de su alma, salvando todos los inconvenientes: sólo desea que el viaje no concluya nunca; porque conoce que concluirán con él aquellos dias que pasan enteros á su lado, rodeándola de solícitas atenciones, adivinando sus deseos y embriagándose en la contemplacion de su belleza. Una vez trata de renovar, durmiéndose ántes por supuesto, las maniobras pasadas; pero se le rechaza tan duramente, que se llena de amargura, creyendo que todo ha sido un sueño ó una fátua

presuncion. Contaba, ya lo hemos dicho, diez y nueve años, y son pocos para dar valor á lo que vale. Renuncia á toda otra tentativa y llegan á Madrid, sin haber salido de este curso preparatorio de amor.

Entrando en la morada de la condesa, siente tambien penosa impresion al contemplar el espléndido lujo, el tren y el modo de vivir de las dos damas. Compara mentalmente aquellas régias habitaciones con el modesto piso donde le espera su madre; aquella numerosa servidumbre con la torpe criada que la asiste; aquella grandeza de su pequeñez; toca la inmensa distancia que le separa de ellas, y las lágrimas se agolpan á sus ojos.

Un detalle acaba de convertir en pena, su desesperacion: ha subido con la madre y con la hija; pero, al llegar á cierta estancia, le han dejado para entrar á ver al conde, que sorprendido sin duda, no ha bajado á recibirlas, y se queda rodeado de lacayos ante la puerta cerrada. La condesa, por fin, sale y le despide, encargándole que vuelva al dia siguiente, y corre á buscar en los brazos de su madre el consuelo, que la propia reflexion le niega.

Al otro dia, tras una noche de insomnio, su primera ocupacion es invertir el resto del dinero que le queda en vestirse de un modo conveniente, para tomar posesion de su cargo. Deja á su madre sin muchas cosas precisas, olvida obligaciones muy sagradas; pero consentiria morir más bien que presentarse de otro modo ante la mujer que ocupa su pensamiento. Este temor es inútil, porque la conde-

sa, despues de acogerle con su acostumbrada amabilidad y manifestarle que el conde no pone obstáculo á su admision, le ocupa apenas diez minutos y sale sin ver á Dolores, con el convencimiento de que su cargo es de puro lujo, y de que será difícil que, en los cortos momentos que permanezca al lado de la condesa, se presente su hija. ¡Cuánto desearia que el trabajo le retuviese allí largas horas, con más probabilidades de que alguna vez entrara!

Semejante privacion le tiene con impaciencia... no se atreve á preguntar por la jóven, ni su madre la nombra... tambien extraña no haber visto al conde, que está seguro de que se halla en Madrid.

Así trascurren muchos dias. Uno en que se marchaba, triste como de costumbre, queriendo, conforme cruzaba los salones, hacer transparentes las puertas con la vista, para llegar hasta donde estuviese su amada, en un pequeño y solitario gabinete, de súbito la ve y se detiene, con un espantoso temblor, miránola intensamente y sin poder balbucear ni aún las más vulgares frases de cortesía. Ellá le mira tambien, con aquel poderoso mirar que tan grato le era, con aquel mirar que le daba la vida y le volvia loco, y aunque no ménos turbada, es la que se atreve á romper el silencio, diciendo lacónicamente, pero con profunda entonacion llena de interrogaciones:

—¿Es V.?...

Y no acierta á seguir. Quilez se aproxima y, sin darse cuenta de lo que hace, silencioso siempre, to-

ma una de sus manos y se la oprime apasionadamente. Sin ser tampoco dueña desí misma, la jóven corresponde á aquella presion, agitada y confusa, y él entonces, ciego, olvidándolo todo, cediendo á una fuerza mil veces más poderosa que su voluntad, la coge en sus brazos, la estrecha convulsivo y huye ántes que tenga tiempo para rechazarle.

Agitado por mil contradictorias ideas, sintiendo á la vez una dicha infinita y una profunda desesperacion, se da á pasear las calles, porque le falta ambiente para respirar y teme perder el juicio si se encierra á solas con sus tumultuosos pensamientos. Cuando, pasadas muchas horas, se calma aquel estado febril, toma una resolucion inquebrantable. Dejar inmediatamente su empleo y no volver nunca á aquella casa. Sabe que así morirá, porque conoce que no puede vivir desde el momento en que renuncia definitivamente á toda esperanza; pero hay agonías peores que la muerte.

Va al otro dia, firme en su determinacion, y se la anuncia á la condesa desde luego. Su protectora, sorprendida, intenta inútilmente averiguar los motivos que le inducen á proceder de aquel modo; el jóven, prodigando las expresiones de agradecimiento por el favor recibido, que nunca olvidará, se envuelve en una incomprensible reserva.

Como si, antes de abandonar para siempre la morada donde deja la alegría de su juventud, la dicha de sus pocos años, estuviese escrito que habia de sufrir el último tormento, un criado que le

espera en la antesala, le invita á seguirle y se halla nuevamente en presencia de la hermosa Dolores. Lleno de amargo despecho, seguro de que va á escuchar alguna dura frase por su audacia, in-



terrumpe á la jóven, que quiere hablarle, diciéndola con voz entrecortada.

—Es inútil... todo lo comprendo y he comprendido tambien lo que me cumple hacer... Si basta para alcanzar mi perdon la seguridad en que nunca más nos veremos, yo la suplico á V. que me le otorgue... y que tenga compasion de mí.

Aquí se vuelve rápidamente y se aleja avergonzado de las lágrimas que acuden á sus ojos.

Desde entonces nada puede alterar la profunda

melancolía con que trascurre el tiempo para él, y los consuelos de su madre le suenan como palabras sin sentido, que absolutamente comprende.

Pero aún faltaba más. Como no ha llegado á percibir cantidad alguna en los dias que ha desempeñado su destino, ni sus locos dispendios le han dejado recursos, la miseria, las necesidades materiales, con su repugnante prosaismo, vienen á complicar la situacion. Cuando de este modo se ceba la desgracia en un sér, cuando se juntan las dos pobrezas, la del alma y la del cuerpo, es cuando los espíritus más fuertes sucumben y es cuando la idea del suicidio, rompiendo todos los lazos que unen con el mundo, hace un cadáver del que todavía vive, si no se interpone la fé religiosa ó aquella voluntad omnipotente que ha sostenido á los héroes y á los mártires, á los sábios y á los redentores.

XIX.

Muerte del protagonista.

Era el 30 de Abril. La víspera habia recibido nuestro enamorado una carta, que decia lo que sigue:

«Estimado D. Manuel: el último dia del mes llegaremos á esa y le contaremos cómo la poca salud de Clavellino nos ha retrasado tanto en el viaje. Pasaremos derechos á su casa para saludarle. Deseamos que la señora condesa y el señor mayordomo no tengan novedad y que V. se halle tan bueno en su servicio. Y con esto no

«cansamos más y puede mandar á sus seguros ser-
»vidores, Sabas Piñeiro, Robustiano Filgueira.»

Estos renglones habian puesto á Quilez de un humor fatal, porque nada podia serle más molesto que aquella importuna visita.

Dudaba aún si se valdria de un pretexto cualquiera para ahorrársela, cuando siente llamar.

—Vamos... ya están aquí... paciencia, dice.

Mas oye una voz que no es la de los que espera, escucha atentamente, se acercan unos pasos, mira, se levanta y estrecha con efusion á la persona que acaba de entrar.

Era el coronel, era el prisionero que le debia la existencia, salvada con tanto riesgo de la suya.

—¿Cómo es posible que yo me imaginase verle á V. ahora? exclama despues de abrazarle... ¿Qué fué de V. despues que nos separamos? ¡cuántos ratos de inquietud me ha hecho pasar la incertidumbre en que quedé!

—¡Siempre generoso! responde el recién venido. ¡Pensar en mí y no decirme nada de él! De modo que, si yo no lo supiera ya, ¿no seria V. quien me contase el peligro que corrió?

—¿Lo sabe V.? mayor motivo para que sólo nos ocupemos de satisfacer mi curiosidad, contándome V. sus aventuras.

—No; quiero antes saber todo lo que á V. se refiere, hasta el dia de hoy... y no sé más que hasta el momento en que la tropa le dejó á V. en la carretera, continuando su viaje.

—¡Desde aquel momento mismo, dice Quilez con tristeza, parecé que el destino se empeñó en abrirme la senda de la desgracia!

—¿Ha sido V. desgraciado despues? Si me cree usted bastante amigo para hacerme confidente de sus penas, tal vez yo lograré mitigarlas.

—No está en manos de V. ni de nadie conseguir tanto; pero sé que es V. mi amigo, y hay heridas en que gusta cebarse y hay dolores que causan cierta extraña satisfaccion al referirlos á un hombre como V. Si algo no debiera decir, mi indiscrecion es leve, callando nombres propios de personas que V., por otra parte, no conoce.

Animado por la expresion de intensa curiosidad con que el coronel se dispone á escucharle, le cuenta Quilez la muerte de la persona á quien iba recomendado en la Coruña, el principio del viaje de regreso, los incomprensibles auxilios recibidos, y despues, con una riqueza de detalles, con una minuciosidad de pormenores que sólo se oye en los enamorados cuando hablan de su amor, le pinta hora por hora el nacimiento, el desarrollo y el lamentable resultado de su pasion.

—¿Y qué piensa V. hacer? le pregunta el coronel cuando concluye.

—Si Dios me da fuerza para ello, trabajar por mi madre, y si el abatimiento que me consume me imposibilita de hacerlo, se lo juro á V., quitarme la vida, ántes de verla morir en la miseria por culpa de mis desvaríos. Pero no hablemos de esto, que es

sobrado egoísmo en mí entristecerle con mis desventuras... ocupémonos de V., sepa yo por fin la causa de aquella desaparición que me puso en tanto cuidado.

—Mucho se engaña V., amigo mío, le dice el coronel, con la dulce gravedad que ya chocó á Quilez en la prisión, mucho se engaña V. si juzga que pueden serme indiferentes sus penas y sus alegrías. Ahora volveremos á ello. En cuanto á mí, lo que me ocurrió despues de separarnos fué muy sencillo. Pasé largas horas de mortal inquietud, porque desde luego supuse algun desgraciado accidente, viendo que V. no volvía, y cuando ya estaba dispuesto á salir, aunque fuese arrastrado, para poner término á tan violenta incertidumbre, entró en el pajar la dueña de la casa. Por suerte mia, era esposa de un nacional, y profesaba, debido tal vez á esta sola razon, grande ódio á los carlistas. Enterada de todo fué para ella obra de pocos momentos proporcionarme cuantos auxilios necesité, incluso un caballo y un guía, con el que salí, llegando en dos jornadas á Benavente.

—¡Qué grato me hubiera sido saber esto cuando nos encontramos el pajar vacío! Y ahora pienso, ¿cómo aquella mujer y cuantas personas interrogamos no nos dieron la menor noticia?

—Hizo todos los preparativos con grandes precauciones, porque estaba más interesada que yo mismo en guardar el secreto de una acción que podía traerla fatales consecuencias, si los carlistas

volvian por allí. Esto ha sido todo. Volvamos ahora, Quilez, á los asuntos de V.

—Volvamos, ya que V. lo desea.

—¿No puede V. prescindir de esa mujer, que, por lo que le oigo, debe mirar como imposible?

—Nunca. Si encuentro en mí bastante fuerza para ocuparme de los cuidados de la vida, de los que exige, sobre todo, mi madre, es cuanto puedo desear, ya se lo he dicho; pero no lo espero.

—El tiempo todo lo borra...

—Más pronto y mejor lo borra la muerte.

—¿Es posible que le domine á V. ese pensamiento?

—Es el único que me halaga.

—Es una debilidad impropia de V.

—¿No ha querido V. nunca?

—Sí, ciertamente.

—Pero bien... óigame V., añade Quilez con exaltación... Pregunto si ha querido V. como yo quiero; yo he visto enamorados que toman el amor como un negocio cualquiera, que van á ver á la mujer elegida como van al teatro ó á sus quehaceres, que tienen hora determinada para visitarla, entran, saludan, la hablan y salen á invertir el resto de la noche, olvidándola al cerrarse la puerta tras ellos, para recordarla al otro día á la misma hora. No es así... no es eso lo que digo; pero tampoco halló palabras que expresen bien lo que siento, exclama golpeándose la frente. Sólo encuentro un punto de comparacion... ¿Ha leído usted, continuó despues de una pausa, vidas de san-

tos? ¿Recuerda V. aquel grado de exaltación á que eleva el misticismo sus almas, encerradas en cuerpos debilitados por el ayuno, y las penitencias y los éxtasis que produce la atención, fija incesantemente en un solo objeto? ¿Recuerda usted también que, casi siempre, el resultado primero de esta prodigiosa excitación de espíritu es revelárseles la omnipresencia de Dios á tal punto, que llegan á materializarla en apariciones y llegan hasta á oír su voz? Aunque se tome por herejía, esto es lo que me sucede. ¿Es creíble que aquí, en este gabinete, no me permito un descuido en el traje, ni tomo una postura inconveniente, porque juzgo que está viéndome, y no consentiría tener desordenados mis objetos ni mis muebles, como si esperara á cada instante que iba á entrar? ¿Es esto, Dios mío, locura, ó qué es? concluye con desesperado acento.

El coronel, en cuyo rostro se pinta la lástima, conforme escucha al estudiante, le coge ambas manos cariñosamente, diciéndole:

—Calma... veo que el mal es más grave de lo que había pensado. Oiga V. á mi experiencia, que quiere curarle.

El jóven hace un gesto de incredulidad y el coronel prosigue:

—Le permito á V. que dude cuanto quiera y solo le pido un favor.

—¿Cuál es?

—Que siga mis consejos... por hoy solamente... no es mucho exigir.

—Y bien...

—Y algun dia me dará V. las gracias.

—No me ha comprendido V., replica Quilez con desaliento.

—¿Acepta V., sí ó no?

—Haré lo que V. me pida... Conozco de antemano que es inútil; pero no quiero privarle á V. del placer... de su derrota, añade sonriendo tristemente.

—Bueno... primeramente... son las once... va usted á presentarse, dentro de media hora, en la casa de su amada...

—¡Jamás!

—Tengo la palabra de V... Va V. á presentarse en la casa de su amada y á explicar á la familia, á quien debe V. esta consideracion, su conducta de un modo satisfactorio... anunciando, por ejemplo, que se marcha V. de Madrid, por exigirlo así indispensablemente sus negocios...

—¿Y luégo?

—A la salida vuelve V. aquí, si ántes no le busco yo.

—¿Y qué más?...

—Usted espera el placer de mi derrota, permítame V. que yo espere la sorpresa de mi triunfo.

—¿Es indispensable que vaya tan pronto?

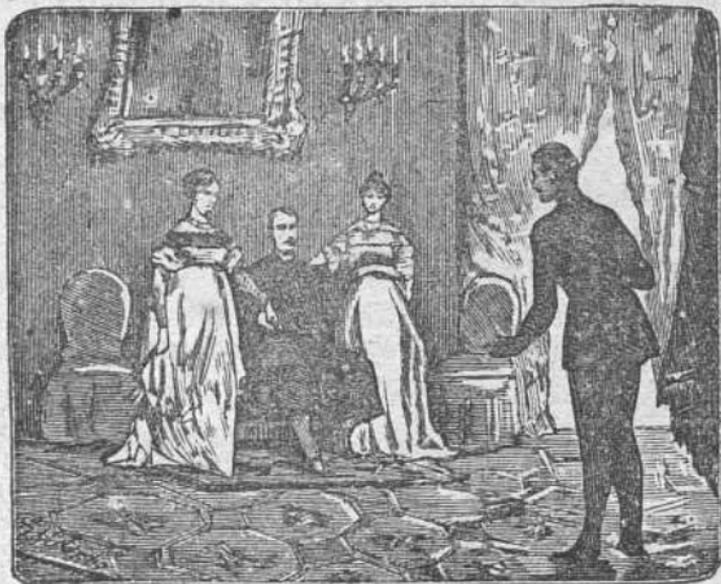
—En seguida... no perdamos tiempo.

—¿Sabe V. lo que me pide? exclama el jóven, aunque en el fondo de su alma se regocija de aquella exigencia.

—Es preciso ser hombre. Le dejo á V. ántes que vacile... hasta muy pronto...

Quilez, entre satisfecho y temeroso, pero profundamente trastornado, se viste, sale oprimiéndose el corazon, que le salta tumultoso, llega en casa de la condesa, y llama.

Los criados, sin duda porque ya le conocen, no tienen dificultad en anunciarle; cruza aquellas estancias, tan llenas para él de punzantes recuerdos; se abre una elegante mampara y repentinamente queda estupefacto, mudo de admiracion,



dudando si es un sueño lo que mira. El coronel, sentado en un divan, con traje de casa, rodea la cintura de la bella Dolores, que está apoyada en

su hombro, y tiende la otra mano á la condesa, que se la oprime dulcemente entre las suyas.

Obedece, como un autómeta, la invitacion de sentarse, y el coronel con suave sonrisa le dice de este modo:

—Perdone V., amigo mio, mi libertador, que ahora, cuando estuve á verle, no le contase completa la historia de mis vicisitudes, desde que usted, llevado de su generosidad, corrió á la muerte por salvarme. Escúchela V.

Hace una pausa, contempla con cariño á las dos mujeres, como queriéndose inspirar en ellas para lo que va á decir, y luégo continúa:

—En Benavente supe, por el jefe de la columna que derrotó á los carlistas el crítico extremo á que habia V. llegado y, aunque mi gratitud era ya profunda, esta nueva circunstancia bastaba para hacerla eterna. Por lo que V. me contó, sabia antes el objeto de su viaje y que iba V. atendido á las inciertas promesas de un hombre, sin duda generoso, pero á quien ni siquiera conocia V., y no ignoraba, todo he de decirlo, que estaban próximos á agotarse los recursos con que recorría V. tan largo camino. Mi primer pensamiento fué, por consiguiente, no abandonarle en aquella enojosa posicion, y tan luego como llegué á Valladolid salió un criado de entera confianza, con orden de buscar á V. y auxiliarle y protegerle en cuantas circunstancias conviniera, y en la forma que ménos hiriese su delicadeza, escribiéndome cuanto viera, y obser-

vara con objeto de hacer por V. lo que en mi mano estuviese, si de mí tenia necesidad. El modo *sobrenatural* con que desempeñó el honrado Gonzalez su papel de Providencia, V. le ha visto. Sus cartas me enteraron bien pronto de que V. regresaba, lo cual me extrañó, y luego del motivo, cuando pudo averiguarlo, hablando con V. Entonces me ocurrió la fábula de la secretaria de la condesa, mi esposa, que nunca ha necesitado secretario, para que, al ménos desde Valladolid, aprovechando su venida, continuase V. el viaje con más rapidez y para tener un modo decoroso y disimulado de atenderle, mientras daba cima á mi plan. Al mismo tiempo ponía en juego mis relaciones, y ya estaba próximo á conseguir para V. un empleo que le permitiese terminar su carrera, ya me gozaba en la sorpresa que iba á causarle á V. descubriéndole todo, cuando presentó su dimision. Traté de averiguar la causa y yo fui el sorprendido, porque las lágrimas de esta niña me recordaron que, en mi combinacion, no preví el riesgo de hacer viajar á una doncella de diez y ocho años con un galan de diez y nueve.

Los treinta y siete años aludidos se ponen colorados, mirándose á hurtadillas, mientras el papá reanuda su discurso:

—Quise, al descubrirlo, ver á V., sondearle, cerciorarme de si lo que era pasion en mi hija era en V. capricho ó atrevido devaneo, y abriéndome usted su corazon, sin imaginarse que se dirigia al

padre de su amada y que el ser coronel no impide ser conde, hallé en V. otro amor verdadero... Ahora bien: á mi juicio, los matrimonios, no son realmente desiguales y no llevan el gérmen de un mal porvenir sino cuando hay desigualdad moral entre uno y otro, ó cuando la hay de fortunas, en términos que el hombre viva dependiendo exclusivamente de su mujer. En el primer caso, es inevitable el choque entre instintos, inclinaciones y gustos diversos ó antitéticos; en el segundo, concluye el hombre por aparecer rebajado y falto de dignidad á los ojos de su mujer. Tambien doy grande importancia á la influencia del marido sobre la compañera de su vida, y creo que un alma elevada y un entendimiento claro tienen muchas probabilidades de conservar una esposa amante y fiel... Reflexionando con arreglo á estos principios, en el caso presente la desigualdad moral no existe; la falsa posición en que colocaria á V. la de fortuna puede salvarla con el trabajo de su honrosa profesión, terminada la carrera, y en cuanto á generosos pensamientos, en cuanto á nobleza de carácter, tengo muy gratas memorias para abrigar la más ligera duda. No veo, en suma, obstáculo insuperable para que, ya que el destino lo ha preparado de este modo, llegue V. á ser el esposo de mi hija, y sólo añadiré una observación ántes de concluir. Sin V. comprenderlo, ni tan siquiera sospecharlo, puede suceder muy bien que esa pasión exaltada dependa del influjo que haya podido ejercer sobre la imaginación la altura á

que ha visto V. á mi hija; puede que la misma idea de la distancia, al parecer infranqueable, que le separaba á V. de ella, sea únicamente lo que la haya hecho tan codiciada: comprendo cuánto arrastran esas alucinaciones. . . Pues bien; desde hoy es V. dueño de obsequiarla sin obstáculo. Dos años de esta libertad, mientras V. termina su carrera, han de ser la mejor piedra de toque para que yo aprecie el valor de su cariño. De aquí á entónces, lo sucedido no se opone á que acepte usted el empleo que con otras miras le tenia preparado.

Lo que sentiria el bebedor á quien se permitiera colocar la boca en la espita de un tonel, conforme fuese paladeando oleadas del generoso líquido, puede sólo compararse, y es pálida comparacion, con lo que Quilez siente oyendo al coronel. Cuando éste termina, la emocion que embarga al jóven es tan grande que, sin ser poderoso á resistirla, corre á él, le coge sus manos y de hinojos las besa y las humedece con sus lágrimas. Luégo sigue una escena imposible de referir, porque todo está en los ademanes, todo en la expresion de los rostros, todo en las miradas, y cuanto se dice es secundario ante lo que se deja comprender.

Para no dar al futuro la felicidad á dosis inmoderadas, le despiden más pronto de lo que quisiera, y al salir á la calle le parece que reina en ella inusitada animacion, que las gentes circulan más de prisa y que todos van contentos: experimenta tambien una especie de simpatía universal, que le da

deseos de abrazarse á todo el mundo y contarle lo que le sucede, y despues anda sin saber adónde se dirige, ideando cómo pasar el tiempo hasta que llegue la hora de volver á casa del conde. El recuerdo de su madre, olvidada en un principio, le lleva á su lado: la cuenta tan confusa y desordenadamente lo ocurrido, que á duras penas logra hacerse entender, y vuelve á salir, ansioso de movimieto. Recuerda entonces que aquel dia llegan sus antiguos compañeros de viaje, y hace el propósito de ir á esperarlos. Baja por la puerta de San Vicente, toma la carretera, y meciéndose en sus dulces pensamientos, contempla las primeras hojas con que el calor primaveral empieza á cubrir los árboles, y goza con la pureza del cielo, con el canto de las aves, con el espectáculo de la naturaleza que, en la decoracion del mundo, el alma es la que presta siempre los colores con que cada uno la vemos.

Más allá de la Puerta de Hierro, adonde llega sin conciencia del camino que ya tenia andado, le sacan de su abstraccion unas grandes voces que le llaman por su nombre. Aprieta el paso, conociendo que son los que espera, y conforme se aproxima, se dibujan los contornos del siguiente cuadro.

Clavellino, el ético y enfermo Clavellino, las delicias, la compañía y la caja de ahorros del aguador, está sobre el duro suelo, revolviéndose en las ánsias de la muerte, que le alcanza en el término de sus fatigas. D. Sabas, con la capotilla azul al hombro, contempla aquel tránsito supremo, vomit-

tando pasajes históricos alusivos á la situación, y Robustiano llora unas veces y otras maldice al animal, por la pérdida que le ocasiona con morirse.



Quilez llega, saluda á los dos personajes, mira también con tristeza al burro, y exclama:

—Tu muerte, pobre bestia, es la única sombra que viene á empañar mi gozo, precisamente el mismo día en que alcanzo la dicha, que á tí en primer término debo. Por hallar alivio á las penalidades del viaje, montando algunos ratos en tus débiles lomos, me incorporé á tu dueño; por incorporarme á él pude llevar á cabo una buena acción, y con la recompensa que hoy recibo, se abre

un porvenir de rosa ante mis ojos. ¡Nunca me olvidaré de tí, desventurado Clavellino!...

—Si debe al burro, interrumpe D. Sabas, todo lo que va relatando, no me extraña que le cause pena su muerte. La historia abunda en ejemplos del cariño que han inspirado algunos irracionales, y se sabe que Calígula llegó hasta el punto de querer hacer cónsul á su caballo *Incitatus*.

—¡Cielos! murmura Quílez, levantando ambos brazos, ¿qué nuevos poderes rigen los destinos de la tierra, que á mí me dan tanta felicidad y á este hombre le permiten hacer con exactitud una cita?

EPÍLOGO

Pasemos cuatro años, para que el lector pueda apreciar las consecuencias de los acontecimientos que hemos referido.

El antiguo estudiante—hoy abogado y con negocios, gracias á las relaciones adquiridas en la sociedad del conde—está en su bufete. Entre el elegante mueblaje que adorna la estancia, llama la atención un hermoso cuadro, retrato admirable del difunto Clavellino.

Don Sabas, que está viudo, hay quien dice que por castigar á su mujer como los Infantes de Lara á las hijas del Cid, ha venido á hacer una visita, para participar un ascenso reciente, debido al

concepto que le han granjeado en la oficina sus estudios históricos. A la mitad de la conversacion se levanta respetuosamente, viendo entrar á la señora de la casa. Dolores no ha perdido nada de su hermosura, aunque sí la esbeltez de su talle, y ya con reincidencia.

—¿A qué debo el honor, la pregunta su marido cariñosamente y sonriendo, de recibir una visita tuya en este despacho, que tan mal quieres?

—Te dispenso la honra, contesta ella en el mismo tono, de entrar en esta odiada habitacion, que tanto tiempo me aleja de tí, para comunicarte que ha estado una persona en busca tuya, y me he permitido recibirla en tu nombre...

—¿Quién era?

—Robustiano, que venia á despedirse... se va mañana á su país...

—¿Habrá comprado otro pollino para hacer el viaje?

—Me ocurrió hacerle la misma pregunta... dice que no... que quiere ir Restituta en la galera de...

—¿Del tio Prolongo? pregunta D. Sabas, pasándose la mano por la frente.

—Sí... y añade que, aparte del deseo de su mujer, tiene muy presentes, para exponerse de nuevo á sufrirlos, los sustos y contratiempos que pasó, caminando siete semanas en burro.

FIN.

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY
OF THE CITY OF
PARIS

Paris, France
1875
Museum of Art and History
of the City of Paris
Paris, France

BIBLIOTECA DE LUJO

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS
OBRAS EN UN TOMO ENCUADERNADAS Á LA RÚSTICA
Á 4 REALES CADA UNA

PAUL DE KOCK

La lechera de Monfermeil.
La casa blanca.
Un buen sujeto.
El hombre de los tres calzones.
Los caballeros de industria.
El rico Carmesan.
Un racimo de Grosella.
El cornudo.
Jacobo el pervertido.
La linda Margarita.
Andrés el Saboyano.
Una mujer de tres caras.
El hombre inculco.
La sociedad de la trufa.
El bandido Giovanni.
Bigotes.
El conserje de la calle del Barco.
Las mujeres, el vino y el juego.
El muchacho de la esquina.
La señora de Cucuruchó.
El barbero de Paris.
La señorita del piso quinto.
Los tíos de Perolina Brailard.
Papá negro.
La inocente Virginia.

DIEGO S. DE QUIÑONES

Tres hombres para una mujer.

HENRY DE KOCK

Las trece noches de Juanita.

D. DE SANTOVAL

Los manchegos en el Polo Norte.
Siete semanas en burro.

ELIE BERTHET

Las catacumbas de Paris.

VIZCONDE DE SAN JAVIER

Don Juan el Tuerto.

PIGAULT-LEBRUN

El abate sin penas.
Un matrimonio desigual.
Los barones de Felsheim.
Mi tío Tomás.
Monjas y corsarios.
Un señor condescendiente.
Angela y Juanita.

FERNANDEZ Y GONZALEZ

Las cuatro barras de sangre.
La candela de San Jaime.
Los farsantes.
Los Tenorios de hoy.
Las mogigatas.
Las calderas del rey Don Jaime.

H. DE BALZAC

El maniático.

A. DE SAN MARTIN

La sacerdotisa de Vesta.
El fratricida.
El Real de Santa Fé.
Heliogabalo.

PINA DOMINGUEZ

Un seductor de criadas.

A. DUMAS

La dama de las camelias.

P. ESCAMILLA

El Cristo del Perdon.

CAMILO DEVANS

La pie' del muerto.

Para recibir cualquiera de estas obras por el correo y porte franco, remitir cuatro reales en libranzas ó sellos á D. Urbano Manini, editor, calle de Villalar, número 6, Madrid.

Siguen publicándose una ó dos obras nuevas todos los meses.

Las que no figuran en este catálogo, se hallan agotadas.

D-1

1159